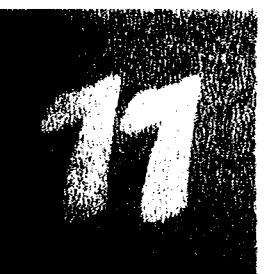
Nuestras Ideas

En este número:

Santiago CARRILLO	Sobre problemas de la táctica de lucha contra el franquismo
Tomás IMAZ	El liberalismo español (II)
Jesús IZCARAY	Reflexiones sobre la novela española actual
Marcos ANA	Poemas inéditos
Discusión	España y Europa
Comentarios	Venezuela y Cuba La lucha estudiantil

⇨ **Crítica de libros, poesía,**

⇨ **teatro, cine, pintura**



abril 1961

teoría, política, cultura

Revista trimestral

Nuestras Ideas

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue S. Denayer. Bruselas - Bélgica

SUMARIO

Pág

ENSAYOS

Santiago CARRILLO: Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo 5

Tomás IMAZ: El liberalismo español (II) 27

Jesús IZCARAY: Reflexiones sobre la novela española actual 44

*

PAGINAS ESCOGIDAS

V. I. LENIN: Acerca de Tolstoi 55

*

DISCUSION

Máximo ARRIETA: España y Europa 77

*

POESIA Y VERDAD

Marcos ANA y José María BASALDUA: Poemas 93

*

COMENTARIOS

Carlos MARTINEZ: Venezuela y Cuba: dos perspectivas 101

M. ORIOL: Experiencias y enseñanzas de la lucha estudiantil 110

CRITICA

LIBROS:

J. VALDES: « El capitalismo ayer y hoy » 121

Alberto LA VEGA: « Caminando por las Hurdes », de A. López Salinas y A. Ferres 127

POESIA:

Mario GUEVARA: « Las Resistencias del diamante », de Gabriel Celaya 129

TEATRO:

Julio CABRERA: Un « Rinoceronte » en el María Guerrero 131

CINE:

V. GIL RAMOS: « La Paz empieza nunca » en López 137

Alfonso URDANGAREN: « La guerra de los niños » 140

PINTURA:

L. M.: Exposición de grabados de José Ortega en París 142

ENSAYOS

- **Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo**

  Santiago CARRILLO

- **El liberalismo español (II)**

  Tomás IMAZ

- **Reflexiones sobre la novela española actual**

  Jesús IZCARAY

Santiago Carrillo

SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS DE LA TACTICA DE LUCHA CONTRA EL FRANQUISMO

Entre las fuerzas democráticas tiene lugar una viva discusión sobre ciertos aspectos de la táctica de lucha contra la dictadura franquista. No se trata de una discusión **académica.** Refleja, en realidad, preocupaciones ampliamente extendidas. Los militantes antifranquistas perciben en el pueblo el sentimiento de que el régimen está acabándose; mas constatan que este sentimiento se entremezcla con una frecuente falta de claridad en cuanto a los medios de acelerar su fin, a la forma en que éste se producirá. En muchos, el deseo de poner término a la opresión, de emerger hacia la democracia, es tan grande como la confusión sobre el modo de lograrlo. Y la confusión conduce en ciertos casos a descorazonarse, a dudar de la posibilidad de suprimir la dictadura si no interviene un **milagro.**

Sin embargo, en la lucha por la democracia no hay que confiar en la providencia; los **milagros** ha de hacerlos el pueblo mismo: las masas obreras y campesinas, los intelectuales, las capas sociales lesionadas por el franquismo. La energía, el vigor necesarios para transformar esta situación política se hallan en el pueblo. Mientras las masas no salgan a la calle, el poder contenido que hay en ellas no se manifestará en toda su dimensión; pero ello no significa que esa fuerza no exista y que no ejerza ya una influencia positiva en la evolución política. Esa fuerza está ahí y cuando el pueblo rompa los diques se verá de qué es capaz; entonces solamente se producirán los **milagros.** Mas, para conseguir que el pueblo salga a la calle, es necesario trabajar aún más porfiadamente por el logro de su unidad, de su mayor organización, de la elevación de su combatividad. No hay otro camino.

* * *

En el terreno de la acción antifranquista, imposible, por ejemplo, considerar como un acto serio la carta enviada al presidente Kennedy por tres partidos, el Demócrata Social Cristiano, Unión Española (monárquico) y el Social de Acción

Democrática, a fines de diciembre pasado. Esta carta (que publicó recientemente la revista «Ibérica», de Nueva York), autorizada por las firmas bien conocidas de Gil Robles, Tierno Galván, Dionisio Ridruejo, Prados Arrarte, el Marqués de Cerverales, Menchaca Careaga y otros, pide a Kennedy que «encuentre los caminos correctos para dar a los españoles la oportunidad que están solicitando para expresar sus opiniones y para moverse pacíficamente hacia una situación democrática». A cambio, le ofrece «cualquier tratado» y un «eslabón» para «irradiar» **la influencia occidental sobre Latinoamérica.**

Tan insensatas son las promesas, por las que se compromete gravemente el porvenir de España, como la gestión. Si a los comunistas nos diera la locura de dirigir una petición y un ofrecimiento parecidos a la Unión Soviética y a los países socialistas, el coro de voces acusándonos de traición sería atronador.

La razón de que no se pueda tomar en serio la gestión de los grupos derechistas de oposición no reside en si Kennedy puede, o no, modificar la política norteamericana en relación a Franco; en si Kennedy va a dejar, o no, de apoyar activamente al dictador fascista, rompiendo con la política de sus predecesores. La razón está en que **cualquier cambio de política hacia España tiene que tomar su origen en los cambios que anteriormente se realicen en España misma, y por los españoles.** A dichos grupos podría recordárseles el viejo refrán: «Ayúdate, y ayudarte he».

Es verdad que la elección de Kennedy despierta no pocas ilusiones en la posibilidad de una desaparición **milagrosa** de Franco. La misiva derechista viene a cultivar y a abonar esas ilusiones paralizadoras. Tras este documento han visto la luz otros semejantes; la Unión de Fuerzas Democráticas de Cataluña se ha dirigido al nuevo presidente norteamericano con otra carta escrita en el mismo espíritu, presentando el agravante de mentir sobre los sentimientos **católicos** de los firmantes. Si no me equivoco, en ese organismo figuran el Movimiento Socialista Catalán, la C. N. T., la Esquerra y otros grupos laicos, ateos y anticlericales. ¿Les parece a los firmantes poco rebajarse ante Kennedy al mendigar su apoyo, para que necesiten humillarse aún más fingiendo una significación religiosa que no tienen? Por su parte, Indalecio Prieto, tomando pie del hecho banal de que el nuevo presidente contestase a una felicitación de Pablo Casals, vuelve a resucitar su fórmula plebiscitaria y expresa su esperanza de que el ilustre músico convenza a Kennedy de hacer lo necesario a fin de que «Norteamérica restablezca el prestigio que ha perdido en España y que ésta recobre su libertad». No está de más recordar que cada elección habida antes en los Estados Unidos o en Inglaterra ha promovido ilusiones parecidas, tras las que han llegado las correspondientes desilusiones. Así sucedió en 1945, cuando los laboristas se hicieron cargo del poder en Gran Bretaña. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, según el dicho; pero ya no son dos, sino muchas más, las veces que los dirigentes derechistas de oposición — y bastantes «izquierdistas» — incurren en el mismo error.

¿Cabe esperar cambios en la política americana? A priori, no puede negarse tal posibilidad. Los planes de hegemonía mundial de los Estados Unidos chocan con dificultades cada vez mayores. Dulles y Eisenhower, inspirados por los círculos más agresivos del capital monopolista, acumularon esas dificultades con su política de guerra fría, con la carrera armamentista, la siembra de bases militares en el extranjero y los equilibrios «al borde de la guerra». La actitud de Eisenhower hacia Franco se integraba en toda esa orientación. Por su parte, Kennedy, al

inaugurar su mandato, se encuentra con las graves consecuencias políticas, económicas y financieras de tan desatentada política: «Nosotros entramos en funciones — dice, en su mensaje a la Unión — después de siete meses de recesión, de tres años y medio de disminución del ritmo económico, de siete años de expansión económica reducida y de nueve años de declive de la renta agraria». «La renta agrícola ha sido reducida en el 25%». «El paro se mantiene al grado más elevado de la historia». «La semana media de trabajo ha descendido a bastante menos de 40 horas. Sin embargo, los precios han continuado subiendo». «La economía más industrializada y más rica en recursos de la tierra se clasifica entre las últimas en cuanto a su ritmo de expansión».

El nuevo presidente norteamericano añade que la crisis del dólar ha conducido a la pérdida de cinco mil millones de dólares de las reservas oro. El mismo apunta que las causas de esta situación no estriban sólo en la disminución de las exportaciones, como consecuencia de la competición de las otras potencias imperialistas en el mercado, sino en que los EE. UU. «continúan soportando **más de la parte que les corresponde de la ayuda militar a Occidente**».

Lo que, en otros términos, equivale a confesar que la política de guerra fría, las bases en el extranjero, la carrera armamentista, en una palabra, la preparación de la guerra mundial termonuclear, han resultado, a la postre, catastróficas para la economía de los Estados Unidos, sin haber llegado a proporcionarles la supremacía militar que buscaban. «Nuestros problemas son críticos», ha confesado el presidente americano, «la corriente de la marea no nos es favorable». «En numerosas regiones del mundo ... el equilibrio de las potencias se inclina del lado de nuestro adversario».

Si Kennedy llevase su análisis hasta las últimas consecuencias, lo lógico sería una revisión radical de la política exterior norteamericana. Puesto que la práctica ha demostrado que la carrera armamentista no asegura la expansión de la economía americana — antes al contrario — y que las bases militares en el extranjero provocan y agravan la crisis financiera, ¿por qué no iniciar una política de coexistencia pacífica, de amplio intercambio comercial con los países socialistas, que asegure nuevos mercados a la producción norteamericana? ¿Por qué no suprimir los enormes gastos que acarrean las bases extranjeras y conceder créditos a los países subdesarrollados que aseguren el desarrollo económico de éstos y la posibilidad de elevar el comercio con ellos?

Pero la lógica no norma la conducta de los grandes monopolios capitalistas que dictan la política de los gobiernos yanquis; su conducta está normada por el afán de lucro, por el logro de los máximos beneficios. Y aunque ciertos sectores capitalistas parecen darse cuenta de la necesidad, en su propio interés, de revisar la política seguida hasta aquí, hay grupos muy influyentes que basan sus ganancias en la carrera armamentista y en el mantenimiento de las bases extranjeras.

La composición de la nueva administración americana refleja precisamente las tendencias contradictorias señaladas: al lado de una serie de personalidades consideradas como **liberales**, rodean a Kennedy otras — los mismos Dean Rusk y McCloy — que representan las posiciones más belicistas y reaccionarias del capital monopolista.

El mensaje de Kennedy — cuya crítica de la situación en EE. UU. confirma plenamente el análisis efectuado en la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros — contiene las mismas contradicciones. Al lado de manifestaciones

de intención favorables a la coexistencia pacífica, se reitera la voluntad de continuar la carrera armamentista.

Si la posibilidad de ciertos cambios en la política americana existe, si la grave situación económica creada a los EE. UU. por su política de guerra, junto con la comprobación de su impotencia para derrotar militarmente a la Unión Soviética y los países socialistas, pueden determinar cambios en la política norteamericana, la verdad es que hasta ahora no se han producido síntomas visibles de tales cambios. En todo caso, si han de producirse, no será fácilmente y sin que medie una lucha tesonera de las fuerzas democráticas y de paz. Piedra de toque de la política americana son el Congo y Laos, donde hasta ahora no se observa una iniciativa que rompa efectivamente con la orientación de Eisenhower. Otra piedra de toque serán las negociaciones de Ginebra para el cese de las pruebas de armas termonucleares.

En un marco más reducido, la designación del nuevo embajador en España podía considerarse también como un **test** sobre la política yanqui. Por Madrid corrió el rumor de que Wáshington habría nombrado a un liberal de tendencias antifranquistas a quien el «caudillo» había opuesto el veto; se llegó a decir que Kennedy mantendría su candidato contra viento y marea. Pero esto último no se ha confirmado. Massip, en una de sus crónicas, explica lo acaecido: el gobierno americano designó primero a William Benton, «hombre de posiciones políticas liberales muy definidas», según el cronista. Pero como Benton hubiera podido provocar «fricciones» con el gobierno de Franco, sin duda a la demanda de éste Wáshington le reemplazó con un general, Drexel Biddle, que ha hecho sus pruebas en la NATO y que — como dice Massip — «contribuirá a unas relaciones **constructivas** y **realistas**», es decir, hará buenas migas con el régimen. Si ésta es la respuesta de Kennedy a la carta de Gil Robles y sus correligionarios será menester convenir que las súplicas y las demandas a las cancillerías han demostrado una vez más su ineficacia.

En realidad, lo sucedido con el embajador americano equivale a un nuevo palmetazo en los nudillos doloridos de quienes llevan años y años tendiendo la mano implorante a las cancillerías; les está bien empleado. Ellos prometen a los yanquis «tratados» y «eslabones» ideológicos, si les desembarazan de Franco. Pero los yanquis pueden responderles: «¿Y quién nos garantiza que el pueblo español, obtenido un mínimo de libertades democráticas, va a estar de acuerdo en otorgarnos todo lo que Franco nos da?». Ni la oposición de derecha, ni cierta oposición que se califica de «izquierda», pero que sigue a la derecha como la sombra al cuerpo, pueden ofrecer esas garantías, sin correr el riesgo de que el pueblo les desautorice.

Por eso no es seria la posición expresada en la carta firmada por Gil Robles, Tierno Galván, Menchaca Careaga, el marqués de Cerverales, Dionisio Ridruejo y Prados Arrarte, ni la de la Unión de Fuerzas Democráticas de Cataluña, ni la de Prieto; porque piden lo que los americanos no les pueden dar — lo que el propio pueblo español tiene que hacer — y porque ofrecen lo que, a su vez, tampoco ellos están en condiciones de conceder, lo que el pueblo español no dará, en forma alguna, en cuanto tenga la más mínima posibilidad de expresar su voluntad democráticamente.

Podríamos tratar la posición de los grupos y personas citados con acentos más dramáticos; podríamos decir que su actitud bordea la traición nacional y que pretenden sustituir a Franco para seguir haciendo la misma política que el «cau-

dillo». Y no diríamos nada fuera de lugar. A medida que las conozca, el pueblo juzgará así las posiciones de unos partidos que presentan muy pocos atractivos y que parecen tener escaso interés en ganar el apoyo popular.

Pero lo que ante todo interesa hoy, no es evitar que las masas populares sigan a esos partidos por un camino peligroso, ya que dichas masas hacen poco caso, por el momento, de tales partidos y tales jefes. Lo esencial en este momento es hacer comprender a las masas que son ellas mismas quienes tienen que luchar, quienes tienen que lanzarse a la acción, quienes pueden liquidar la dictadura. Que no deben esperar esta labor de ninguna intervención ajena. He ahí lo que importa.

Y no es que la situación internacional sea desfavorable a la democracia española; al contrario, la situación internacional es más favorable que lo fue nunca. El pueblo español debe saber que cuanto más amplia y abierta sea su lucha contra la dictadura, mayores serán los apoyos internacionales, mientras que a la dictadura irán faltándole aquellos que los imperialistas le han prodigado hasta ahora. De esto último da fe la aventura del «Santa María», que ha inspirado a «ABC» estas amargas palabras: «La actitud que determinados países (del Occidente) han tenido para con la noble nación lusitana hará pensar no ya a los portugueses, sino a otros pueblos, si realmente merece la pena unirse **con quienes abandonan al aliado en los momentos críticos**».

* * *

Los tres grupos de derecha que escriben a Kennedy hablan de ir «pacíficamente hacia una situación democrática». Parece que el deseo de un cambio pacífico va siendo común a la generalidad de las fuerzas de oposición. Sin embargo, cuando se habla de cambio pacífico no es oro todo lo que reluce, hay también su parte de chatarra. ¿En qué piensan Gil Robles y sus acompañantes al emplear estos términos? Posiblemente tengan en la mente lo que se ha dado en llamar la «liberalización» del franquismo, es decir, que los Estados Unidos impongan a Franco la concesión de un estatuto legal para ciertas fuerzas burguesas, acompañado quizá de la restauración monárquica. O bien que los Estados Unidos alienten a un grupo de generales para que desalojen a Franco del poder e instalen a un político reaccionario como presidente del gobierno de la monarquía. Eso, más que un **cambio pacífico**, sería una simple permuta que garantizaría a las clases dominantes el disfrute tranquilo de sus privilegios, pero que no significaría, ni mucho menos, el desarrollo pacífico de la democracia. Tal género de **cambio pacífico** podría incluso engendrar una nueva guerra civil.

Nosotros, los comunistas, hemos preconizado, particularmente a partir de 1956, la conveniencia de un cambio pacífico y hemos afirmado que tal c mbio no sólo es deseable sino posible. Para ello — hemos afirmado — es indispensable un acuerdo de todas las fuerzas de oposición de izquierda y derecha, a fin de desalojar a Franco mediante una acción o una serie de acciones de masas y dar al pueblo, en toda libertad, la posibilidad de pronunciarse por el régimen político de su preferencia. Este acuerdo no implica obligatoriamente ni un pacto a largo plazo, ni la colaboración ministerial de todas esas fuerzas, no merma ni restringe la independencia de cada una de ellas. Sólo exige coincidir en una acción o una serie de acciones contra la dictadura y en el compromiso de devolver las libertades

al pueblo para que éste autodetermine su propio destino. Un acuerdo semejante no prejuzga ni de los Gobiernos futuros ni de las coaliciones políticas que puedan formarse, ni de los programas. Sólo exige de cada grupo político que se someta al fallo popular, que acepte las reglas democráticas. Se puede estar en posiciones opuestas a las de los comunistas y, sin embargo, participar en dicho acuerdo con nosotros. Se puede ser monárquico y coincidir en él con los republicanos; ser católico y ponerse de acuerdo con los ateos.

Un concierto político de ese género sería el compromiso más flexible, vasto y desahogado conocido hasta ahora. Para usar los términos hoy corrientes diremos que podrían participar en él tanto los pro-occidentales como los que profesamos la ideología triunfante en los países del sistema socialista; todos cuantos estén contra Franco y por acudir al sufragio universal.

Si se llegase a un acuerdo de esa amplitud, la dictadura del general Franco no tendría fuerza para mantenerse en el poder y sería abolida rápidamente. Cierto que un cambio obtenido así dejaría pendientes para el día siguiente a la desaparición del régimen actual muchos y graves problemas políticos, económicos y sociales y que las fuerzas susceptibles de llegar a un acuerdo para acabar con el franquismo no coinciden todas en las soluciones que deben darse a dichos problemas. Ahí reside uno de los grandes obstáculos — sin duda el mayor — a la unidad antifranquista. Ciertos grupos sociales y políticos temen que no sea todo ganancias lo que obtengan con un cambio de régimen. Ahora bien, esos grupos deben comprender que en España hay planteado un dilema: o se produce un cambio pacífico, que permita la democratización del país sin guerra civil, o la guerra civil se reproducirá inevitablemente. O el país se democratiza por la vía pacífica, ahora, como nosotros proponemos, o la democratización del país sobrevendrá tras una lucha armada que en la época actual se resolvería indudablemente a favor de las fuerzas revolucionarias.

Ya no estamos en los años del 36 al 39. Pronto se cumplirá el 25 aniversario del comienzo de la sublevación franquista y de la guerra. Durante casi cinco lustros, el pueblo español, sometido a brutal opresión, no ha podido expresar su voluntad. Son cinco lustros en los que el descontento, la indignación, el espíritu de revuelta han ido acumulándose. España es ahora como una inmensa caldera en la que la presión va subiendo de punto. O se da un cauce democrático a esa presión o la caldera saltará en pedazos. O nos unimos para lograr un cambio pacífico, o la insoslayable necesidad de cambios se abrirá camino por las vías de la violencia. He ahí el dilema.

La mentalidad conservadora de una serie de políticos — llámense de derecha, del centro o de izquierda — que por querer **conservarlo todo** se niegan a un acuerdo con la clase obrera y se dedican a arbitrar fórmulas absurdas e irreales en esta época, puede resultarles a la postre catastrófica. Por querer conservar mucho pueden perderlo todo.

Hay un tema sobre el cual podrían reflexionar esos políticos, con cierto provecho para ellos. Las generaciones que hicieron y sufrieron la guerra del 36-39, que vivieron en su propia carne aquella experiencia, tienden a hallar solución al problema nacional por una vía pacífica. Mas a medida que transcurren los días y los años, dichas generaciones van dejando de ser determinantes. Empiezan a desempeñar un papel más decisivo en la vida pública las generaciones posteriores, las que no han conocido la guerra, o las que eran tan jóvenes que han perdido el recuerdo. En estas generaciones pesa más la voluntad de realizar cambios, de salir de esta situación, que el temor a una nueva lucha armada. Para cerciorarse

de que esto es así basta hablar con los jóvenes. Su afán de libertad, de justicia social es hondo y resuelto. Este desarrollo natural puede colocar el problema político, a la vuelta de poco tiempo, en términos distintos a los de hoy. Si la dictadura permanece aun un par de años toda posibilidad de cambio pacífico podría desvanecerse. La insurrección popular sería la única salida; y entonces de poco servirían los plañidos y lamentos de los políticos conservadores; al ostracismo en que les confinó la dictadura franquista vendría a añadirse el nuevo ostracismo a que les condenaría irremediablemente la revolución popular.

Los comunistas, partiendo del estado real de la situacion, propugnamos hoy el entendimiento para un cambio pacífico. Este permitiría afrontar los problemas políticos, económicos y sociales en los que no estamos de acuerdo sobre un terreno democrático, con la participación del pueblo, conservando cada cual la libertad de exponer y propagar sus puntos de vista y de requerir el apoyo de las masas para ellos. Si como consecuencia de la ceguera y el conservadurismo de los dirigentes burgueses y socialdemócratas, la posibilidad de un cambio pacífico fuese desaprovechada, y quedase como único camino la lucha insurreccional, los comunistas no vacilaríamos en emprender ese camino. La responsabilidad de una nueva lucha armada no recaería sobre nosotros ni sobre el pueblo, sino sobre los que rehuyen obstinadamente la otra solución. Así estan planteadas las cosas.

Incluimos en la crítica a ciertos políticos que se llaman de **izquierda**, porque algunos dirigentes republicanos, socialistas, anarcosindicalistas, nacionalistas vascos y catalanes de la emigración, siguen una línea semejante a la de Gil Robles y demás firmantes de la carta a Kennedy. Cuando escribo este artículo, dichos dirigentes están celebrando en París quizá la millonésima reunión desde que terminó la guerra para resolver un problema que en política equivale a la cuadratura del círculo: establecer un pacto que acabe a la vez con Franco y con los comunistas. Cabe profetizar que ahora, como antes, no darán con el resultado que buscan. Lo han intentado mil veces y otras tantas han fracasado. Constituyeron la Junta de Liberación, la Allanza de fuerzas democráticas, el pacto de San Juan de Luz, el pacto de París. Todo ha quedado en papel, tinta y palabras. Uno tras otro se han ido derrumbando todos esos artificios tan trabajosamente levantados.

La razón de ello es simple: no es posible acabar con el régimen franquista sin la cooperación de los comunistas. Los comunistas somos el Partido más fuerte y combativo de cuantos se oponen a la dictadura. Somos el Partido de la clase obrera, de los campesinos, de la intelectualidad de vanguardia. Esta es una realidad que reconocen incluso los que se dedican a esos juegos. Acaba de transcurrir un año en que decenas y decenas de comunistas han sido condenados en los tribunales del «caudillo» por actividades contra el régimen. ¿Cómo tomar en serio a un grupo de señores que instalados en la emigración, y sin creer ellos mismos en lo que hacen, «decretan» que los comunistas estamos al margen del antifranquismo?

Si se trata de acabar con la dictadura franquista y de dar una solución española al problema político, imposible prescindir del Partido Comunista. ¡Vayamos a cuentas seriamente, señores! La solución que ustedes se proponen sólo sería posible en el hipotético caso de que la fuerza que ustedes sin el aporte comunista no poseen, se la diesen tropas de ocupación extranjera en España.

Suponiendo por un momento que sus sueños tuvieran una posibilidad de realizarse, ¿qué quieren? ¿Repetir en España lo del Congo? ¿Imaginan ustedes a Kasavubu-Prieto y a Tshombé-Franco haciendo una mesa redonda en cualquier

punto de España o del extranjero para ver cómo contener a las fuerzas democráticas y nacionales?

La dictadura del general Franco es un fermento de guerra civil. Esa es una de las razones por las que los españoles la combatimos. Pero si, momentáneamente, por presiones extranjeras, o por la actitud de un grupo de generales, se intentase resolver el problema de España sin el pueblo, sin los comunistas, en nombre de los **sacrosantos** intereses del Occidente capitalista, tal solución no sólo no disiparía el peligro de guerra civil, sino que podría representar su estallido.

En eso es en lo que podrían culminar — quizá sin que ellos mismos se den cuenta — los intentos de quienes se empecinan en trasladar al terreno del antifranquismo español los términos políticos de la guerra fría que los grupos imperialistas pretenden mantener internacionalmente.

Los comunistas, por el contrario, nos esforzamos en descartar las influencias de la política de guerra fría en las relaciones entre los antifranquistas españoles. Y ello no significa que pretendamos hacer abstracción de la contradicción que en esta época se presenta internacionalmente entre los sistemas socialista e imperialista. Ello no significa que nosotros no nos consideremos combatientes de una de las causas que se afrontan: la causa del Socialismo.

Pero afirmamos que frente a la dictadura franquista hoy, lo mismo que ayer contra el hitlerismo, todas las fuerzas antifascistas podemos y debemos unirnos circunstancialmente.

De igual modo consideramos que aun manteniendo cada sector, cada grupo antifranquista, sus peculiares puntos de vista ideológicos y de clase sobre el régimen social y político que deseamos ver afirmarse en la actual competición, cabe encontrar una política nacional común a las más diversas fuerzas, sustentada en el neutralismo en relación con los bloques militares y en el mantenimiento de la paz mundial.

Sólo una orientación de este tipo, que aleje los términos de la guerra fría de la política española, puede permitir un cambio y un desarrollo pacífico. Cierto, cada cual, individualmente, en el silencio de su despacho de abogado o de escritor, o en la soledad de su habitación animada por los recuerdos del tiempo pasado — y ya se sabe que para una serie de viejos políticos «todo tiempo pasado fue mejor» — puede entregarse a las especulaciones más aventuradas y dar rienda a su imaginación. Cada cual puede pensar que las cosas serían, para él, mucho mejores si la realidad actual coincidiese con sus particulares sueños. Pero un político, si quiere seguir siéndolo, tiene que tener en cuenta la realidad. Y la realidad coincide con las soluciones que preconizamos los comunistas; de ahí viene nuestra fuerza. El marxismo leninismo enseña a analizar la realidad, a desechar el subjetivismo, a encontrar la salida que, si momentáneamente puede parecer difícil, corresponde más plenamente con el curso de la historia, con las corrientes profundas que ascienden y tienden a imponerse.

* * *

Como dice la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros, **el contenido fundamental de nuestra época lo constituye el paso del capitalismo al socialismo**, iniciado por la gran Revolución Socialista de Octubre. La aparición de la democracia en España no podrá sustraerse al signo de la época. Sin em-

bargo, los comunistas no compartimos el punto de vista de algunos jóvenes intelectuales **radicales** que piensan poder pasar de la dictadura fascista al régimen socialista, sin transición. Por mucha comprensión y simpatía que tengamos hacia estos jóvenes, por mucho que nos expliquemos su impaciencia, no podemos dejar de polemizar amistosamente con ellos.

Estos jóvenes razonan, más o menos, así: «¿No sería mejor abandonar la vía pacífica y adoptar una táctica de bombas y atentados para acelerar la caída del régimen franquista?». Y prosiguen: «La vía pacífica va a conducirnos a un régimen parlamentario, de partidos, a un régimen burgués. La vía que nosotros proponemos nos llevaría directamente a un régimen que socializaría los medios de producción y de cambio y metería en cintura a la contrarrevolución».

Los que toman esta actitud creen inspirarse en el ejemplo de la revolución cubana, tan admirada como mal conocida por ellos. A causa de ese desconocimiento, ciertos jóvenes intelectuales piensan que es posible hacer una revolución socialista sin la presencia de un partido obrero marxista leninista que desempeñe el papel dirigente.

No es mi intención explicar en los límites de este artículo la revolución cubana, con la que los comunistas nos hallamos profundamente compenetrados. Mas, del mismo modo que la revolución cubana no ha seguido ningún esquema prefabricado y lleva impreso el sello de las particularidades nacionales, la revolución española no se hará calcando tal o cual aspecto parcial de aquélla, sino teniendo en cuenta las condiciones concretas de nuestro país. La revolución cubana es una revolución fundamentalmente nacional y antiimperialista. Este rasgo determina sus características esenciales. Por otro lado, la odiosa tiranía de Batista no era exactamente una dictadura fascista; tenía trazos muy peculiares .Los partidos políticos burgueses convivieron con ella y la posibilitaron. Durante ella, estos partidos añadieron nuevo desprestigio al que acumulaban como consecuencia de un período anterior de corrupción, chanchullos y arbitrariedades. Ello explica que de todos los partidos existentes anteriormente, sólo el Partido Socialista Popular, el partido de los comunistas, subsista hoy, y que junto a él hayan surgido nuevos agrupamientos formados en el período revolucionario y basados en una política revolucionaria.

En cambio, el rasgo esencial de la revolución española en esta fase es su carácter agrario y antimonopolista. Y una característica derivada del signo fascista del régimen de Franco, es que éste ha prohibido y perseguido a los partidos políticos. En España, los partidos políticos que representan los intereses de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía pueden desempeñar — y en ciertos aspectos lo desempeñan ya — un papel positivo al lado del Partido del proletariado, en la lucha contra el régimen. En su fase inmediata, la revolución española es una revolución democrático-burguesa, que tomará probablemente formas parlamentarias y que verá desarrollarse y actuar a diversos partidos, representando a las clases sociales en ella interesadas. Esto, tanto si los cambios se producen por vía pacífica, como si tienen lugar por una vía insurreccional.

Cierto que entre el régimen democrático que puede instaurarse por vía pacífica y el que triunfase a través de una lucha armada es probable que hubiese diferencias considerables. Si los cambios son pacíficos no puede excluirse la presencia de partidos que defiendan abiertamente los intereses del capital monopolista y de los grandes terratenientes absentistas; la derrota de estos partidos, la reducción de su fuerza y su influencia tendría que realizarse por medios demo-

cráticos, con la aplicación de medidas económicas y políticas impuestas por la mayoría del pueblo, gracias a la acción combinada de la presión de masas y de las decisiones parlamentarias.

Por el contrario, si los cambios de régimen se produjeran por la vía insurreccional, los partidos políticos del gran capital monopolista y de los terratenientes serían destruidos violentamente, en el curso mismo de la lucha armada; sin embargo, subsistirían seguramente al lado del Partido y de las organizaciones de la clase obrera, los partidos representativos de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional participantes en la lucha.

En cuanto al paso de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista, ésa será una etapa posterior, aunque es archisabido que ambas etapas no están separadas por ninguna muralla china, ni hay ninguna regla que prescriba un plazo determinado para el paso a la revolución socialista.

En el primero de dichos casos, en el caso de un cambio pacífico, el gran capital y los terratenientes tendrán más posibilidades de maniobra para oponerse a las transformaciones democráticas y tratarán de especular con el temor de la burguesía a las transformaciones socialistas futuras, para atraerla a un bloque contra las fuerzas revolucionarias. La lucha política a fin de impedir la formación de tal bloque y de mantener la unidad de las fuerzas democráticas, será más compleja. Pero con una justa política, el proletariado, en alianza con los campesinos, con la intelectualidad avanzada y con las capas medias, puede acumular la fuerza necesaria para derrotar las maniobras reaccionarias y para conducir la revolución adelante. Si en el bienio republicano-socialista hubiese existido, como sucede hoy, un gran Partido Comunista, no habría habido después bienio negro ni guerra civil; la revolución hubiese seguido su marcha adelante.

En el segundo caso, en el caso de un cambio a través de la lucha armada, la destrucción del aparato del Estado oligárquico terrateniente en el curso de ella, reduciría muchos de los obstáculos para el paso de la revolución democrática a la revolución socialista.

Pero, ¡atención! estos dos caminos, la historia no nos los ofrece cortésmente, dándonos a elegir entre uno u otro, a nuestra antojo. En el momento actual no existen condiciones para lanzarse a la insurrección armada y en cambio existe un determinado número de posibilidades para lograr un cambio político por vía pacífica. Mañana,o pasado mañana, si el cambio no se produce por vía pacífica hoy,podrán darse las condiciones para obtenerlo mediante la lucha armada.

La táctica de lucha tiene que tener en cuenta en cada momento las condiciones objetivas y subjetivas. No podemos decir de forma simplista: «como un cambio insurreccional va a ser más radical, dejemos pasar las posibilidades de cambio pacífico, esperemos a que venga una nueva situación». Sólo si luchamos ahora por un cambio pacífico, si movilizamos ampliamente a las masas, si elevamos su experiencia política, estaremos en condiciones de recurrir mañana a las formas de lucha armada, en caso de que la ceguera de ciertas fuerzas imposibilitase el paso pacífico. Las masas guiadas por el Partido Comunista habrían comprobado entonces, en su propia experiencia, la necesidad de ese género de lucha. Este resultado no lo obtendríamos si nos acantonamos hoy en la pasividad, en espera de la hora H, ni tampoco si nos lanzamos a una táctica aventurera, de bombas y atentados, dictada por la desesperación, que nos alejaría de las masas y daría pretextos al régimen para una represión sangrienta.

Los comunistas insistimos en la necesidad de subordinar la táctica de los cambios pacíficos o de los cambios por la lucha armada a las condiciones obje-

tivas y subjetivas existentes. Al decir que hoy una acción consistente en bombas y atentados sería aventurera y contraproducente, no estamos condenando por principio tal forma de lucha. En un ambiente insurreccional, acciones de ese género pueden ser aconsejables y hasta indispensables. Es más, si a pesar de todos nuestros esfuerzos actuales, los políticos que sólo piensan en **dar garantías a las cancillerías extranjeras** y en hacer **más que un cambio de régimen una permuta de equipos** malograsen las posibilidades reales de un cambio pacífico, las masas, con una experiencia política mayor, y con la ayuda del Partido, se orientarán a la lucha insurreccional y entonces esas acciones serán el acompañamiento de otras formas de lucha abierta que abrirán el terreno a un levantamiento popular armado. Pero en la España de hoy esa hora aún no ha sonado, y lo que sería útil si llega a sonar, resultaría hoy aventurero, artificial y contraproducente.

De este análisis se desprende el porqué nosotros hacemos los mayores esfuerzos con el fin de llegar a un acuerdo entre los diversos partidos políticos antifranquistas; por qué, aun criticando los aspectos negativos de la política que éstos realizan, no los condenamos como tales ni nos declaramos hostiles a ellos; por qué no compartimos **la fiebre de las siglas** que parece apoderarse de algunos elementos en la emigración.

Toda una serie de nuevos organismos surgidos en la emigración con más siglas que miembros en sus filas, son absolutamente inoperantes. Con el pretexto de venir a unificar, de hecho no son más que nuevas divisiones, nuevas capillas, nuevas cabezas de ratón en una situación en que éstas ya abundan con exceso. Cuando no, simplemente, maniobras de diversión inspiradas por la policía y servicios extranjeros, entregados a una labor provocadora.

La cuestión esencial hoy es **unir** y **no dividir** todavía más a las fuerzas antifranquistas; **hacer todos los esfuerzos posibles para conseguir un cambio pacífico.** Esa es nuestra línea política y en ella nos mantenemos firmemente.

* * *

Los comunistas sabemos mejor que nadie, por una larga experiencia, que la unidad de las fuerzas políticas antifranquistas no es cosa fácil de lograr. Más arriba hemos aludido a algunas de las dificultades que hasta aquí la impiden. Pero el examen no quedaría completo si no pasáramos revista cuando menos a algunos de los rasgos positivos que aparecen en las relaciones entre dichas fuerzas, susceptibles de desarrollarse y de terminar imponiéndose sobre los negativos.

Casi todo lo que hay de positivo actualmente en la acción antifranquista, tanto en España como internacionalmente, **es una consecuencia de la unidad lograda en determinados momentos, para ciertas acciones, entre las más diversas fuerzas.**

Las grandes huelgas habidas en nuestro país, los últimos años, han sido el fruto de la unidad en la base de la clase obrera; de la colaboración de comunistas, socialistas, católicos, sindicalistas y sin partido en las empresas y lugares de trabajo. Esto sin hablar de la huelga de mayo de 1947 en Vizcaya, promovida y dirigida por un organismo de unidad vasco en el que estaban todos los partidos — incluído el nuestro — organismo que desgraciadamente fue roto poco después por los dirigentes burgueses y socialdemócratas.

Los boicots a los transportes de Barcelona, Madrid y otras ciudades, en 1957, fueron también un ejemplo de lo que es capaz la unidad en la base. De igual modo, la Jornada de Reconciliación Nacional, en 1958, resultó una gran movilización política de masas, porque en la base llegó a realizarse en muchos lugares, sobre esa consigna, una estrecha unidad.

Las manifestaciones de estudiantes e intelectuales iniciadas en 1956 y proseguidas en una u otra forma hasta hoy, han sido posibles por la unidad de liberales, católicos, socialistas y comunistas dentro de la Universidad.

Las acciones de los abogados de Barcelona o las de los de Madrid contra los atropellos policiales, las jurisdicciones especiales, el decreto del 21 de septiembre, etc., se llevan a cabo apoyadas en una amplia unidad que abarca desde la derecha a la izquierda antifranquista, sin exclusiones. No hay ningún pacto político sellado y sería inútil que la policía lo buscase; pero existe una voluntad común, reiteradamente afirmada, de luchar por dar a España los contornos de un Estado de derecho.

La lucha de los estudiantes contra la voracidad y el integrismo opusdeista, que se lleva a cabo en diversas universidades, también está apoyada en una amplia unidad. El documento de los intelectuales contra la censura abarca a hombres de las más diversas escuelas políticas, religiosas y filosóficas.

A su vez, uno de los ejemplos más significativos de la fuerza de la unidad es la campaña pro amnistía. Puede decirse que no ha quedado un solo grupo político sin manifestar su apoyo a la amnistía. Personalidades de la cultura, de todos los matices, la han reclamado en un resonante documento. De suerte que la exigencia de amnistía, a la que va implícitamente unida la condena del régimen que persigue a los hombres por sus ideas y sus opiniones, es hoy un verdadero clamor. Esa campaña coloca al régimen fascista en situación crítica, en un momento en que los aires de libertad cambian la fisonomía política del mundo.

La unidad realizada en España por la amnistía ha tenido su continuación en la esfera internacional. Dos son las conferencias celebradas ya en Latinoamérica a favor de la amnistía en España y Portugal; en ellas han participado comunistas, socialistas, republicanos, liberales, conservadores, católicos, intelectuales de todas las tendencias de aquel continente. Ahora se prepara la Conferencia de Europa occidental. Entre quienes la convocan se hallan el R. P. Pire, Premio Nobel; el R. P. Riquet; François Mauriac; Gabriel Marcel; André Maurois; la reina madre de Bélgica; Léo Collard, presidente del Partido Socialista belga; el presidente del Partido Socialista suizo; los dirigentes de once sindicatos nacionales de las Trade Unions; el líder laborista Noel Baker; el ex presidente socialista de la República francesa, Vincent Auriol; personalidades burguesas como Paul Finet, Daladier, Edgar Faure; intelectuales de izquierda como Sartre, Aragon, Picasso; personalidades comunistas como Maurice Thorez y Luigi Longo.

Se trata de grandes manifestaciones internacionales de unidad, en las que participan fuerzas gobernantes y fuerzas de oposición de los países del mundo capitalista; hombres y grupos que difieren entre sí en muchas cuestiones, partidarios del mundo socialista unos y partidarios del mundo capitalista otros, que sin embargo se unen para condenar los excesos del régimen franquista.

¿Cómo, habiendo tanta resistencia a la unidad por parte de ciertos dirigentes de los partidos burgueses y socialista, ha sido posible realizar la unidad sobre tantas y tan importantes cuestiones y llevar a cabo acciones antifranquistas que sitúan al régimen en postura cada vez más difícil? Porque la conciencia de que

la unidad es necesaria se va abriendo camino de abajo arriba, a despecho de todas las resistencias, a través de un complejo proceso. Si los dirigentes socialistas de Toulouse aún se oponen a ella, los militantes socialistas del interior la desean y comprenden que sin realizarla es imposible hacer nada útil. En tanto ciertos dirigentes de la oposición de derecha se dedican a deshojar la margarita, ¿me quiere? ¿no me quiere?, pensando en Kennedy, muchas personas que están situadas por su ideología y condición social en los grupos que aquéllos representan, sienten la necesidad de actuar y lo hacen coincidiendo con todos los que experimentan el mismo irresistible impulso.

En realidad, en cada grupo burgués o pequeñoburgués de oposición, lo mismo que en el Partido Socialista, quienes se oponen resueltamente a la unidad son núcleos muy reducidos de dirigentes, sometidos a la presión imperialista o de reducidos grupos de intereses. Hasta entre esos dirigentes hay hombres que en su fuero interno están convencidos de la necesidad e incluso de la inevitabilidad de la unidad.

Tomemos la dirección del Partido Socialista en la emigración. Si se les cogiese uno a uno, en el terreno personal, en confianza, algunos reconocerían que es inevitable unirse. Pero ... si toman esa posición ¿qué sucedería? Pues que los subsidios de la llamada Confederación de Sindicatos libres, de los sindicatos americanos y de algunos Partidos Socialistas occidentales, de los cuales viven ellos y mantienen su propaganda, les serían cortados. Y que las facilidades que tienen para residir y actuar legalmente en países como Francia — facilidades que a los comunistas se nos niegan — les serían retiradas.

Naturalmente, ellos no dicen en público que éstas sean las razones últimas de su oposición a la unidad, pero a veces lo insinúan en privado. Los móviles de su anticomunismo no son, como se ve, muy altruistas, ni muy nacionales.

Pero la inmensa mayoría de los socialistas no piensan así; el anticomunismo no es para ellos una profesión. Pueden tener puntos de vista, concepciones diferentes a las nuestras sobre la democracia y el socialismo; pueden estar, en algunos momentos, obcecados por la propaganda anticomunista. Pero, en definitiva, la experiencia les va enseñando la necesidad de la acción unida contra el franquismo.

La burguesía española, particularmente la pequeña burguesía y la burguesía nacional, siente hoy una **angustiosa necesidad de mercado**; la ampliación del mercado interior y el logro de nuevos mercados depende de la realización de un cambio democrático. Por razones de clase, los elementos burgueses reaccionan contra la asfixiante política económica y financiera del actual régimen, que sólo favorece a los grandes monopolios. De ahí que a pesar de la ilegalidad vayan surgiendo diferentes partidos burgueses. Razones de clase y de ideología predisponen a los miembros de éstos contra el Comunismo; pero ello no les impide sentir la necesidad de una acción común, con objetivos concretos, limitados, a medida que la opresión dictatorial se hace más insoportable. Es particularmente un grupo reducido de «jefes», de «ministrables», quienes temen que su carrera política pueda verse en peligro en caso de pactar acuerdos con los comunistas. Es fundamentalmente un grupo de «jefes» el que,diciéndose representante de las masas de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional, presta más atención a las voces del gran capital monopolista que a las de sus representados. Sólo este grupo mínimo, reducido, tiene en cuenta que los Estados Unidos, las potencias occidentales y el Vaticano condenan al ostracismo político a los hombres que no se declaran anticomunistas. Y aún así y todo, entre sus componentes no faltan

quienes se dan cuenta de que gracias a la evolución de la situación internacional llegamos a un momento en que esas potencias extrañas no pueden intervenir de la misma forma escandalosa en los asuntos internos de Estados más débiles.

La tendencia que tiende a dominar, a imponerse en el campo de las fuerzas antifranquistas es la de la unidad; la que pierde terreno y está condenada es la tendencia antiunitaria. Frente a las posiciones subjetivas de ciertos dirigentes, la realidad objetiva está pidiendo un acuerdo de todas las fuerzas antifranquistas y antimonopolistas. La política económica y financiera de Franco agudiza a extremos cada vez mayores la contradicción entre el capital monopolista, que se beneficia del régimen actual, y el resto de la sociedad española, creando una situación política y social cada vez más inestable. Y aunque el temor de la burguesía al socialismo ha actuado y actúa aún como un freno a un compromiso que restablezca la democracia, la práctica demuestra que ese freno, en diversos frentes, va paulatinamente aflojando.

Ahí reside toda la importancia de las acciones unitarias que tienen lugar entre diversos sectores sociales cada vez más amplios, y a las que he hecho alusión anteriormente.

Al paso que esas acciones vayan extendiéndose e incrementándose, las resistencias a la unidad antifranquista serán abatidas e incluso los más recalcitrantes oponentes tendrán que inclinarse o dejar el campo libre a otros hombres menos comprometidos. El papel de la lucha de la clase obrera, las masas campesinas y los intelectuales de vanguardia en este proceso es decisivo.

Algunos intelectuales — dicho sea sin ánimo de herirles — reprochan a la clase obrera y a las masas una resignación y una pasividad que no son reales. Y llegan a creer que la oposición se reduce a la acción de unos grupos selectos que, en su idea, actuarían al margen de las masas y de su presión. Es cierto que desde hace dos años la clase obrera no ha realizado acciones políticas espectaculares de carácter general. Pero la presión de la clase obrera y de las masas populares no se ejerce tan sólo a través de los grandes movimientos. Hay situaciones en que éstos son muy difíciles, si no imposibles. Así sucede precisamente en los últimos tiempos. El plan de estabilización ha sido un rudo golpe para los trabajadores; sobre éstos influye la amenaza del paro y el hambre y la especulación que el régimen y ciertos oportunistas realizan agitando esa amenaza. Además, el plan ha ido precedido y seguido de innumerables medidas represivas: enlaces sindicales, militantes de vanguardia, dirigentes obreros encarcelados y condenados por decenas e incluso por centenares.

Pese a esto las masas han seguido presionando en diversas formas: en las empresas y lugares de trabajo, a través de reclamaciones y protestas ante las alcaldías, en los sindicatos, en las magistraturas del trabajo. Quien ha percibido esa presión muy directamente, y sus posibilidades de ensancharse y transformarse en una lucha abierta, ha sido el Gobierno. No es casual que éste se haya resistido a decretar la «libertad de despido». Sin dicha presión de masas, a estas horas habría en España un millón de obreros parados, si no más. Son las acciones de la clase obrera y las masas populares, las reivindicaciones formuladas de diversas formas por la pequeña burguesía y la burguesía no monopolista, las protestas realizadas, a su vez, por los intelectuales, las que han reducido las posibilidades de maniobra del Gobierno y de los monopolios, agudizando las contradicciones en el seno de las camarillas gobernantes; las que, en definitiva, han agravado — pese a no haberse producido grandes movimientos — la crisis de la dictadura franquista.

Y esta presión va subiendo de punto, con lo que la posibilidad de acciones generales de masa surge de nuevo. Y ahora, las fuerzas susceptibles de movilizarse en un momento dado, frente a la dictadura, serán más amplias que antes. Cerca de dos años de plan de estabilización han barrido muchas ilusiones en los medios pequeñoburgueses y burgueses. El fracaso del régimen, su nocividad, son más evidentes. Su desprestigio internacional, más notorio.

La situación que se va creando reclama una nueva iniciativa unitaria para dar solución al problema político español. Una iniciativa unitaria que tenga en cuenta los términos reales en que se plantea nuestro problema, es decir, que parta de la necesidad de un compromiso entre todos los partidos y grupos que representan una fuerza en España. Una iniciativa unitaria que se dirija ante todo a movilizar, a levantar a los españoles frente a la dictadura. Ni cartas a Kennedy ni estériles charlas de emigrados. Los comunistas, por nuestra parte, estamos dispuestos a ella. Tanto que si, como es de esperar, se crean las condiciones para una nueva movilización popular, y aquella iniciativa no surge, no vacilaremos en acudir directamente al pueblo para que se una y actúe.

* * *

El régimen se da cuenta, mejor que muchos elementos de la oposición, de la debilidad de su situación. Franco lo ha explicado con bastante realismo en su discurso de fin de año: « Una sociedad sin reservas espirituales, que vive en estado de desigualdad social, de bajo nivel de vida, desengañada de falsas promesas y cansada de esperar, no es extraño que pueda ser arrastrada por quienes le prometen su redención aun corriendo el albur de una aventura ».

El aislamiento político y social del franquismo es descrito también por el « caudillo » en el mismo discurso: « Por otro lado, las clases llamadas a la noble función de magisterio o de ejemplaridad social, ante la tentación del snobismo político, de modernismos ideológicos o de la popularidad mal entendida, de la ambición desmedida o del resentimiento, han vuelto la espalda a la única tarea que precisamente justificaba su preeminencia ».

Franco alude con esas palabras al alejamiento de las fuerzas burguesas, incluidas las que un día participaron en el llamado « movimiento nacional ». Hay en este discurso una involuntaria confesión del éxito alcanzado por la política de reconciliación nacional, al situar los problemas de España sobre una base objetiva actual, superando las influencias de la guerra del 36-39, que falseaban la real correlación de fuerzas presente.

A las consecuencias de tal alejamiento trata de hacer frente « PUEBLO » con su editorial de 30 de enero de este año titulado « Responsabilidad ». Los argumentos que maneja el diario falangista son, más o menos, los de siempre: la especulación con el temor a un cambio. Se dirige a « esa media docena de españoles con amor exagerado a sus puntos de vista, o con cuentas pendientes de resentimientos — siempre personales — que se mueven en dirección de las tormentas ». Esa « media docena de españoles » son precisamente los representantes de lo que Franco describe como « las clases llamadas a la noble función de magisterio o de ejemplaridad social », etc., etc. Son los dirigentes de la oposición de derecha. Se les reprocha la « ingenuidad » de hablar de **libertad** y **democracia**. Se les ame-

naza con lo de siempre: « por el camino triunfal de la democracia liberal no llegan los moderados, los reformistas, los conciliadores, los conservadores, sino que irrumpen arrolladoramente los revolucionarios ». Y se les propone — y eso sí que es nuevo, por lo menos formulado públicamente — **« una larga tregua política, sin graves disensiones, sin acentos excluyentes, que permita la culminación de un proceso de desarrollo económico y puedan afrontarse los graves problemas del momento respecto a los intereses de España en el mundo exterior. ».**

Franco busca una tregua, lo que muestra cuán inseguro se siente. Y la busca para seguir haciendo su política. A fin de mostrar la « buena voluntad » que le anima se lleva de cacería a D. Juanito; acude con toda su corte a orar ante los despojos de Alfonso XIII; hace correr que reconoce a D. Juan como heredero del trono; deja decir que D. Camilo, cuya reputación de bestia ha alcanzado el cénit, va a ser dimitido; que Ruiz Jiménez, Artajo y otros « demócratas cristianos » del mismo jaez entrarán en el gobierno. Reconozcamos que como apertura a la **tregua** no es gran cosa ...

Sobre todo si esto se pone en parangón con los actos políticos reales. Hubo en el mes de noviembre del pasado año la comedia de las elecciones para el tercio familiar de concejales. Unión Española, una de las fuerzas requeridas para la tregua, pretendió presentar candidatos propios en unas cuantas ciudades, bajo la denominación de « independientes »; a este fin escogió hombres « de orden », en muchos casos antiguos partidarios del « movimiento nacional ». Una hoja publicada recientemente por ese partido monárquico da cuenta de los resultados de la experiencia: en la mayor parte de los lugares, pese a llenar los requisitos legales, los candidatos monárquicos no pudieron hacer acto de presencia. Y en un solo lugar donde lo consiguieron, les fue imposible nombrar apoderados ni controlar el escrutinio, falseado a gusto de las autoridades. Unión Española termina afirmando « la imposibilidad de colaborar con el sistema, aun dentro de una **oposición moderada** ».

Otro ejemplo que ilustra la política de « tregua ». El gobierno convoca elecciones sindicales; para impedir que se formen candidaturas opuestas a las de los jerarcas verticales y las empresas, se da a conocer el reglamento de las elecciones una vez pasado el plazo para presentar candidatos. Después, anulan tranquilamente todas las candidaturas que no les convienen. Las HOAC hacen una discreta petición para que se aplacen las elecciones y se den garantías. ¡Ni hablar! De lo que se trataba era precisamente de que sólo hubiese garantías para jerarcas y empresarios. Conclusión: la carta de Pla y Deniel denunciando los sindicatos verticales.

Un ejemplo más: el « relevo de mandos », ocasión para « renovar », para « abrirse » hacia aquéllos a quienes se invita a la tregua. ¿A qué se reduce? A que Fulano, jefe de la propaganda del movimiento, pasa a ocupar el cargo de gobernador. Zutano, gobernador, se traslada a la propaganda. El secretario de tal cosa pasa a ser secretario de tal otra y viceversa. Mucho movimiento, mucha agitación, gran acopio de biografías, todas iguales, en los periódicos: « Malo, falangista, jefe del sindicato tal, gobernador de cual, de la división azul ». « Peor, de la división azul, gobernador de cual, jefe del sindicato tal, camisa vieja ».

Mientras tanto, arrestos en masa y tribunales militares a todo pasto. Detenciones en Madrid, en Barcelona, en Vizcaya, en Asturias, Córdoba, Sevilla, Málaga, Granada, Santander. Condenas de veinte, quince y diez años, por delitos de opinión, contra comunistas, socialistas, católicos, e incluso contra el falangista que

llamó traidor al «caudillo». Campañas terroristas en la prensa, amenazando con nuevas represiones a los intelectuales que se distinguen protestando contra la censura.

Franco pide una «tregua» a la oposición de derecha para seguir haciendo las mismas barbaridades. Pero tanto sus torpes llamamientos como sus intensificadas represiones muestran que su situación es sumamente débil y que siente acercarse el fin.

Esa es la realidad. Partiendo de ella, el deber de las fuerzas de oposición aparece claro: **acosar sin tregua a la dictadura hasta conseguir su desaparición.** Concertarse para asestar nuevos golpes a un régimen que en veinticinco años de poder omnímodo ha acumulado crimen sobre crimen, fracaso sobre fracaso.

Todos los grupos políticos, todas las clases y capas sociales lesionadas por el franquismo deben redoblar su actividad oposicionista. Que los obreros y los trabajadores del campo, sin dejarse intimidar, protesten cada vez con más fuerza y multipliquen sus acciones de lucha, a fin de ir creando el clima para una gran acción antifranquista. Que los estudiantes, intelectuales y artistas incrementen sus iniciativas y protestas contra los aspectos más escandalosos de la opresión. Que los abogados continúen y amplíen su acción por un estado de derecho, por la supresión de la arbitrariedad reinante. Que los clérigos antifranquistas y los católicos ayuden a movilizar al pueblo; no importa que ciertas altas jerarquías les amenacen hoy con las llamas del infierno, mañana se comprobará que son precisamente ellas quienes más daño hacen a la Iglesia. Que todas estas diversas acciones vayan convergiendo hacia una gran lucha unificada capaz de poner fin a la tiranía.

* * *

Porque, aun siendo pacífico, el paso de la dictadura a la democracia no puede realizarse sin una gran lucha política de masas, con la participación de los más amplios sectores antifranquistas. Franco no se va, no abandonará el poder por voluntad propia. Lo ha repetido muchas veces y hay que reconocerle el don de la tenacidad. Mientras el poder que posee no se le quiebre en las manos seguirá oprimiendo a los españoles. Y ese poder sólo puede quebrarlo la lucha de las masas culminando en una potente huelga nacional. El cambio pacífico no puede hacerse en nuestro país por medios electorales o plebiscitarios, como en 1931; esos medios vendrán después. Primero es indispensable desalojar a Franco del poder con un gran movimiento popular.

¿Cómo llegar a la huelga nacional, cómo prepararla? He aquí la cuestión que se plantea hoy. Y, previamente, ¿qué es una huelga nacional pacífica?

Los comunistas hemos explicado varias veces nuestra concepción. Una huelga nacional significaría el paro de toda actividad en fábricas, campos y transportes, en universidades y centros culturales; el cierre de todo género de establecimientos. En ella participarían la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía no monopolista.

Esa huelga tendría que ir acompañada de manifestaciones de masa reclamando la dimisión del gobierno, el alejamiento del dictador, el restablecimiento de las libertades democráticas. La masas en la calle tratarían de confraternizar

con las fuerzas armadas, neutralizándolas o ganando el apoyo de una parte de ellas.

Movimientos de este tipo se han producido en otros países. Y en España la oposición a la dictadura es tan amplia que las condiciones objetivas para una acción de este género existen.

Si todas las fuerzas de oposición, de derecha y de izquierda, llegásemos a un acuerdo, la huelga nacional podría prepararse y realizarse rápidamente y ser un gran triunfo, sin apenas actos de violencia. Ese sería el camino más fácil, el camino que daría a todas las fuerzas antifranquistas, de izquierda y derecha, una oportunidad igual de pretender al apoyo del pueblo una vez restablecida la democracia.

Sin embargo, ese camino **fácil** es a la vez **difícil**. La experiencia demuestra que para forzar a un acuerdo a los dirigentes políticos de ciertos grupos de izquierda y de derecha, hay que colocarlos ante los hechos consumados. El peligro para ellos reside en que, una vez los hechos consumados, su acuerdo ofrezca menos interés.

Sin renunciar a un acuerdo de todos los partidos antifranquistas, en las condiciones presentes es necesario esforzarse particularmente en lograr la unidad de la clase obrera, los campesinos, los estudiantes e intelectuales democráticos por la base. Es indispensable impulsar el desarrollo y multiplicación de las luchas políticas y económicas parciales, combinando las formas legales con las extralegales. A través de esas luchas se irá templando el espíritu combativo de las masas, se irá fortaleciendo su unidad y su organización en los lugares de trabajo, en los pueblos, en las universidades y centros de cultura. Creadas estas bases de unidad y organización, una acción importante de masas de los obreros, los campesinos o los estudiantes en cualquier punto podría ser la señal para la extensión de la lucha a todo el país, para el desencadenamiento de la huelga nacional. Lo que sucedió en Barcelona en 1951 se repetiría en escala nacional, esta vez con una dirección y unos objetivos más precisos.

Yo sé que cuando los comunistas damos esta perspectiva hay gentes que se encogen de hombros escépticamente. Que consideran ese camino como muy complejo y aleatorio. Pero sé también que entre los dirigentes políticos e incluso entre los hombres del régimen, aquéllos mejor enterados de la verdadera situación del país y del estado de ánimo del pueblo reconocen que esa perspectiva es plenamente posible. Ellos saben que la imagen de la caldera sometida a una presión cada vez más insoportable y expuesta a estallar en pedazos no es una mera figura literaria. No ignoran que en España se está acumulando la materia explosiva en proporciones tales que cualquier chispa puede alumbrar un gran incendio. Y que la solución ya no reside en cerrar más herméticamente la caldera, es decir, en acentuar la represión, porque cada paso que el gobierno da en ese sentido aumenta las atmósferas y el peligro de estallido. Cuando la caldera era nueva, esos recursos daban resultado. Hoy, la caldera se ha hecho vieja, el régimen se ha desgastado, y tiene numerosos puntos débiles.

Lo que hace falta es que los comunistas, los miembros de los otros grupos democráticos, todos los antifranquistas conscientes, comprendan que ésa es la situación y que tal es el camino que hay que recorrer. Que intervengan conscientemente con este fin en todas las acciones y movimientos parciales de lucha; en todas las protestas grandes y pequeñas. Que los aprovechen para fortalecer la unidad y la organización de las masas; para crear por todas partes comisiones o

comités de la oposición sindical, de la oposición campesina o estudiantil; para crear núcleos de antifranquistas que impriman a las acciones un fin cada vez más consciente y elevado; para reforzar los lazos entre los obreros y campesinos, entre éstos y los intelectuales. Unas cuantas decenas de miles de hombres, trabajando con esta orientación entre las masas, imprimiendo un rumbo consciente al inmenso descontento, a la creciente indignación del pueblo, pueden hacer en las condiciones presentes verdaderos milagros.

De ahí también la necesidad de fortalecer en cantidad y calidad las filas y las organizaciones del Partido Comunista. De ahí la exigencia de realizar la unidad con todos los elementos combativos de la clase obrera, los campesinos y la intelectualidad, allá donde se encuentran; de crear mancomunadamente con ellos miles de órganos de unidad capaces de movilizar, organizar e imprimir una orientación acertada al movimiento de las masas.

Por esa misma razón es indispensable, también, no desestimar ninguna posibilidad de acción, ningún objetivo, por reducido que sea, que contribuya a elevar la conciencia y la experiencia política de los diversos sectores del pueblo. La subestimación de las reivindicaciones parciales, de las acciones de alcance limitado, de las posibilidades legales, puede responder a un fuerte **sentimiento** revolucionario, que no se contenta con menudas luchas; pero no responde a una actitud **revolucionaria inteligente.** Para conseguir que el pueblo llegue a hacer lo más hay que conducirle primero a hacer lo menos, dándole así experiencia y confianza en sus fuerzas. Y dónde termina lo menos y empieza lo más no está resuelto de antemano, ni se decide en conversaciones; hay que resolverlo en la acción, siguiendo de cerca el pulso de las masas y guiándolas con iniciativa y audacia.

Tampoco hay que desesperarse, ni dejarse ganar por el desánimo cuando las cosas parecen marchar lentamente e incluso retroceder. En el curso de un período como el que vivimos sucede que cuando parece que el movimiento de masas retrocede, lo hace para tomar respiro e impulso, para volver de nuevo a la carga con más energía. Los que se desaniman harían bien en repasar la historia. Vean dos ejemplos: en España, después del aparente fracaso del movimiento revolucionario de diciembre de 1930, personalidades socialistas tan destacadas como Julián Besteiro prevenían contra lo que también entonces se llamaba «salto en el vacío», y profetizaban larga vida a la Monarquía. Aún hablaban así cuando, cuatro meses después del «fracaso», se proclamaba la República. Después del 12 de febrero de 1917, en una carta dirigida a S. N. Ravitch, desde Zurich, el gran Lenin escribía: «A decir verdad no son ustedes los únicos que se dejan ganar a menudo por el pesimismo». «Pero sin dejarse mecer por ilusiones excesivas, tampoco vale la pena de hundirse en el pesimismo: el momento es grave y aunque sólo ayudemos **un poco** (Algunas octavillas, etc.) eso representará ya **alguna cosa**» (Lenin, Obras completas, Tomo 36, pág. 430 de la edición francesa). Pocos días después, el 27 de febrero, triunfaba en Petrogrado la revolución democrático-burguesa. Lenin tenía razón advirtiendo contra el pesimismo. Lenin tenía razón también cuando, refiriéndose a los cambios que determinan el paso del movimiento revolucionario a una etapa superior, escribía: «Estos cambios se producían a veces sin ruido; la acumulación de fuerzas por el proletariado se realizaba entre bastidores, de modo imperceptible, dando lugar no pocas veces a la decepción de los intelectuales en cuanto a la solidez y vitalidad del movimiento de masas. Luego sobrevenía un viraje, y todo el movimiento se elevaba, por decirlo así, de

golpe, a una fase nueva». (Lenin, «El trabajo del Partido entre las masas», pág. 14; Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú).

La preparación de la huelga nacional exige, por otro lado, aclarar ciertas concepciones erróneas, derivadas de la incomprensión de lo que significa su **carácter pacífico** y también de la relación que hay entre las **luchas parciales** y una **acción de carácter general.**

Algunos han entendido lo del **carácter pacífico** en un sentido ghandista, como si se tratara de un movimiento de «desobediencia civil» del tipo de los realizados en algunos países, o como una manifestación de «pacifistas» y «no violentos»: a la hora X todo el mundo se cruza de brazos y listo. Pero hay que distinguir entre el **carácter pacífico** y la **no violencia.** Nosotros no somos ghandistas.

La huelga nacional es una lucha de gran envergadura; por encima sólo hay la insurrección armada. Es pacífica porque partiendo de la valoración de la situación nacional e internacional se propone derribar al régimen político existente sin guerra civil. Pero su carácter pacífico no excluye, sino que exige la existencia de una vanguardia organizada, capaz de encabezar a las masas, e incluso de modificar el carácter exclusivamente pacífico de la acción de éstas, si defensores recalcitrantes del régimen emplean la violencia contra huelguistas y manifestantes. Pues al preparar una huelga nacional pacífica no puede excluirse la existencia de focos «ultras», de defensores del régimen que traten de mantenerle por todos los medios, y a los que sea indispensable derrotar, con medios similares a los suyos, esto es, armándose.

Es decir, la huelga nacional, sin llegar a ser una insurrección armada, ni menos una guerra civil, sin perder su carácter fundamentalmente pacífico, puede verse obligada en algunos lugares a responder a la violencia con la violencia, para coronar la victoria.

Esta es la experiencia que nos proporcionan algunas luchas de carácter análogo libradas por los pueblos de otros países en los últimos años, experiencia que debemos asimilar.

Ello exige que en las luchas parciales preparatorias de la huelga nacional, los elementos más combativos de nuestro Partido, de otros grupos, e incluso sin partido, particularmente la juventud, vayan organizándose para estar en condiciones de dar una respuesta adecuada a la violencia franquista, donde ésta surja en el momento de la huelga nacional.

A la vez hay que ponerse en guardia ante quienes frenan cualquier tipo de lucha parcial con el pretexto de «conservar las fuerzas» para la gran acción, para la huelga nacional; contra quienes dicen, de una manera simplista: «Vale más una huelga de millones que una manifestación de varios centenares».

Imposible decir ahora cuándo será hacedera la huelga nacional. ¿Dentro de seis meses? ¿De un año? ¿De año y medio? Va a depender de muchos factores. Lo decisivo ahora no es saber exactamente en qué fecha va a producirse, sino **cómo hay que prepararla.** Y hay que prepararla uniendo, organizando, luchando.

No se puede esperar una gran huelga nacional sin un proceso previo de luchas parciales. Sin manifestaciones y huelgas de varios centenares no tendremos manifestaciones y huelgas de varios millares; y sin éstas no habrá huelga nacional. Sin una combinación ágil e inteligente de todas las formas de lucha, legales y extralegales, no sacaremos al pueblo a la calle.

Los comunistas y todos los demócratas combativos tenemos que utilizar cuantas posibilidades efectivas surjan de movilizar a los distintos sectores de la clase obrera, los campesinos,los intelectuales y las capas medias, sin desperdiciar ninguna. A través de cada una de esas acciones debemos ir avanzando en el planteamiento de las reivindicaciones democráticas de las masas. Al emprender una acción hemos de tener pensados sus límites y bajo qué nuevas formas puede prolongarse y desarrollarse posteriormente.

Por ejemplo, tomemos lo que sucede en el campo. Decenas de millares de obreros están en paro; muchos de ellos no hallan trabajo ni durante las faenas estacionales. Miles de campesinos se encuentran en la imposibilidad de pagar los impuestos, las deudas acumuladas. Se puede reclamar ante la Hermandad, ante el Ayuntamiento; pero llega un momento en que esas reclamaciones, aun apoyadas en manifestaciones de masas, se encuentran con la incapacidad de tales organismos para resolver los problemas de fondo planteados. Entonces, cabe enviar comisiones a los gobiernos civiles, a las Cámaras provinciales. Si los gobernadores y las Cámaras responden con evasivas, en vez de comisiones hay que esforzarse por organizar marchas de los obreros y los campesinos de toda la provincia hacia la capital, para apoyar a sus comisionados. Cuando las autoridades contestan que no hay trabajo ni dinero para subsidios y moratorias, entonces hay que responderles: ¡Si no tenéis trabajo ni dinero, dadnos la tierra! En infinidad de términos municipales hay tierras no cultivadas o insuficientemente cultivadas, propiedad de los grandes terratenientes absentistas, que pueden distribuirse a los obreros sin trabajo y a los campesinos pobres.

Lo que hay que proclamar es que la actual sociedad no tiene derecho a condenar al hambre a miles de familias, cuando sobra tierra para darles de comer.

Veamos también lo que sucede en la industria. Los jerarcas de los sindicatos verticales se distraen inventando planes sin pie ni cabeza para «ampliar los puestos de trabajo». Pero, mientras tanto, el paro aumenta y las revistas burguesas especializadas siguen reclamando la «libertad de despido» para facilitar la tan cacareada «reactivación». Si los obreros no luchan a pie firme contra los despidos, éstos se multiplicarán y la situación se hará más grave. Si no luchan por un subsidio efectivo de paro, al perder el trabajo perecerán de hambre, sin que los gobernantes bien alimentados se estremezcan.

Los salarios han disminuido — me refiero al salario en mano —, los capitalistas, con los métodos llamados de «control», tratan de disminuirlos más y más. Mientras tanto, los periódicos hablan mucho de «contratos colectivos», de «productividad» y otras monsergas. Pero si no hay una lucha para exigir un nuevo aumento general del salario base, los salarios continuarán muy por bajo de las necesidades más perentorias de los obreros.

Los obreros parados y los que trabajan deben organizar la lucha en las barriadas y en las empresas, deben romper la barrera del temor y manifestarse en la calle; deben hacer plantes y paros, deben coordinar su acción con los compañeros de las otras barriadas también parados o con los de otras empresas que se hallan en circunstancias similares.

Quejarse de que los actuales sindicatos no resuelven nada no es bastante; hay que aprovechar las posiciones dentro de éstos, cuando las hay, y si no, las amistades, las relaciones de todo género, para unirse, organizarse y pasar a la acción.

Es necesario ir elevando de más en más el espíritu de combatividad; hay que transformar el sordo descontento en acción.

Los estudiantes, los intelectuales y los artistas tienen también multitud de problemas; hacen bien en reclamar y protestar cada vez con mayor fuerza. Pero no deben olvidar que la solución de sus problemas está ligada a la solución de los de los obreros y campesinos. Deben buscar, pues, el contacto con éstos, a través de formas múltiples de extensión de la actividad cultural; hay que ir al pueblo. Existen algunos buenos ejemplos en este sentido, pero muy reducidos, muy aislados, si se les compara con todo lo que falta por hacer y lo que es posible hacer.

El camino de la preparación de la huelga nacional pasa por la multiplicación de las acciones de masa de los obreros, los campesinos, los intelectuales y las capas medias; pasa por la elevación del espíritu combativo, por la unidad y la organización de millones de españoles antifranquistas, por el reforzamiento a través de todas las formas posibles de la alianza entre los obreros, los campesinos, los intelectuales y las capas medias; pasa también por el reforzamiento del Partido Comunista en cuyas filas tienen su puesto todos cuantos estén decididos a combatir por la democracia y el Socialismo. Estas tareas debemos proseguirlas e intensificarlas sin perder minuto, pero sin impaciencias pueriles. Siguiendo este rumbo daremos cuenta de la resistencia antiunitaria de ciertos dirigentes y estaremos en condiciones de aprovechar la primera coyuntura favorable, la primera oportunidad propicia para levantar al pueblo a la lucha decisiva contra la tiranía franquista.

Tomás Imaz

EL LIBERALISMO ESPAÑOL (II)

La descomposición del liberalismo: 1833-1868

Este largo período es fundamental en la historia contemporánea de España. Durante esos 35 años cambia radicalmente la base económica de la sociedad española; se altera profundamente la correlación entre las clases, y aparecen nuevas clases y capas; tienen lugar compromisos decisivos entre las fuerzas sociales, compromisos que determinan las nuevas formas del Estado feudal. Desde un punto de vista ideológico, el hecho más importante del período es la desaparición del liberalismo, en cuanto ideología económica y política definida; a ese hecho hay que agregar la aparición de nuevas ideologías progresivas, la reelaboración de viejas ideologías reaccionarias y, sobre todo, la reaparición del liberalismo, en forma de liberalismo intelectual.

Este período es fundamental no sólo desde un punto de vista historiográfico, sino también desde un punto de vista político, actual. Lo es porque tanto las características de la base económica, como la correlación de clases, la fisonomía de las fuerzas políticas y algunas de las corrientes ideológicas vigentes en 1868, aparecen como problemas, como cuestiones no resueltas, ante el hombre de hoy, a pesar del siglo transcurrido. En lo esencial, la formación social que se constituye hacia 1868, con sus peculiaridades económicas, sociales, políticas e ideológicas, con sus contradicciones típicas, perdura hasta nuestros días, a través de largas etapas de consolidación (1875—1931: Restauración, regencia de María Cristina y reinado de Alfonso XIII; 1939—1961: franquismo; en total: 78 años) Comparados con esos 78 años, los 15 años en que se intenta alterar, en mayor o menor medida, esa formación social (1868—1875: proceso revolucionario que desemboca en la primera República; 1931—1939: segunda República y Guerra Civil) resultan insignificantes; son meros intentos fallidos de modificar la formación social a que nos referimos, que, después de cada esfuerzo renovador, se sigue desarrollando más anquilosada cada vez. Por eso, a pesar de los nuevos elementos que intervienen posteriormente, algunos tan importantes como el fascismo, por ejemplo, la sociedad española de 1868 puede estudiarse desde la sociedad de hoy sin necesidad de recurrir a la arqueología: basta buscar las raíces de esa sociedad, que aún está viva, determinando nuestra existencia.

Por todo ello, el período 1833—1868 tiene que examinarse con algún detenimiento. Pese a su importancia, se conoce muy mal: para los franquistas, se trata de parte del célebre « siglo de incuria liberal », de los discursos de Franco; para el pensamiento tradicionalista, integrista, etc., es la época en que se pierde una supuesta « esencia » nacional; para el pensamiento burgués liberal es el momento del cambio del « régimen tradicional » al « régimen moderno o constitucional ». La repetición de pronunciamientos, insurrecciones, avances y retrocesos, constituciones, etc. ha contribuído a aumentar la confusión; para el que crea que la historia es, sobre todo, la crónica de los sucesos ocurridos en Palacio, en el Parlamento, en los cuarteles o en los despachos de los personajes influyentes, esa confusión llega a ser insalvable. Pero, en cuanto se ordenan un poco los hechos, se empieza a ver claro. En primer lugar, se ve cómo se transforma la base económica predominantemente feudal en otra base económica predominantemente capitalista; al mismo tiempo, se comprueba el modo anormal, forzado, de realizarse esa transformación, así como el desarrollo productivo, también anormal, a que da lugar. En segundo lugar, se ve de qué manera afectan esos cambios económicos a las clases sociales existentes y cómo la nueva base hace aparecer nuevas capas y clases; entre éstas, dos decisivas para el futuro español: el proletariado, como clase nueva, y los intelectuales modernos, como capa muy especial de la burguesía nacional. Cuando se llega a este punto, la confusión se aclara y las luchas políticas e ideológicas encuentran su cabal explicación.

Los cambios económicos

De 1803 a 1826, la población española aumenta en 4.000.000 de habitantes. Gracias al proteccionismo de Fernando VII tiene lugar cierto desarrollo industrial: en 1826 se inicia en Cataluña la producción industrial maquinista; la minería, sobre todo en Linares y Almadén, continúa su marcha ascendente. Con capitales ingleses, se empieza a explotar el hierro andaluz en Adra, Málaga. La utilización del gas para el alumbrado en Barcelona, en 1826, y la inauguración de la Bolsa de Madrid, en 1831, son el anuncio de los cambios que sobrevendrán. La destrucción de máquinas en Barcelona, en 1835, anuncia también las primeras luchas del proletariado.

Pero todos esos indicios resaltan aún con más fuerza el atraso de la mayor parte del país. En comparación con la Europa más cercana y conocida, Francia e Inglaterra, España es aún un país económicamente medieval. El medio de producción más importante, la tierra, se encuentra casi toda en manos de la Iglesia (cuyas posesiones se calculan en un tercio de la tierra cultivable), los mayorazgos y los Ayuntamientos (bienes de propios y comunes). Según los cálculos de F. Garrido (1), a cada eclesiástico y a cada noble correspondían 160 hectáreas cultivadas, mientras que al resto de los propietarios les correspondían sólo 7. Pero lo que caracteriza como feudal a esa inmensa riqueza acumulada es el carácter de las relaciones de producción y, entre ellas, las de propiedad: los poseedores no podían disponer de su posesión, la tierra estaba vinculada, en « manos muertas »,

(1) « *La España contemporánea* » — *Fernando Garrido. Barcelona, 1865.*

no se podía vender; la producción estaba encomendada a millones de colonos y arrendatarios que trabajaban las fincas, en muchos casos, durante generaciones, y las consideraban como suyas; los rendimientos eran bajos, de acuerdo con la técnica rudimentaria y la escasa inversión de capital; sin embargo, de esa producción y de ese trabajo vivían todos los campesinos y las clases ociosas de la nación, a través de las rentas y de los impuestos. Muchos mayorazgos se encontraban arruinados y, al mismo tiempo, poseían dominios considerables, abandonados, baldíos. Los campesinos con capital disponible no poseían tierras en que invertirlo, y los poseedores de tierras no tenían capital ni interés en hacerlas productivas. El derecho de propiedad era algo muy confuso; a veces no existía tal derecho, sino un derecho señorial que nada tenía que ver con la pertenencia de las haciendas. La industria, por otra parte, continuaba trabada por los reglamentos y las ordenanzas gremiales restablecidas por Fernando VII.

A pesar de la penuria ideológica de los liberales de 1833, había algo que estaba completamente claro: sin liberar la propiedad territorial de las «manos muertas» que la aprisionaban, era imposible cualquier desarrollo económico ulterior. Todo el pensamiento nacional, desde mediados del siglo XVIII, había hecho evidente que ésa era la cuestión esencial. Los decretos de las Cortes de Cádiz; ciertas medidas legislativas del propio Fernando VII sobre enajenaciones de baldíos comunes y realengos; los decretos del trienio liberal 1820/1823 y las leyes desvinculadoras de los mayorazgos, por las que se permitía a éstos la libre disposición de la mitad de sus bienes inmuebles, eran una serie de instrumentos ya forjados, aunque casi sin estrenar, que los liberales de 1833 tenían a su disposición para resolver el problema. La dificultad principal para utilizarlos consistía en la debilidad de la burguesía, o dicho de otro modo, de los liberales, que habían llegado al poder, no por la puerta grande de la revolución, sino por la puerta trasera del compromiso. ¿Cómo iba a atreverse esa burguesía a atacar a las clases feudales, la Iglesia (2) y la nobleza, los dos pilares de la Corona que ahora toleraba a los burgueses liberales?

La desamortización de Mendizábal es un ejemplo clarísimo de cómo acaban imponiéndose las leyes objetivas del desarrollo histórico, y de cómo los grupos sociales que se oponen a ellas, a veces, no consiguen con su lucha más que acelerar el proceso de su imposición, o sea, el resultado opuesto del que perseguían con su empecinamiento reaccionario. Era inútil intentar que las relaciones de producción feudales siguieran impidiendo la movilización de las fuerzas productivas del país, sobre todo, en medio de un mundo capitalista ya — Francia e Inglaterra —, conocido y envidiado; pero la clase más interesada en mantener esas relaciones de producción feudales, la Iglesia, lo intentó. Al hacerlo, fue como si oprimiese brutalmente a las fuerzas productivas potenciales, ya sometidas a insostenible presión, y el resultado fue el estallido de la desamortización que pulverizó, por lo menos de momento y en primer lugar, las relaciones de producción que más interesaba a la Iglesia conservar: las de sus propios bienes materiales. De esta lección deberían sacar hoy todas sus consecuencias las jerarquías eclesiásticas que se oponen, tan cerrilmente como sus antecesores de aquella época, al progreso económico, social y político de nuestro país.

Cuando las dos ramas de la dinastía, Don Carlos, por un lado, y la viuda de Fernando VII, por otro, empezaron a disputarse el trono de San Fernando, el

(2) Aclaremos que, al calificar a la Iglesia de clase, no nos referimos a ninguna institución religiosa, sino a un grupo social que poseía un tercio de la tierra cultivable. Las pretensiones espirituales de ese grupo son, en este caso, accesorias.

Papa Gregorio XVI se puso al lado del rebelde, retiró su Nuncio de Madrid y reconoció a D. Carlos. Por su parte, la Jerarquía, empezando por el obispo de León, que ya se había sublevado en vida de Fernando VII, abrazó en gran parte la causa del carlismo; el obispo de Orihuela y el famoso padre Cirilo, arzobispo de Cuba, intervinieron, como en los « poéticos » tiempos medievales, activamente en la contienda civil; los arzobispos de Tarragona y Zaragoza, los obispos de Barbastro, Lérida y Urgel se exiliaron para esperar en el extranjero el triunfo de la « santa facción »; los arzobispos de Sevilla y de Santiago y los obispos de Menorca, Plasencia y Calahorra fueron perseguidos judicialmente y desterrados por sus actividades conspirativas. Veinticuatro obispos y arzobispos fallecidos no fueron reemplazados, porque el Papa no quiso consagrar a obispos no presentados por D. Carlos. Y, si eso hacían los obispos, ¿ qué iba a hacer la mayoría de los sacerdotes y frailes, mucho más sumisa que hoy a los dictados políticos de sus superiores evangélicos, sino apoyar fanáticamente la pretensión de D. Carlos? En esa descabellada decisión de Papa, obispos y clérigos debemos buscar los orígenes del anticlericalismo popular moderno y de sus manifestaciones violentas; porque, como los carlistas exterminaban a los liberales con celo de inquisidores y eran bendecidos por la Iglesia, los liberales se dedicaron a matar frailes, casi siempre inocentes de las fechorías de sus colegas sublevados; quedaban lejos los tiempos de un Feijóo, de un Muñoz Torrero, de un Joaquín Lorenzo Villanueva, de una posible Iglesia liberal.

De este modo, la energía que los absolutistas y reaccionarios cristinos hubieran podido desplegar, en defensa de los intereses de una Iglesia que así los combatía, se debilitó mucho, y la desamortización de Mendizábal pudo llevarse a cabo con relativa facilidad. La necesidad de financiar la guerra civil fue el otro factor complementario que facilitó la operación, disipando los escrúpulos de conciencia de Su Católica Majestad, que tenía que elegir entre tolerar la venta de los bienes eclesiásticos o resignarse a ceder el trono. Como, a pesar de todo, la desamortización desatrancó la charca descompuesta que era entonces España, nosotros, si fuésemos creyentes, deduciríamos que la actitud de la Iglesia tuvo bastante de « providencial » en aquellos momentos; pero, precisamente, porque la « Providencia », en sus oscuros designios, actuó exactamente en sentido contrario al que hubiera deseado la clase clerical.

Las leyes desamortizadoras de Mendizábal hicieron pasar, de 1836 a 1843, tierras por valor de 5.000.000.000 de reales, de las manos del clero a las manos de la burguesía. Por otro lado, el restablecimiento de las leyes desvinculadoras convirtió a miles de nobles, que eran sólo poseedores feudales, en propietarios burgueses, con la libre disposición de sus bienes. El Estado, si bien obtuvo momentáneamente recursos para costear la guerra civil, cargó con el sostenimiento de los religiosos exclaustrados y con el pago de los intereses de la Deuda con cuyos títulos se habían pagado las tierras desamortizadas. La liberación de toda esa riqueza acumulada inició la constitución de la base capitalista de la sociedad española contemporánea; sobre todo, creó la relación de propiedad que correspondía al carácter de las fuerzas productivas en la sociedad capitalista. Algunos miembros de la nobleza sufrieron también las consecuencias, al no poder presentar títulos de propiedad suficientemente justificados de sus posesiones señoriales o por carecer de influencias en ese momento. Pero los verdaderamente perjudicados fueron las comunidades religiosas y centenares de miles de colonos y arrendatarios que, al comprobar la codicia y el entusiasmo expoliador de los nuevos propietarios, llegaron a añorar la torpeza soñolienta y la irresponsabilidad económica de los frailes

despojados; otros campesinos fueron arrojados de la tierra que sus familias habían cultivado desde tiempo inmemorial o perdieron sus derechos de usufructo o condominio. Los grandes beneficiarios de la operación fueron los componentes de las oligarquías locales, nobles o plebeyos, duchos en el manejo de la administración local, que aplicaron la ley a su antojo y provecho, y los componentes de la oligarquía madrileña, que especularon con la venta de las tierras. La Iglesia fue, pues, la clase hasta entonces dominante más desposeída, ya que, al encontrarse en el bando enemigo, no pudo maniobrar para salvarse del desastre.

Sin embargo, el despojo de los bienes eclesiásticos no fue completo, como pudiera creerse. La Iglesia corrigió pronto el paso falso que había dado. En primer lugar, el sector cristino de la Iglesia hizo cuanto pudo por entorpecer la venta de los bienes eclesiásticos, incluso utilizando las « llagas » de Sor Patrocinio. En 1843, los moderados interrumpieron la venta de esos bienes, y la Iglesia inició el regateo con los burgueses que la habían despojado; el regateo duró ocho años, hasta 1851, año en que se firmó el Concordato, reinando Pío IX, un Papa más inteligente que su antecesor. Y, a pesar de la influencia clerical sobre Isabel II y su marido, a pesar de la autoridad que entonces tenían los clérigos sobre todas las fuerzas importantes del país, el Vaticano no pudo conseguir la devolución de los bienes en litigio, ni siquiera de un Ministro de Hacienda tan reaccionario como Mon: hasta tal punto se imponía objetivamente el nuevo estado de cosas. Lo que consiguió, a cambio del reconocimiento de las ventas realizadas, fue paralizar la operación y el 3% perpetuo en títulos de la Deuda por lo que había perdido. Con lo cual, en opinión de algunos comentaristas, salió ganando.

La desamortización, por un lado, y la abolición del régimen gremial, que también llevaron a cabo los progresistas de Mendizábal y que permitió al comercio y a la industria librarse de las trabas corporativas medievales, por otro lado, señalan el comienzo del capitalismo español.

La industria más avanzada, la que había seguido un proceso más normal, la industria catalana, experimenta inmediatamente los efectos del cambio. La importación de algodón pasa de 75.000 Qm., en 1834, a 180.000, en 1840, y a 376.000, en 1846. Junto a multitud de talleres de tipo familiar, surge la gran industria, sobre todo en el textil, pero también en la rama de transformación metalúrgica, de la que es ejemplo la Compañía Barcelonesa, que emplea 400 obreros, de los mil metalúrgicos catalanes de 1841. En esa fecha, los obreros tejedores ascienden a 80.000; de ellos, 31.000 son mujeres y 17.000 niños. Pero el desarrollo industrial no se limita a Cataluña: en 1841, se levantan hornos de fundición en Trubia y en Bilbao; la metalurgia es impulsada, sobre todo, por las necesidades de armamento y por la construcción naval.

Junto a esa expansión capitalista, que pudiéramos llamar normal, aparece otro tipo de expansión capitalista, anormal, que radica principalmente en Madrid. Este capitalismo de nuevo tipo está determinado, fundamentalmente, por tres características:

a) Surge con gran retraso, cuando ya existe en Francia, Inglaterra e incluso en la misma Península (Cataluña) una importante industria en plena expansión, ávida de mercados; las consecuencias de ese atraso son la impaciencia de la nueva burguesía, que no ve llegar la hora de sacarle el jugo a su recién adquirida propiedad, y la necesidad en que se encuentra de establecer acuerdos con la burguesía extranjera y catalana.

b) Ese capitalismo se encuentra sin el mercado consumidor que hubiera hecho posible el desarrollo industrial; ese mercado no existe, sobre todo, por la injusta manera en que se ha llevado a cabo la distribución de la propiedad territorial desamortizada; unida a la impaciencia antes aludida, la inexistencia de mercado consumidor hará que la burguesía liberal tenga muy poco interés por cualquier inversión que no sea inmediatamente rentable: desde entonces, ese capitalismo y esa burguesía crecerán patológicamente, de espaldas a la unidad producción-consumo.

c) Por último, la palanca que va a utilizar esa burguesía, para aumentar y consolidar su capital, es el Estado feudal de la monarquía absoluta, que casi no ha variado en lo esencial: un Estado anacrónico, en descomposición, donde reinan la corrupción y el favoritismo y que está acostumbrado a considerar la patria como la propiedad privada de la familia reinante y a tolerar todos los abusos de las oligarquías locales.

Por todas esas razones, la burguesía centralista emprende la estructuración de la base capitalista siguiendo el camino ya seguido por los agiotistas de la desamortización: no crea una industria nacional moderna, se orienta exclusivamente por el deseo de enriquecerse utilizando sus posiciones en el Estado. La especulación en Bolsa de valores inflados, la utilización de los gobiernos y de la reina para negociar la entrega de las minas españolas al capitalismo extranjero, el logro de concesiones generosamente subvencionadas para la construcción de obras públicas y ferrocarriles: ésos son algunos de los procedimientos que dan lugar a la base capitalista en España.

En Madrid surgen numerosas sociedades anónimas de crédito (Bancos de Crédito). El capitalismo francés funda una sociedad que aspira a monopolizar todos los trabajos públicos. Al conceder el Estado la explotación de las minas que se denunciaran, aparecen, en la provincia de Madrid, de 1842 a 1844, 550 minas; el mineral, como es obvio, apenas lo ve nadie, pero su presunto valor se negocia en Bolsa y, así, se enriquece un puñado de avisados. Del mismo modo, en la Sierra de Almagrera, en Almería, se denuncian 1700 minas. Otros negocios mineros son más reales — como la adjudicación a Rothschild de la producción de Almadén — aunque no menos lucrativos. Los trabajos públicos, caminos, puentes, etc., se adjudican y proyectan, no teniendo en cuenta su necesidad o su utilidad racional, sino los « sagrados » intereses de la acumulación de fortunas. La base económica se va modernizando en provecho de un puñado de burgueses: los que pueden utilizar los resortes del Estado y mantienen buenas relaciones con los capitalistas extranjeros. Los grandes negocios empiezan con los *progresistas* de Mendizábal — banquero en Inglaterra — y de Espartero, que parecen preferir aliarse con el capital inglés; pero continúan y se intensifican con los *moderados*, de 1843 a 1854, que parecen preferir el capital francés. Estos, los *moderados*, descubren otra fuente de enriquecimiento: las construcciones navales, cuya « necesidad » se pone de manifiesto diciendo que se planifica la construcción de barcos de vela cuando todas las flotas importantes del mundo utilizan ya el vapor.

Cuando los reaccionarios de hoy se refieren a los protagonistas de esa transformación económica, les llaman « los liberales ». Así, parece ser que dicha transformación fue obra de personas que tenían ideas « liberales », como si dijéramos, en la usual clasificación simplista, personas « de izquierdas », que aparecen como responsables de todas las consecuencias derivadas de su actuación. La apariencia se refuerza por las disculpas de los liberales, que objetan que, « a pesar de todo », España se convirtió entonces en un país moderno, entendiendo por « moderno »

un país cruzado por vías férreas y con una leve sombra de régimen constitucional. La crítica y la justificación adolecen del mismo defecto: no tienen en cuenta que los cambios económicos son realizados por individuos unidos, consciente o inconscientemente, por sus intereses de clase — y esto es lo que quiere decir que los realizan las clases — y no por los individuos que coinciden en tales o cuales ideas. Porque, ¿ quién encarna en ese momento los intereses de la burguesía, de los sedicentes « liberales » ? Nada menos que la familia real, que no tiene nada de « liberal », es la primera y la que con más entusiasmo se lanza por el camino del enriquecimiento capitalista que hemos descrito. De la misma manera que en Francia, donde Luis Felipe se convierte en el « primer burgués del reino », en España, María Cristina y su marido, Muñoz, que tienen que alimentar a siete hijos, se convierten en la primera familia burguesa de la monarquía casi absoluta. Isabel II, ya reina, reconoce el matrimonio morganático de su madre y concede a los hijos de ese matrimonio el derecho a heredar los « bienes libres » de sus padres. Desde ese momento, Cristina y Muñoz se dedican a acumular « bienes libres ». Junto a esa primera familia burguesa, en estrecha relación política y financiera con ella, aparecen los grandes burgueses españoles y extranjeros, los Salamancas, Buschentals, Heredias, Aguades; los franceses Pereira, el embajador de Inglaterra, los Narváez, los Rothschild, los Morny, etc. Esos y otros de su mismo pelaje son los « liberales » que transforman la base económica de España; ésos son los creadores de la España contemporánea. Y los negocios se hacen, casi siempre, utilizando el mismo mecanismo: María Cristina presiona a su hija, a los ministros; éstos adjudican concesiones, proporcionan subvenciones y confidencias financieras; las favorecidas son, también casi siempre, las sociedades donde Muñoz es presidente o socio importante.

Aparte la familia real, Salamanca es el prototipo de esos « liberales ». Salamanca es, naturalmente, *progresista*. En 1833, cuando Don Carlos amenaza Madrid, Salamanca consigue un empréstito extranjero; en recompensa se le concede la administración del estanco, o monopolio, de la sal. En 1843, a Salamanca se le adjudica la explotación de las minas de Almadén; Salamanca se la cede legalmente a Rothschild. En 1847, con los *moderados*, Salamanca, el *progresista*, es Ministro de Hacienda. Salamanca es, claro está, « librecambista », simpatiza con el capitalismo inglés; propone, para sacar de apuros a la Hacienda, vender los bienes que quedan de la Iglesia y, además, parte de los bienes comunes de los Ayuntamientos. Salamanca tiene un pie en la camarilla de la Reina Isabel, anglófila, y otro, en la camarilla de Cristina, francófila, a través de sus relaciones financieras con Muñoz en casi todas las sociedades en que éste participa. Donde parece no tener ninguna influencia es en la camarilla del marido de Isabel II, pues Salamanca es anticlerical y esa camarilla está compuesta por clérigos que tratan de recuperar sus bienes perdidos. Pero, con esa excepción, Salamanca aparece siempre.

Donde el carácter de esa burguesía y de ese capitalismo se comprueba mejor es en la cuestión de las construcciones ferroviarias. El primer ferrocarril, el de Mataró a Barcelona, según cuenta Soldevila en su libro « Cataluña, sus hombres y sus obras », empieza por ser un sueño de Miguel Biada y Bunyol, marino, emigrado a Cuba — donde ya existen ferrocarriles y donde todavía existen esclavos —, y comerciante de Mataró; como el Estado no le hace ningún caso, Bunyol se dirige a un amigo que vive en Londres, J. Mª Roca; Roca, desde Inglaterra, consigue la concesión rápidamente, en 1843, gracias a la influencia de Mr. Joseph Locke, ingeniero, capitalista y miembro de la Cámara de los Comunes; una sociedad mixta hispanoinglesa, con 20.000.000 de reales de capital, bajo la dirección técnica de

Mr. Locke, adquiere la concesión y lleva a cabo las obras, que terminan en 1848. Bunyol era un burgués emprendedor; los expedientes de sus proyectos dormían en los despachos ministeriales y, entre ellos, el del ferrocarril Barcelona-Mataró; hasta que descubrió que el camino más rápido entre Mataró y la Corte pasaba por Londres. El ferrocarril Madrid-Aranjuez lo hace Salamanca; después se lo vende al Estado, que le concede, además, su administración. La línea Aranjuez-Albacete-Alicante, con ramal a Cartagena, y la línea Madrid-Zaragoza-Alsasua, con subvenciones del orden de los 360.000 reales por km., son construídas por una compañía Salamanca-Muñoz; la red del Norte, con subvenciones de 330.000 reales por km., por los banqueros franceses Pereira; una compañía hispanoinglesa construye la línea Aranjuez-Toledo-Lisboa. Los ferrocarriles son el nuevo Eldorado de los conquistadores de esta Nueva España; cada concesión es objeto de disputas feroces entre las camarillas de banqueros y gobernantes; como se sabe, uno de los motivos de la revolución de 1854 fue el escándalo de las concesiones ferroviarias por decreto, que Cristina y Sartorius querían imponer. Las concesiones ferroviarias son el ejemplo más directo de cómo esa oligarquía burguesa central utilizó — como lo siguen utilizando hoy sus sucesores — el dinero del presupuesto, pagado por todos los españoles, para sus propios negocios; a veces, como en el caso de los ferrocarriles, esos negocios resultaron útiles también para el país, aunque a un precio ruinoso; pero otras veces, ni eso, como en el caso de las construcciones militares con vistas, no a la defensa del país, sino a engordar la bolsa de los contratistas. Otro rasgo digno de subrayarse es que, al supeditarse al capital extranjero, la oligarquía utilizó materiales, ingenieros, técnicos (hasta la mano de obra especializada) extranjeros también; claro que en España no había muchas posibilidades, pero así se contribuyó al marasmo de la industria, de la técnica y de la especialización obrera.

Sin embargo, a la oligarquía feudal-burguesa, o sea, al escaso grupo de nobles y burgueses que acumularon grandes capitales en esos primeros pasos de la base capitalista, le faltaba aún hacer su mejor baza, la que ya apuntó Salamanca cuando fue Ministro de Hacienda: el despojo de la propiedad colectiva campesina, el despojo de nuestro pueblo. En 1854, cuando los *progresistas* llegan al poder, las arcas del tesoro están vacías. Es necesario llenarlas otra vez, para que los nuevos protegidos de los poderes públicos se hagan millonarios. Esta necesidad es colmada por la ley Madoz de 1 de mayo de 1855, la segunda ley desamortizadora. Por ella, se venden los bienes del Estado, del clero regular y secular, de las órdenes militares, los pertenecientes a D. Carlos, a la beneficencia, etc.; pero, y esto es lo importante, se venden también los bienes de propios de los Ayuntamientos. El valor de estos bienes es, en apariencia, poco importante: 941.000.000 de reales. Pero es sólo en apariencia, porque ese valor indica sólo una ínfima parte de lo vendido. Si la primera desamortización expolió a la Iglesia y perjudicó a los colonos y arrendatarios, esta segunda despojará a los pueblos de su propiedad colectiva. La ley de 1855 excluía de la venta los bienes comunes reconocidos como tales por el Estado, previos ciertos trámites legales. Esos trámites, unas veces por desconocimiento y otras veces por las maniobras de los oligarcas locales, casi nunca se llevaron a cabo. Como consecuencia, los bienes comunes, que, como dijimos, en Castilla, Aragón, Navarra, Cataluña, Andalucía y Extremadura, eran extensísimos — en Andalucía y Extremadura, las provincias tipicas de latifundio actual, llegaban a representar los dos tercios de la tierra cultivable —, fueron pasando, poco a poco, a manos de la burguesía terrateniente. Este despojo gradual e ilegítimo tiene lugar durante todo el siglo XIX. En 1881, en plena Restauración,

Sagasta exigía de los Ayuntamientos que aún poseían bienes la declaración de exención, para, si no, proseguir su venta. Esa venta permitió a los caciques comprar las tierras de los pueblos a vil precio, y esto en el mejor de los casos; en el peor, se quedaron con ella sin más.

Como en la desamortización anterior, la Iglesia, poco después, en 1856, consiguió de Narváez, otro *moderado*, que se paralizase la venta de sus bienes. Como la otra vez, tuvo lugar el correspondiente regateo, y por el Concordato de 1861, volvió a reconocer las ventas hechas y percibió el acostumbrado 3% de la Deuda por ellas.

Los que no consiguieron nada fueron los campesinos expropiados de sus bienes colectivos. Dejemos a Costa calificar la operación desamortizadora en su conjunto:

«No nos remontemos a los turbios orígenes históricos de la propiedad territorial; tomemos las cosas como estaban la víspera de la Revolución, concretémonos a la actual Gaceta, a leyes promulgadas en ella, vigentes todavía en la actualidad. Esas leyes han sustraído a las clases menesterosas cinco enormes patrimonios, que componen al presente, en manos de los que fueron sus legisladores, o de los habientes-derecho de los legisladores y de sus partidarios, auxiliares y protegidos, la mayor parte de la riqueza territorial de la Península: 1ª. La servidumbre (condominio más bien) de pasto de rastrojera y barbechera, de que una ley de 1813, sostenida después hasta el Código Civil, expropió al vecindario de los pueblos en beneficio de los terratenientes, sin indemnización. 2ª. El condominio o derecho real representado por el diezmo eclesiástico, que gravaba a la propiedad inmueble, y de que varias leyes de 1821, 1837 y 1840 expropiaron a la Iglesia en provecho exclusivo de los terratenientes, no en favor de la nación obligada desde entonces a costear con los tributos ordinarios el servicio a que dicho diezmo estaba afecto. 3ª. La parte de usufructo que alcanzaba al pueblo, en diversas maneras indirectas, sobre las heredades de las iglesias y monasterios, patrimonia pauperum (como decían los teólogos y canonistas), de que los obispos, cabildos y beneficiados eran meros administradores, y de que le expropiaron decretos y leyes de 1835 y posteriores, traspasando tales bienes a «agiotistas e intrigantes». 4ª. Los bienes de propios, que la citada ley de 1855 puso en venta no a utilidad de las clases desheredadas y menesterosas, sino en favor de la Hacienda nacional, a la cual se hizo el regalo de la quinta parte, y para dotación de una clase parasitaria de agentes, regidores, diputados, etc., al alcance de cuyas rapiñas se ponía el 80% restante, en el hecho de reducir lo inmueble a valores mobiliarios. 5ª. La quinta o la cuarta parte de los bienes de aprovechamiento común, de que otra ley de 1888 expropió a los vecindarios en beneficio de la Hacienda nacional, amén del riesgo de que el 80% restante, mudado en títulos de la Deuda, siga el mismo camino que han llevado los bienes de propios» («Colectivismo Agrario», J. Costa)

Por su parte, Fernando Garrido, un entusiasta de la desamortización, escribía en 1865:

«Al llevar a cabo la desamortización los progresistas no sólo debieron tener en cuenta el bien general o del Estado, sino el del mayor número posible de los españoles pobres... los proletarios quedaron excluídos de la participación directa en los beneficios de la desamortización. Exigir que el que nada tiene pague un 10% al contado al adquirir una propiedad, aunque sea pequeña, basta para excluir de este beneficio a las tres cuartas partes de los españoles cuando menos... a pesar del aumento considerable de propietarios que crea la desamortización realizada de esta manera, éstos, respecto a la masa de los trabajadores, forman una clase privilegiada monopolizadora

de un bien que debió alcanzar a todos los pobres... Apreciando el total de bienes nacionales incluídos en las leyes de desamortización, y los que pueden incluirse, en 16.000.000.000 de reales, se pudo, y se debió, con la mitad, convertir en propietarios a tres o cuatrocientas mil familias de arrendatarios pobres y de proletarios de los campos... Realizada del modo que lo han hecho los progresistas... de 7.000.000.000 de bienes nacionales vendidos, y de censos redimidos hasta 1865, más de 2.000 se han acumulado en las manos de grandes capitalistas...en cambio muchísimos miles de labradores pobres, de arrendatarios se han visto reducidos a la miseria y hasta convertidos en proletarios...» («La España Contemporánea», F. Garrido)

Esta inyección robustece, da nuevos ánimos al proceso de desarrollo de la base capitalista. Las estadísticas son muy elocuentes: en 1854, existía un Banco emisor; en 1865, 20. Las sociedades de crédito (en realidad, Bancos) pasan de 6, en 1856, a 28, en 1865; sus capitales de 1.500.000.000 de reales, en 1854/56, a 3.400.000.000, en 1865. Eso, por lo que se refiere al capital financiero. Para lo demás, el proceso sigue las mismas líneas que ya hemos descrito. La red ferroviaria pasa, de 500 kms. en 1855, a 4.600 kms. en 1864; al mismo tiempo, se extiende la red telegráfica. En 1859, las subvenciones ferroviarias alcanzan la cifra de 1.200.000.000 de reales; el material es extranjero, así como los técnicos; en cuanto al capital, las inversiones francesas en España alcanzan, de 1852 a 1860, la cifra de 600 millones de francos. Salamanca sigue haciendo negocios.

Durante el gobierno de la Unión Liberal y los gobiernos sucesivos hasta 1868, todas esas tendencias se intensifican. El presupuesto es, más que nunca, el instrumento de los financieros. En un presupuesto de 2.000 millones de reales, se dedican casi 1.000 a gastos militares; de ellos, casi 500 a la Marina. El gobierno aspira a construir una gran marina de guerra moderna... con ingenieros y técnicos militares extranjeros. Las características del plan dejan entrever la finalidad de la operación, más bien económica que militar. De 300 buques proyectados, sólo 18 son de batalla; la mayoría, sin acorazar, a pesar de que los peruanos construían ya sus naves acorazadas en Inglaterra. Esa flota fue la que participó en El Callao, en Cuba y Filipinas, con el resultado de todos conocido. Pero, en cambio, el plan de construcciones navales produjo ganancias fabulosas; y, no sólo por las contratas, subvenciones, etc. propias de la construcción: entonces se inicia ese afán que sienten las familias de la gran burguesía española por hacer ingresar a sus hijos en la Armada; la razón es que, de 14.000 jefes y oficiales, con magníficos sueldos en oficinas y comandancias, sólo hay 1.500 embarcados.

Cierto es que hay también un relativo crecimiento normal de la base capitalista. Las fábricas metalúrgicas pasan, entre 1857 y 1865, de 377 a 429; los hornos de fundición, de 75 a 414; los husos algodoneros, de 789.000 a 1.017.000; las minas explotadas, de 100 a 4.000; el valor de sus productos, de 30 millones de reales a 300; las hectáreas cultivadas, de 8.500.000 a 19.000.000. Pero la distribución irregular de toda esa industria subsiste como a principio del siglo XIX; de 563 máquinas de vapor que existen en 1861, 396 se encuentran en Barcelona; la provincia que sigue es Oviedo, con 19 máquinas solamente.

Durante finales del siglo XIX y a principios del XX aparecerán, (3) después, la gran industria pesada vasca y asturiana, la gran industria química, papelera moderna, etc; pero lo esencial, en el resto de España, ya está ahí, en 1865. Esa es la base económica nueva, capitalista, de la sociedad española.

(3) Como consecuencia de la repatriación de capitales procedentes de Cuba, al perderse ésta. Las colonias fueron la otra fuente de acumulación capitalista. Los capitales repatriados llegaron en dos oleadas: de 1800 a 1883, y después de 1898.

El sector agrícola sigue siendo el predominante. Excepto en zonas muy reducidas (Levante, Cataluña, Norte) la agricultura es de secano, extensiva, de bajos rendimientos. Han aumentado los latifundios medievales; donde no, el ansia de tierras da lugar a minifundios en los que no es posible vivir. Se ha intensificado el absentismo. La proporción entre propietarios y jornaleros que era, a finales del siglo XVIII, aproximadamente, de 700.000 por 900.000, es ahora de 1.000.000 por 2.354.000. Ese proletariado agrícola que aumenta casi un 300% en 75 años, mientras que la población sólo aumenta en ese período en un 10%, formará el ejército de reserva de una industria raquítica, que no puede absorber las fuerzas productivas que sobran en la agricultura. Ese sector agrícola conserva muchos elementos de la base feudal, y no sólo por los latifundios; la técnica, los instrumentos (el arado romano) siguen siendo feudales; incluso, desde el punto de vista de las relaciones de producción, muchos caciques son, en la práctica, verdaderos señores de siervos.

El sector industrial se reduce a la explotación minera, con predominio de capitales extranjeros (ingleses, franceses, belgas); en 1920, los capitales extranjeros ascendían a 667 millones de pesetas y los nacionales a 605. No es posible sentar las bases de una industrialización racional: la industria pesada exigiría inversiones de amortización lenta, independencia nacional de los recursos mineros y especialistas adecuados. Junto a la minería, la industria ligera, con capitales nacionales, la industria catalana sobre todo, y la periférica que empieza a aparecer, es la única baza favorable de la base capitalista que describimos. Pero, con ella, basta y sobra para atender al reducido mercado nacional; de aquí que su propia existencia impida el desarrollo industrial del resto del país.

De este modo esa base capitalista, además de las contradicciones inherentes a toda base capitalista — como la que tiene lugar entre la burguesía y el proletariado, por ejemplo — engendra contradicciones peculiares, ocasionadas por su formación anormal: la existente, por ejemplo, entre la oligarquía central financiera y terrateniente y la burguesía catalana — más adelante, también la vasca —, que en el plano ideológico se refleja en las polémicas entre « librecambistas » y « proteccionistas ». Pero todo esto se comprenderá mucho después. La burguesía de la época, y sus ideólogos más inocentes o más cínicos, dan por sentado que España, con sus ferrocarriles, su telégrafo, sus bancos y sus astilleros, es ya un país moderno que nada tiene que envidiar a Francia o a Inglaterra.

Las clases

La población española de 1860 hubiera podido agruparse de la siguiente manera, según cifras de F. Garrido en su obra ya citada:

1) Un millón de servidores domésticos y de pobres de solemnidad.

2) Las clases trabajadoras: 2.354.000 proletarios agrícolas; 200.000 proletarios industriales (123.000 textiles; 21.000 metalúrgicos; 41.000 en las industrias harinera y olivarera; 23.000 mineros); 665.000 artesanos; 510.000 arrendatarios agrícolas.

3) Las clases dominantes y medias: 330.000 industriales; 13.000 fabricantes; 71.556 comerciantes; 1.466.061 propietarios; 80.000 eclesiásticos; burocracia y ejército: 300.000; intelectuales: 98.000; 1.000.000 de estudiantes (bachilleres y seminaristas, 42.000; instrucción superior, 18.000; el resto, primera enseñanza)

Esas cifras no nos explican la verdadera estructura de clase correspondiente a la base económica antes descrita. Esa base ha dado lugar a una oligarquía financiera y terrateniente que es, en realidad, la clase dominante, la que explota, en mayor o menor grado, a todas las demás. ¿Cuántos de esos 414.000 industriales, comerciantes y fabricantes forman parte de la oligarquía? No se puede precisar, pero sí cabe suponer que serán muy pocos, dado el gran número de pequeños industriales y comerciantes que existen en el país. La cifra de 1.466.061 propietarios, en cambio, se puede analizar mejor; cerca de un millón son propietarios rústicos y el resto, urbanos; a principios del siglo XX, 10.000 familias poseen el 50% del catastro, el 1% de los propietarios, el 42% de la riqueza rústica: 10.000 propietarios, de ese millón, son los componentes de la oligarquía. La mitad del resto, por otro lado, casi medio millón de los que figuran como «propietarios», constituyen la capa de los campesinos pobres, con tierras insuficientes para vivir, que son semiproletarios, pues además de cultivar «lo suyo», trabajan como asalariados en las fincas de los terratenientes.

De la oligarquía central, por su origen presupuestario y estatal, forman parte además altos mandos del ejército, como Narváez, por ejemplo, altos cargos de la administración, etc.

Inmediatamente después de esa oligarquía, viene la gran burguesía productora, principalmente catalana, cuyos intereses chocan, a veces, con los de la oligarquía central, pues esta gran burguesía productora necesita que aumente el mercado nacional, necesita protección arancelaria, etc.; otras veces, en cambio, está dispuesta a pactar con la oligarquía central, sobre todo cuando se siente amenazada por el proletariado que ella misma engendra en su desarrollo, por la organización y combatividad crecientes de ese proletariado.

Por su base, por su lado más progresivo — el que la hace impulsar el proceso económico — esa burguesía enlaza con el resto de la burguesía nacional, media y pequeña, de Cataluña y del resto de la Península; la burguesía de la industria textil, del cuero, cerámica, metalúrgica, papelera, alimenticia, etc.; los pequeños comerciantes; los campesinos ricos y medios no absentistas; los intelectuales pequeños burgueses, etc. Esta gran clase media oscilará de ahora en adelante entre dos aspiraciones contradictorias: a) lograr introducirse en la oligarquía que dirige y usufructúa el país, aspiración cada vez más difícil y lejana; y, b) ponerse a la cabeza de las clases trabajadoras para dirigirlas, contra la oligarquía, hacia la revolución democrática burguesa, la revolución que termine con los residuos feudales en la base económica y con la superestructura feudal, que no ha variado más que en apariencia.

De todos los sectores que componen la burguesía, grande, media y pequeña, nos interesa, de manera especial, el sector intelectual. Durante el período que venimos examinando, los intelectuales quedan agrupados en instituciones modernas, que perduran hasta hoy: en 1845 se crean los Institutos de Segunda Enseñanza y diez Universidades de nuevo tipo; en 1856, la ley Moyano, vigente hasta 1931, además de organizar de modo sistemático toda la enseñanza, desde la primaria a la superior, crea las Escuelas Especiales de Puentes y Caminos, Montes,

Minas, Agrónomos, Industriales y la del Comercio. Estas reformas, aunque secularizan la enseñanza, lo cual es positivo, lo hacen a medias: el Concordato de 1851 y la ley Moyano, ley del gobierno neocatólico de Narváez y Nocedal, entregan, en la práctica, toda la materia de enseñanza a la supervisión de la Iglesia. Por otra parte, el establecimiento de derechos de matrícula — aunque parezca raro, hasta entonces la enseñanza, si mala, había sido gratuita —, en un país de nivel medio de vida bajísimo, como era el de 1856, excluye de los estudios superiores y medios a la inmensa mayoría del país; a los pobres sólo les queda abierta la posibilidad de estudiar en los seminarios para hacerse sacerdotes. Otra peculiaridad de ese sector intelectual es su formación preferentemente literaria y, particularmente, jurídica. El mayor porcentaje de esos intelectuales lo proporcionan en 1860 los maestros de primera enseñanza, 24.500; luego vienen los abogados, notarios, etc., que son 20.000; los alumnos de las Escuelas Especiales, futuros ingenieros y técnicos mercantiles, llegan a 18.000; 13.000 médicos, 8.000 veterinarios, 7.000 artistas, 3.000 boticarios, 2.500 profesores y 2.000 agrónomos y agrimensores. Como se ve, excepto los médicos, los farmacéuticos, los veterinarios y algunos de esos 2.500 profesores de Instituto o Universidad, las ciencias naturales no tienen cabida en esta estadística; en comparación con la segunda mitad del siglo XVIII y su interés por la botánica y la geografía, con sus naturalistas y sus geógrafos, ha habido un retroceso. Este dato, elocuentísimo, es la mejor demostración de la inexistencia de una industria nacional digna de tal nombre; esa industria es la que ha hecho progresar en Europa a la ciencia, a la física, a la química, etc. Otro tanto ocurre con la técnica, aunque es verdad que pronto va a haber ingenieros; pero, cuando esos ingenieros estén formados, a costa de un gasto social considerable, la sociedad española no encontrará en qué utilizarlos, pues las escasas necesidades técnicas de la producción están ya cubiertas por los capitalistas extranjeros que, a la par que su capital, se trajeron sus propios ingenieros, técnicos y hasta capataces. Los ingenieros, de ese modo, serán un lujo, como, en cierto modo, los ferrocarriles, las guerras imperialistas de Isabel II...: mera apariencia de una nación capitalista moderna. Esos ingenieros, como algo tienen que hacer, ingresarán en la Burocracia estatal, en los Consejos de Administración: se convertirán en miembros cultos de la oligarquía. La mayoría de ese sector intelectual, al que hay que añadir numerosos militares y eclesiásticos con inquietudes filosóficas o literarias, posee, como hemos dicho, una formación libresca, puramente ideológica; no existe el contrapeso que para la disciplina mental supone un gran número de cultivadores de ciencias físicas y naturales. Todas esas características — tener que soportar la inspección eclesiástica, su origen fuertemente clasista y su formación preferentemente literaria y jurídica — harán que los intelectuales, dentro de la burguesía y de las contradicciones burguesas en la correlación de clases, se sientan, además, impulsados por motivos muy particulares y contrapuestos: por un lado, tratarán de defender a la oligarquía dominante, que es la que puede pagarlos y a la que algunos pertenecen; por otro lado, en el ejercicio de su vocación intelectual, chocarán a menudo con la ideología medieval de la Iglesia, que convive en simbiosis con esa oligarquía: la resolución de ese conflicto les llevará, a veces, a identificarse con las capas más progresivas de la burguesía radical, pero, por no atreverse a romper con la oligarquía católica y bien pensante, lo harán a su manera, la manera que determina su formación idealista. Pero de todo esto se tratará más adelante.

Como se ve, la burguesía del período anterior, la burguesía parcialmente progresiva y revolucionaria, la formada por los « liberales » ha experimentado un

gran cambio, diferenciándose en tres capas muy bien caracterizadas. Sin embargo, en la historia, en la literatura, en el pensamiento burgués posterior, se califica generalmente a esas tres capas con el nombre común de « los liberales », ocultándose así el hecho de que el puñado de terratenientes, financieros e industriales ligados al capital extranjero y a los negocios mineros, ferroviarios y navieros, dedicados a la especulación bursátil y a exprimir el presupuesto, se convierte en una clase parasitaria, reaccionaria, en elemento corruptor de la administración, el ejército y la enseñanza. Esa capa burguesa se ha introducido en la superestructura feudal, pero no para destruirla, sino para constituirse en su más firme pilar.

Y esto es así porque el cambio de la base económica ha dado lugar a un compromiso entre las antiguas clases dominantes de la España feudal y la oligarquía burguesa central. La nobleza, empezando por la familia real, como ya sabemos, se convierte en clase burguesa, terrateniente y financiera, manteniendo sus buenas posiciones en el Ejército y en la Administración; a cambio de ello, se resigna a que los advenedizos de la burguesía participen en el botín. La Iglesia, después de su primer quebranto, aparte de las indemnizaciones que legalmente recibe, procura recuperar su poder económico mediante ficciones jurídicas, mediante « hombres de paja » en las recién estrenadas sociedades anónimas, mediante la explotación intensiva de la enseñanza de los hijos de los oligarcas; ha recuperado, poco a poco, también su poder político a través de su discreta presión sobre monarcas, ministros, políticos, etc.; consigue, como hemos visto, orientar la enseñanza oficial, y lo consigue, casi sin obstáculos, hasta 1931. A cambio, bendice la nueva base económica capitalista y a la nueva clase dominante, con tal que ésta vaya a misa, lo que no dejan los oligarcas burgueses de hacer.

Teniendo en cuenta ese compromiso, esa amalgama de clases, resultan bastante divertidos, — como por otra parte todos los suyos, aunque por razones diferentes — los artículos que, de vez en cuando, escribe Don José María Pemán, en ABC, con el objeto de hacer simpática la nueva Restauración monárquica que Don José María acaricia en la semiclandestinidad. El argumento favorito del Sr. Pemán, para ese menester, es que la Monarquía del XIX no fue, como maliciosamente aseguran los demagogos fascistas de PUEBLO, el régimen de una aristocracia ociosa y palatina, sino el régimen de financieros y gobernantes más o menos plebeyos, el de los burgueses de las finanzas y de los negocios. El Sr. Pemán tiene, desde luego, toda la razón; sólo que no dice que, si la aristocracia no era ociosa y palatina, era porque había comprendido la utilidad de enfangarse en las mismas finanzas y en los mismos negocios que los plebeyos.

Antes de abandonar definitivamente estas clases dominantes y medias, conviene hacer una advertencia, en consideración a los neoliberales de hoy, que parecen haber hecho suya la teoría orteguiana de las « minorías selectas » y del papel dirigente de éstas en el desarrollo social. En la estructura de clases que estamos analizando y que, según nos parece, abarca a todos los grupos sociales, ¿dónde encontrar las « minorías »? Y, en el caso de que no existieran en esa época, por haber « desertado » de su « misión histórica », ¿dónde hubieran podido reclutarse? ¿En la oligarquía feudal-burguesa? ¿En los intelectuales? La respuesta, en el caso de que los neoliberales se dignaran darla, sería interesante, pues permitiría establecer un diálogo constructivo, por lo menos, por lo que se refiere a la posibilidad de insertar el concepto de « minoría », mal definido hasta ahora, poco claro y ambiguo, pero que reivindican con calor sus partidarios, en una realidad dividida en *clases*.

El proletariado es la clase peor conocida de todo ese período. Tanto es así, que en su artículo de INDICE, Fernando Baeza escribe: « Así hasta 1917, en que las fuerzas proletarias hicieron violenta aparición en nuestro país... » Esa « violenta aparición », si no nos equivocamos, puede señalarse ya en 1835, o sea casi un siglo antes de lo que dice Baeza; lo que se da en 1917 es la posibilidad de que el proletariado español conquiste el poder, lo que supone, a su vez, largos años de desarrollo y de luchas. Pero el error de Baeza es muy explicable, es casi inevitable: el mismo Carlos Marx se sorprende en 1856 del grado de combatividad y de organización de nuestro proletariado: « Hubo pues dos batallas distintas en esos tres días de carnicería: la una fue librada por la milicia liberal de las clases medias, apoyada por los obreros, contra el ejército (Marx se refiere a la resistencia popular a la contrarrevolución de junio de 1856); y la otra fue librada por el ejército contra los obreros abandonados por la milicia. Como ha dicho Heine: « Es una vieja historia, y siempre ocurre igual » « ... » Esto suministra una nueva ilustración del carácter de la mayoría de las luchas europeas de 1848—1849 y de las que tendrán lugar en adelante en la porción occidental del continente. Existen, por una parte, la industria moderna y el comercio, cuyas cabezas naturales, las clases medias, son contrarias al despotismo militar; por otra parte, cuando empiezan su batalla contra ese despotismo, arrastran consigo a los obreros, productos de la moderna organización del trabajo, los cuales reclaman la parte que les corresponde del resultado de la victoria. Aterradas por las consecuencias de una tal alianza involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras baterías del odiado despotismo « ... » Las clases medias de Europa han tenido así que comprender que deben rendirse ante un poder político que detestan y renunciar a las ventajas de la industria y del comercio moderno y de las relaciones sociales en ellos basadas, o renunciar a los privilegios que la organizacion moderna de las fuerzas productivas de la sociedad ha derramado, en su primera fase, sólo sobre su clase. *El que esta lección haya ido a darse también en España es algo tan impresionante como inesperado.* » (Subrayado de T. I.: ésa es la anunciada sorpresa de Marx) (« *Revolución en España* », Karl Marx)

La cita de Marx sirve, además, para ilustrar uno de los casos típicos de la alianza entre el naciente proletariado y la burguesía democrática. En realidad, las clases trabajadoras urbanas fueron la masa combatiente y sacrificada de la seudorrevolución liberal, desde 1833 a 1840; y, después, los soldados de filas de todos los intentos revolucionarios de los demócratas burgueses en 1842, 1855, 1856, etc. Las cifras de esos 200.000 obreros industriales y de esos 665.000 artesanos no deben inducirnos a error. Por un lado, esos 200.000 proletarios, que cobran jornales de 6 a 11 reales, aun siendo relativamente poco numerosos, están muy concentrados, sobre todo en Cataluña. Por otro lado, esos 665.000 artesanos no son ya los miembros del gremio medieval con su organización igualitaria y, hasta cierto punto, democrática; en los gremios españoles, desde el siglo XVII, se ha producido ya la diferenciación clasista que contribuye a descomponer la organización gremial en toda Europa, y los artesanos se encuentran divididos en dos clases, una de maestros grabadores, con casa, tienda y obrador, y otra de maestros, oficiales y aprendices sin ellos, reservándose los primeros exclusivamente el desempeño de los cargos del Colegio. (Véase, por ejemplo, « *Historia de Carlos III* », Danvila) Otro factor a tener en cuenta es que el retraso del desarrollo capitalista en España, como en la Alemania de Marx y Engels y en la Rusia de Lenin, agudiza las contradicciones entre las clases antagónicas, hace que se radicalicen las clases

explotadas y que aumente su combatividad y cohesión y que aparezcan dibujados con gran claridad los objetivos políticos que es necesario conquistar para su emancipación.

En sus luchas, aliado con los liberales y demócratas burgueses, ese proletariado va cobrando conciencia de su fuerza, de sus propios intereses y de sus propios objetivos de clase. En 1839 se crea la primera asociación obrera catalana; en 1840 los trabajadores catalanes apoyan la revolución progresista que impone a Espartero; en 1842 apoyan la revolución democrático burguesa, pero ya, a la vez, defienden sus propios intereses amenazados por la supresión arancelaria para los textiles ingleses, que hubiera acarreado el paro; en 1854 apoyan la revolución democrática y en 1856 resisten la contrarrevolución, desbordando ya a la propia burguesía democrática, en Barcelona, Madrid, Zaragoza y Valencia. Y, en 1835, al romper las máquinas, en esa reacción espontánea e inicial que es común a todo el proletariado moderno frente a la explotación capitalista, y en 1855, cuando tiene lugar la primera huelga general en Cataluña, en defensa del derecho de asociación que pretendía negarles el Capitán General, Zapatero, los trabajadores luchan exclusivamente por objetivos de clase propios. Los rápidos progresos de la Internacional en España, a partir de 1868, no son, pues, casuales: los militantes de la Internacional encontraron una clase obrera forjada por medio siglo de luchas, organizada y aguerrida, predispuesta incluso ideológicamente a asimilar las ideas socialistas y comunistas, gracias al componente socialista utópico de origen francés que intervino en la ideología de la burguesía democrática durante todo este período.

Es pues una calumnia de la peor especie afirmar que el pueblo no fue «liberal». ¿ Quién, si no ? La burguesía, «los liberales», el pensamiento burgués ha puesto en circulación esa falsedad, originada, muy probablemente, en el despecho de esa burguesía que es consciente, aunque no lo reconozca, de su fracaso histórico, y en su deseo de cargarle al pueblo con el muerto de ese fracaso. Pero, pese a todos los esfuerzos, hay algo que no se puede ocultar: de todas las clases y capas que forman la sociedad moderna española, sólo el proletariado estuvo — como sigue estando hoy — a la altura de su misión; por ello, es la clase obrera el cimiento en que, entonces y ahora, pueden levantar todos los españoles su patriotismo y su esperanza en el futuro.

En cuanto a los campesinos, que son la mayoría, pues en 1857 la población urbana sólo llega al 11,6%, es decir a 2.000.000, frente a 14.000.000 de población rural, conviene distinguir dos épocas. Hasta 1840, los campesinos son, en su mayoría, una clase conservadora, donde la reacción puede reclutar sus fuerzas, de acuerdo con su carácter de colonos, arrendatarios, etc., que dependen en todo de sus señores civiles o eclesiásticos; sin embargo, los campesinos sin tierras, entre los que Abreu, Sagrario de Veloy y otros difunden el socialismo falansteriano de Fourier, desde 1833, sobre todo en Andalucía, anuncian el futuro proletariado rural revolucionario. Ya en 1840, en Málaga, tiene lugar el primer intento de repartir las tierras de los hacendados, por la violencia, entre los campesinos pobres. Después de 1840, como consecuencia de los cambios que se producen en la clase campesina, que son ahora millones de proletarios, ganando jornales de 2 a 4 reales, cuando los ganan, o propietarios y arrendatarios de fincas míseras, la inmensa mayoría de los labradores se convierte en una clase revolucionaria. Después de la segunda desamortización, sus luchas se intensifican. Los escritores que analizan la época, entre ellos algunos tan avisados como F. Garrido o Práxedes Zancada, subrayan el hecho sorprendente de que los campesinos, pese a su proverbial in-

movilismo y apego a la tradición, de absolutistas que eran, pasan sin transición a ser demócratas—socialistas. En 1856, a la lucha urbana contra la reacción, se unen las agitaciones campesinas en Castilla la Vieja (su origen, achacado a manejos provocadores de la reacción, puede ser confuso; pero ello no desvirtúa el hecho de la existencia de campesinos revolucionarios dispuestos a seguir a los provocadores); todas las sublevaciones republicanas contra Narváez son secundadas por campesinos hambrientos; en 1863, en Loja, gobernando O'Donnell, los campesinos, dirigidos por Pérez del Alamo, se sublevan e instauran fugazmente un poder demócrata—socialista. Las represiones subsecuentes ponen de manifiesto hasta qué punto no van a andarse con bromas los oligarcas liberales cuando sientan amenazada su propiedad rústica tan «limpiamente» adquirida: en 1857, Narváez ordena el fusilamiento de 100 sublevados; en 1861, O'Donnell hace pasar por Consejo de Guerra a más de 600 campesinos, fusila a algunos y manda a presidio a todo el resto.

Los criados, criadas y pobres de solemnidad no requieren comentario alguno.

Jesús Izcaray

REFLEXIONES SOBRE LA NOVELA ESPAÑOLA ACTUAL

Que en España hay un resurgir de la novela es cosa evidente. En estos últimos años se editan muchas más novelas que en períodos anteriores, incluído el de la República. También aumenta el número de las que, a poco de aparecer en español, son traducidas a lenguas extranjeras: al ruso, al francés, al italiano. ¿Que en el mundo de hoy esta comunicación literaria es mucho más fácil que en el de hace treinta años? Exacto y eso explica, en parte, esa mayor audiencia de la novela española más allá de sus fronteras Pero obsérvese que casi todas las que atraen la atención de los públicos extranjeros son obras de autores jóvenes, sincronizados, o en empeño de sincronización, con la hora nueva de su tiempo.

Adviértase, en fin, que los escritores españoles de las últimas promociones muestran por el género novelístico una inclinación que antes, en la mayoría de los casos, se iba hacia el teatro, hacia un teatro casi siempre de bajo vuelo En las revistas literarias, la crítica de novelas y los estudios relativos al género obtienen una preferencia que antes no tenían. Se publican ensayos sobre la novela o novelistas del pasado.

Lo primero que se pregunta uno es esto: ¿De dónde viene este auge cuantitativo en la novela española? Porque eso proviene de algo, y sin duda, de algo importante.

Con la pregunta pendiente, uno recuerda que la novela es el continente literario que mayores dimensiones y profundidades puede abrazar, aunque tantas veces se detenga en la costra de la realidad o, simplemente, la evite. Uno piensa que la novela es el género más apto para el realismo, el menos atado por convencionalismos formales, el más directo. Podríamos decir que su clima natural es el realismo y que, hasta cuando se la violenta con deliberadas evasiones o deformaciones de lo real, la novela conserva no pocos elementos realistas — de mayor o menor porte — y sin desnaturalizarla, como algunos hacen ahora por esos mundos, es difícil hacerla llegar a grados de artificiosidad posibles en otros géneros.

Esto nos proporciona ya algunos indicios.

Yendo a lo concreto: ¿qué orientaciones sociales y estéticas predominan en la abundante producción novelística actual?

Predominan, ostensiblemente, las tendencias realistas, en persecución, cada una de ellas, de un realismo de diferente calado, buscado desde posiciones filosóficas y sociales diversas.

La mayoría de las novelas que se publican, o por lo menos las que logran mayor resonancia, son, de una forma o de otra, testimonios de disentimiento con la realidad española actual, denuncian aspectos de esa realidad.

Se la denuncia desde posiciones burguesas, liberales, democráticas, teñidas, a veces, de religiosidad, o simplemente desengañadas. La denuncia toda una pléyade de novelistas jóvenes desde posiciones populares con aspiración revolucionaria; jóvenes autores que se esfuerzan por vincular más y más la novela a la marcha de la vida, que, como algunos de ellos declaran, quieren ir en su obra mas allá de la denuncia-testimonio impregnándola de un aliento que, con los medios que a la novela le son propios, estimule al hombre a transformar esa realidad.

Esta coincidencia en la denuncia de la realidad española y la diversidad de campamentos ideológicos y estéticos, desde los cuales se efectúa, las percibimos en su compleja — y móvil — variedad tan pronto como mezclamos algunos títulos de novelas aparecidas en estos años últimos: «La Colmena», de Cela; «Primera memoria» y «Los hijos muertos», de Ana María Matute; «Funcionario público», de Dolores Medio; «El Jarama», de Sánchez Ferlosio; «Entre visillos», de Carmen Martín Gaite; «Los Bravos» «y En la hoguera» de Jesús Fernández Santos; «La Resaca» de Juan Goytisolo; «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco; «Las afueras», de Luis Goytisolo; «La piqueta», de Antonio Ferres; «La mina», de Armando López Salinas; «Nuevas amistades», de García Hortelano; «El haz y el envés», de Corrales Egea.

En cuanto a la calidad de no pocas de esas obras de denuncia, refiriéndonos a ellas en general, eso es cuestión más complicada. Si en todo, propósito y resultado son cosas distintas, en arte ¡no digamos! Por lo que atañe al trecho que todavía media entre los fines que se asignan los novelistas de orientación más avanzada y sus logros concretos, si sería pernicioso dejar de reconocer que es largo, hemos de pensar en la juventud de todos ellos, en las condiciones en que trabajan y en que no se pasa en un día de un realismo empírico, de superficie, al realismo que muestra la esencia de los fenómenos con los medios de la novela: a través del conflicto y de los caracteres.

Me parece que con estos autores y con la novela de denuncia en general, podríamos ser injustos de dos maneras. Una, creyendo por superficialidad de juicio, o fingiendo creer, por confundir el estímulo con la adulación, que las grandes novelas se suceden en mágica floración, lo cual, además, no ocurre nunca. Otra, si haciendo abstracción de las circunstancias en que nace este heterogéneo ciclo novelístico, si oponiendo la innegable insustancialidad y confusión de no pocas de sus obras a lo que en ellas quisiéramos encontrar, no acertáramos a valorar lo que ya, de por sí, significa la iniciación de un ciclo semejante bajo el fascismo y las promesas ciertas que su tendencia más avanzada lleva en las entrañas.

Algunos antecedentes para un intento de valoración

Una valoración justa o por lo menos aproximada de la novela actual de tendencias realistas, de esa novela de discrepancia — recurramos a esta coincidencia para abarcar sus distintas variedades — sólo podremos intentarla encuadrándola en su contexto histórico: pasado, presente, perspectiva previsible.

Con referencia al grupo de novelistas de orientación más avanzada, se dice que su obra naciente se inserta en la tradición realista de la novela española. Es verdad. Mas esto necesita aclaraciones, pues si esta afirmación se tomara alegremente, podría creerse que tal tradición, por su peso, lo da todo o casi todo hecho o, por su continuidad, casi excluye otro género de novela.

Veamos esto más de cerca.

España, que da al mundo el primer gran ciclo novelístico realista — el de la picaresca —, se pasa dos siglos sin novela: desde mediados del siglo XVII hasta principios del último tercio del XIX. En el XVIII, el país de Cervantes, el país de los primeros grandes novelistas, no tiene un Goethe, ni un Fielding, ni siquiera un Foe ni un Laclos; no tiene novelistas ni buenos ni malos. Llega el XIX, el gran siglo del género. Cuando en Francia mueren Stendhal y Balzac aún habrán de pasar lustros antes de que Alarcón y Galdós nos den sus primeras novelas. (Que Fernán Caballero aparezca, con su novela de costumbres, poco antes de Alarcón, no altera lo esencial de este proceso.)

Fenómenos de este porte siempre obedecen a profundas causas histórico-sociales, claro está.

Larra, nuestro agudo crítico, advertía ya en 1836 al examinar algunas particularidades de nuestra gran literatura de los siglos XVI y XVII:

«En España, causas locales atajaron el progreso intelectual y, con él, indispensablemente, el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe con la ruina de las Comunidades, añadió a la **tiranía religiosa** la **tiranía política**; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra **útil y progresivo** (1). Imaginación toda, debía prestar más campo a los poetas que a los prosistas ...».

Después de Quevedo, añade, «la prosa volvió al olvido ...» «la literatura se refugió en el teatro, y no fue por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer».

La novela picaresca es una denuncia de la España feudal, empeñada en detener el tiempo; es un pregón que avisa que algo se está pudriendo bajo el deslumbrante manto de la monarquía más poderosa de Europa. El pícaro es un inadaptado en esa España, es, en cierto sentido, un rebelde a ese mundo. Por su parte, el Quijote lanza al rostro de la España feudal una carcajada demoledora y abre un largo índice de ideas humanistas relativas al hombre, a la libertad y a la justicia. Resulta evidente que un ciclo de novela de esta substancia no podía prolongarse en aquella España. Y murió — y con ella las mejores corrientes rea-

(1) *Todos los subrayados son de Larra.*

istas del teatro español — a manos de las dos intolerancias, como diría Larra. ſ no sólo por esas razones de superestructura, sino porque la base social que ɔodía haber hecho progresar tales corrientes — la naciente burguesía — fue deɔilitándose e impregnándose de la ideología de las castas feudales, opuesta al 'realismo, aunque nunca pudiera desterrarlos por completo de la literatura, en general, ni del teatro en particular.

De esta herencia histórica y de las realidades sociales españolas imperantes a principios del XIX podrían deducirse algunas de las causas que originaron el 'etraso con que resucitó, en ese siglo, la novela española.

Es fácil observar que la floración de la novela adscrita al realismo crítico coincide en cada país con la expansión de las fuerzas liberales y democráticas. España, que termina el siglo XVIII y se adentra en el XIX con fuerzas burguesas raquíticas, país donde la pugna por la revolución democrático-burguesa va con retraso y tras la Primera República se resolverá en un compromiso, tenía que tardar en dar un realismo de ese tipo y habría de darlo con características muy especiales. Puede afirmarse que al empezar la centuria decimonónica, ni la mentalidad de nuestros escritores ni el gusto del público estaban preparados para la novela, tal como en su gran siglo se entendió.

La resurrección de la novela, al iniciarse el último tercio del siglo, levantó un alto hito en la literatura nacional. Tuvimos nuestra montaña: Galdós, de cuyo incompleto conocimiento e insuficiente valoración en España y en el extranjero tiene mucha culpa la animosidad — ¡y el silencio! — con que le rodeó la reacción española de su tiempo.

Además de Alarcón y Galdós hay una constelación con astros de muy distinta magnitud: Valera, Clarín, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Baroja. Tonalidades y derivaciones españolas muy diversas del realismo crítico, coloraciones naturalistas muy diferentes que no es posible examinar aquí. Pero obsérvese que, con Galdós, todos los grandes novelistas españoles de finales del siglo XIX y principios del XX, incluído Alarcón — pese a «El Escándalo» — fueron escritores enfrentados, con ademán más o menos enérgico, a la reacción. Aunque algunos llegaran a esta vertiente por vericuetos tan pintorescos como los recorridos por el inefable marqués de Bradomín. También estaba en esa postura Pérez de Ayala.

Mas, ¿este renacimiento de la novela se prolongó hasta la guerra española de forma que podemos decir que fue interrumpido por ella? No, y ésta es una particularidad que nos interesa mucho al examinar su relativo auge actual.

En los últimos años de la monarquía, Galdós y Blasco — a mí, Blasco no me gusta, pero creo que hay que contar con él al hablar de estas cosas — habían desaparecido. Al advenir la República, Baroja había dado ya lo que traía. Quedaba Valle Inclán culminando en su «Ruedo Ibérico».

Esto en cuanto a los viejos. La nueva generación de escritores no se distinguía por su afición a la novela, ni por su inclinación a enlazar la literatura y la vida. A buena parte de sus representantes — incluso a muchos que en política profesaban ideas democráticas — les parecía sobrepasada y sospechosa toda tendencia realista En los cafés literarios de Madrid se llamaba a Galdós «garbancero». Parece que esto se le había ocurrido a Valle Inclán años atrás, en los tiempos de sus furores modernistas y danuncianos. Valle había rectificado; la infantería literaria seguía repitiendo esa tontería descomunal como un gran descubrimiento. (Diga-

mos, en descargo de estos exquisitos estetas de café, que la mayoría de ellos apenas conocían a don Benito de otra cosa que de nombre).

Hablando de novela se supervaloraba a Miró, se ponía por las nubes del Olimpo a Gómez de la Serna y a Pérez de Ayala, y, con Jarnés, nos los presentaban como prototipos españoles del novelista «moderno». Se aceptaban en calidad de novelas obras de Unamuno que, si exceptúamos «Nada menos que todo un hombre», más bien son ensayos, y se celebraba como un acontecimiento novelístico la aparición de «Doña Inés» de Azorín. Del Sender realista de «Imán» y de «Siete domingos rojos», que traía promesas luego burladas, se hablaba despectivamente en los cenáculos literarios. De Carranque de Ríos ni se hablaba. En esas tertulias, cuanto oliera a social se consideraba, a priori, materia antiliteraria.

La novela se concebía no como una exploración de la realidad, no como un continuo descubrimiento del hombre, sino como una búsqueda esteticista, como una estilización hacia lo abstracto, que ha de desdeñar, por supuestamente antiartísticos, los elementos de la realidad más importantes, más típicos, más inmediatos, con cuya elaboración literaria, precisamente, la novela ha de ser creada.

Era una novela fundada no en la vigencia del tema, no en la verdad de los caracteres, no en el tratamiento de los motivos literarios nuevos, distintivos, que le proponía su época, sino en la recreación preciosista de motivos literarios agotados ya y en la orfebrería del estilo.

Era una novela subjetivista, intemporal en cierto sentido, en el de su temática, y cuyo formalismo tendía a velar — fueran o no sus cultivadores conscientes de ello — la penuria del contenido y la inactualidad de sus ideas sociales y literarias.

Era, entre otras cosas, una cumplida expresión de esa literatura para literatos que tanto irritaba a Baroja.

En un país donde la gran mayoría de los escritores no se distinguían precisamente — eso venía de lejos — por la atención que prestaban al examen ni a la elaboración de teorías literarias, Ortega aparecía como un pontífice de esas corrientes y las impulsó, especialmente con dos obras: «Ideas sobre la novela» y «La deshumanización del arte». En ellas, partiendo también en estos dominios de sus concepciones aristocráticas, minoritarias, aconsejaba al artista en general y, claro, al escritor y al poeta en particular, desdeñar los hechos mediocres de la vida por carecer éstos de interés artístico, dirigirse a las minorías y, en fin, deshumanizarse como condición para poder realizarse en cuanto artista. La influencia de estas teorías orteguianas entre muchos de los escritores jóvenes de la época fue considerable y perniciosa.

En su ensayo «Ortega y la novela», Juan Goytisolo dice, con relación a ese período, que «En España, como en Francia, se produce un divorcio entre el novelista y la sociedad». La afirmación es exacta, referida a los novelistas inmersos en las mencionadas corrientes esteticistas. Que en aquellos lustros fueron las predominantes aunque, claro, no las únicas. Ya comenzaban a correr otras aguas subterráneamente. Por entonces, estaban en boga, entre la juventud, Barbusse y Remarke. Se ampliaba nuestro conocimiento de Gorki y buscábamos las obras de los novelistas soviéticos de la primera hora. En los años inmediatamente anteriores a la guerra, los comunistas éramos ya una fuerza política, pero aún no podíamos influir de manera coherente y apreciable — y no sólo por razones objetivas, sino subjetivas — en las cuestiones estéticas. Eso viene siempre después.

(En este bosquejo de panorama dejamos de lado la no escasa circulación que tuvo en aquellos lustros y antes — en parte como una penitencia de la literatura

para literatos y porque en una sociedad de tipo capitalista eso es inevitable — la subnovela exclusivamente erótica o francamente pornográfica: Trigo, Carretero, Mata, Insúa, Hernández Catá, Zamacois ...)

Si la España democrática hubiera salido victoriosa de la guerra se habrían creado condiciones sociales óptimas para la expansión de las corrientes realistas y progresivas en la novela y en la literatura en general. Pero perdimos la guerra, y con la derrota se desató un tormentón de formalismo, de barroquismo y de cosas peores. Irrumpió en las librerías, expurgadas, lo que podríamos llamar la serie antirroja. Fue un sarampión o sarpullido de posguerra. Pero ese otro estilo de subnovela de circunstancias, archiconvencional, falso, donde se presentaba al pueblo español como un vasto hacinamiento teratológico, pasó rápidamente, no sin pena, pero sí sin gloria. Por lo menos en la forma virulenta que al principio se le dio. No tenía público ni era viable. Tampoco dio gran cosa de sí — no podía darlo — la pseudo-épica lucerí de Falange. En 1944, cuando apenas comenzaba a extinguirse aquella literatura trompetera, «Nada», de Carmen Laforet, sacó a la calle el cuadro elegíaco de una familia de la llamada clase media tras la victoria de Franco. (¡Lástima que Carmen Laforet sea uno de los pocos novelistas jóvenes que, en estos años, han andado hacia atrás!).

También ha ido perdiendo crédito — aunque todavía colee como ingrediente de mezcla y recurso de fácil manejo — el tremendismo, que tuvo su epicentro en los años 40 y que, si bien se miran las cosas, era, por un lado, una negación del radiante panorama nacional que los patrones literarios oficiales pintaban tras la victoria y, por otro, escape cómodo de una realidad que comenzaba a escocer.

Si a estos antecedentes históricos — trazados en líneas muy generales — sumamos las condiciones inherentes a la prolongación de la dictadura fascista en nuestro país — censura oficial, coacción eclesiástica, con resortes y rigor cuyo parangón más inmediato habría que buscarlo en los tiempos de Narváez, presiones ambientales sobre el escritor más fuertes que las normales en una sociedad capitalista con libertades burguesas, mayores dificultades de comunicación, etc. — podremos valorar debidamente la proliferación de esta literatura de denuncia y las actuales tendencias realistas en la novela española.

Su existencia indica que, en la formación de gran parte de los escritores de las nuevas generaciones, esos factores negativos de la España actual están teniendo menor peso que los de signo positivo: la desoladora, pero ilustrativa, experiencia nacional de estos años de fascismo, la presión, a veces difusa mas operante, del ambiente prerrevolucionario español, la influencia creciente del mundo nuevo, la bancarrota de las ideologías y de la literatura burguesas crepusculares.

De una forma o de otra, en ocasiones muy indirecta, el escritor refleja siempre gustos, necesidades espirituales y aspiraciones de una clase o de un grupo social. Los novelistas españoles a que nos referimos reflejan, en forma más o menos balbuciente, más o menos deformada y brillante, estados de ánimo de una ingente masa española, de estamentos muy heterogéneos, unos incómodos en la situación actual, otros radicalmente opuestos a ella.

La aparición de esas tendencias novelísticas en las condiciones actuales, bastaría para descubrirnos el tremendo anacronismo de este régimen y la vitalidad del pueblo que se debate bajo su losa. Además, para juzgar, con rigor, pero con justicia, a estas promociones de novelistas, no emplearíamos el mejor procedimiento si nos detuviéramos demasiado en el valor intrínseco de esta o aquella

obra tomada aisladamente. Más sagaz puede ser intentar justipreciarlos teniendo en cuenta las tendencias que los animan. Y no en todos, pero sí en la mayor parte de los casos, esas tendencias son positivas, se adscriben, en un grado o en otro, al realismo o se encaminan hacia él. Hemos de verlos también, en movimiento. Por ejemplo, es fácil advertir que a medida que se agudiza la descomposición del régimen fascista, se hace más incisiva la literatura de denuncia que, a su vez, contribuye a impulsar la descomposición de la dictadura. Ambos fenómenos, el político y el literario, se influyen mutuamente. Vemos que no pocos de los nuevos novelistas — otros se quedarán en el camino — progresan con los años, algunos de obra en obra. No es lo mismo «Los Abel», que «Los hijos muertos», ni «Nosotros los Rivero» que «Funcionario público», ni «Juegos de manos» que «La resaca». En ciertos casos, los autores ahondan su prospección realista, comienzan a despejarla de brumas idealistas, la hacen más popular. Hasta el punto de que, en ciertos casos, las líneas divisorias para la adjetivación de su tendencia realista serían de muy difícil precisión. La mayoría de esos autores están en movimiento, en progresión como la sociedad que los impulsa.

Comprobamos que al paso del tiempo — paso rápido, de tiempo actual — se profundiza el calado de la tendencia más avanzada: mezcla, a mi juicio, de ese realismo descriptivo, de primer plano, a que aludíamos antes, y de realismo crítico-social que pugna por lograrse. Vemos que la pléyade se ensancha y que los recién llegados se inscriben en ella con primeras obras de mayor carga realista que las iniciales de sus inmediatos predecesores. Así López Pacheco con «Central eléctrica», Ferres con «La piqueta», López Salinas con «La mina». Fenómeno éste extraordinariamente significativo y que, a este ritmo, sólo puede darse en nuestro tiempo. En esa tendencia está ya, en embrión, anunciándolo, un próximo realismo de espíritu socialista en la novela española. Y un autor o varios pueden frustrarse. Una promoción literaria, no.

He aquí, pues, un intento de valoración histórica, muy general, de la nueva novela española, de la que tiene un aliento progresista o de alguna manera renovador (de la otra, o las otras, no tratamos en este artículo).

Vayamos ahora a reflexiones de otro género, a las que nos sugieren algunos de los que creemos son puntos flacos, sobre todo referidos a la tendencia más avanzada que es la que, naturalmente, atrae con más fuerza nuestra atención.

Los caracteres

La flaqueza más visible que en la mayoría de esas novelas se advierte es la superficialidad en el trazado de los caracteres, la frecuente ausencia de tipos representativos o su insuficiente exploración cuando aparecen. Y esto es grave, porque «la novela — utilizando una definición de Gorki por estimarla completamente justa — es sobre todo un arte creador de caracteres y de tipos». De una forma o de otra, todas las grandes novelas que conocemos avalan esta definición.

Son los tipos, los grandes tipos, los que en la novela nos dan idea de una época y de su movimiento; de cómo fue o es lo humano concreto en esa época (por lo menos en el sector social en el que el tipo está inmerso). La vida de cada ser humano se inserta en una etapa determinada de la evolución histórica, y en un sentido o en otro — positivo o negativo — es parte integrante de ella. Por eso, todo personaje trazado con verdad y profundidad (en su personalidad específica

y en el contexto histórico, social, que la condiciona) desborda el marco individual y expresa rasgos colectivos. Es, a un tiempo, individualización y generalización. Generalización que en la novela — y en el teatro, claro — sólo puede lograrse artísticamente a través de los tipos. Eso hicieron Cervantes y los autores de la picaresca, los franceses del XIX, los rusos anteriores a la revolución y los mejores soviéticos. Tal encontramos en Galdós.

Esa endeblez, que la mayoría de las novelas que estudiamos acusan en lo que es esencial, nos da muchas veces un realismo de superficie, de ambiente, de atmósfera. La artística descripción de un ambiente, la sutil creación de una atmósfera — frecuentes en nuestros autores jóvenes — son parte indispensable de una buena novela .Mal hará quien las descuide. Pero no nos hagamos ilusiones: ambiente y atmósfera, por feliz que haya sido su pintura, nunca podrán compensar la superficialidad de los caracteres.

Este defecto anterior se pasea llevando de la mano a otro (¡como que es hijo suyo!) que muchos lectores señalan, cuando al terminar algunas de esas novelas, exclaman con cierta decepción: « Está bien. Pero en España la gente no sólo habla de estas cosas, hablan de otras que ni se insinúan aquí. Que muchos no saben cómo salir de esto, es verdad, pero que no tengan idea de cuál es la causa inmediata de sus males y que estén tan vacíos, eso ya no es cierto ».

No, no lo es. Y una larga serie de esos diálogos, supuestamente populares, dan una imagen pobrísima y deformada de los tipos del pueblo en cuya boca se ponen. Y no porque lo que se dice en ellos no sea verdad, sino porque es sólo una parte, y la más superficial, de la verdad de esos personajes. (La adulteración de la realidad por omisión o escamoteo de algunos de los elementos esenciales que la componen, es uno de los peligros más graves que acechan a la nueva novela española).

Antes de pasar a otros, preguntémonos: ¿De dónde vienen estos defectos, cuáles pueden ser sus fuentes? Diversos críticos coinciden en señalar dos de índole distinta: una, que esos jóvenes novelistas no dominan aún suficientemente la realidad, no han asimilado aún profundamente el movimiento de la historia; otra, las presiones y concretos obstáculos estatales que no les permiten expresarse libremente.

Si no reconociéramos a esta segunda causa lo que cuenta en la práctica, seríamos injustos con estos novelistas que han de escribir con las manos agarrotadas por la censura. Pero, en efecto, ésa no es, con toda su importancia, la razón única. La primera señalada me parece de mucho peso, de fondo me atrevería a decir. La honda comprensión de la realidad, de la esencia y conexión de los fenómenos, es indispensable para la consecución de ese realismo social, profundo, a que los novelistas españoles más avanzados quieren llegar. Esa comprensión, sumada a su facultad de novelistas, aguzándola, guiándola, es la que les puede poner — la que a algunos de ellos les está poniendo ya, paulatinamente — en condiciones de resolver los peliagudos problemas que entraña la recreación novelística de los temas y tipos que les ofrece la vida española de nuestro tiempo.

Y a esa razón yo añadiría otras que son como ramas del mismo tronco:

1a. La juventud de la mayoría de esos autores. Se ha dicho siempre que la novela, por las extensiones y profundidades que caben en ella, es un género literario de madurez. Es muy probable que este concepto — madurez — que, como todos, sufre variaciones con el progreso histórico, no debamos medirlo hoy con

la misma vara que en tiempos de Cervantes, ni siquiera de Stendhal. Hoy, el conocimiento de un escritor de veinticinco años puede ser muy superior al que le era dable poseer a un escritor de igual edad en épocas anteriores. En nuestro tiempo, la labor de creación literaria y artística, sobre todo la de los que buscan orientación en el materialismo histórico y la dialéctica materialista, se realiza de forma más consciente. De todas maneras la ciencia del alma humana, la ciencia del hombre, es asignatura larga.

2a. Las condiciones en que dichos autores han tenido que iniciar su formación y acceder a la vida literaria: circulación rigurosamente clandestina de la ideología más apta para adquirir esa comprensión de que hablábamos antes; no imposibilidad, pero sí dificultad de recibir influencias de la mejor literatura realista del mundo nuevo; por otro lado, mayores facilidades para trabar conocimiento con autores que, si es absolutamente necesario conocer y aun asimilar de ellos ciertas cosas, transformándolas, no eran, en la mayor parte de los casos, quienes podían ponerlos en caminos certeramente realistas. Me refiero a Kafka, a Joyce, a Gide, a Camus, a los italianos de los años 30 y principios de los 40, a los americanos Caldwell, Hemmingway, Faulkner, Truman Capote, etc.

A propósito de estos últimos. Algunos de ellos prodigan los diálogos en los cuales los personajes sólo hablan de cosas triviales, de primer plano, sin que lo que dicen descubra, sino muy indirectamente, su psicología y los móviles de sus actos. (No hablo ahora de la habilidad literaria con que, en ciertos casos, se logran indudables efectos por este procedimiento). Algunos de estos autores hasta evitan hacer pensar a sus personajes.

Mas, ¿no debemos sospechar que esto, al mismo tiempo que permite al autor el escamoteo de ideas y le evita la adopción de posiciones comprometedoras, responde, aunque sólo hasta cierto punto, a realidades concretamente norteamericanas, por lo menos en alguna proporción?

En esa vasta zona, en realidad muy varia, en que podemos situar el yanqui medio, abundan los hombres que piensan poco, que no hablan más que de esas cosas o casi sólo de ellas. Abunda el conformismo con la realidad circundante, el simplismo ideológico, el fatalismo, el slogan de casi general consumo.

No hace mucho releía yo una novela de Steinbeck, gran novelista sin duda alguna: «Las ratas y los hombres». En sus dilatados diálogos, Jorge y su compañero protegido sólo se refieren a la superficie de la realidad que les circunda, a necesidades elementales, a lo que pueden tocar con la mano. Pero el primero es uno de esos norteamericanos que hemos intentado describir y el segundo un retrasado, un tarado mental. Los ejemplos de esta índole son habituales en la novela norteamericana.

¿Es que el hombre medio español, al que se acercan nuestros novelistas jóvenes, es tan primario, tan conformista? ¿Es que no tiene otras cosas que decir? Cierto que también se da esa clase de hombre en nuestro país. Pero no es típico como lo es, seguramente, en vastas zonas de Norteamérica. En todo caso no le veamos de una manera conformista, elemental también, sólo en sus manifestaciones primarias; escudriñándole, no falseándole, sino oponiéndole lo que avanza, intentemos elevarle, en cuanto hombre, por encima de sí mismo, que es una de las misiones más hermosas del escritor.

Estas condiciones objetivas (trabas dictatoriales) y subjetivas (inmadurez, insuficiente dominio de la realidad y del hombre) creaban un terreno propicio para que una parte de los novelistas jóvenes se inclinasen hacia el objetivismo o técnica de la narración objetiva.

Esta técnica aconseja limitar la narración o representación novelística a la descripción de los actos de los personajes y a la transcripción de sus palabras en cada situación. Ahondando más: sus profetas franceses nos dicen, si no he entendido mal, que el método objetivo del comportamiento externo tiene únicamente por real, en la existencia anímica de cualquier ser vivo, lo que en éste puede percibir, desde el exterior, cualquier observador ajeno a él.

Salta a la vista que eso nunca podrá ser otra cosa que una parte de la realidad de ese ser; que tal método mutila la realidad del personaje, pues le reduce a su primer plano. Y creo — sin el menor mérito por mi parte, pues así es visto en todas las grandes novelas — que al personaje hay que verlo por fuera y por dentro. No para hacerle expresar el pensamiento propio del autor, no desde el punto de vista de éste, no para convertirlo en un vergonzante trasunto suyo, sino para crear el personaje diferenciado, profundizado, dotado del carácter, de la psicología que en cada caso corresponda.

De acuerdo con que, a estas alturas, no es aconsejable la antigua usanza ésa si envejecida, al menos como procedimiento predominante, siguiendo la cual el autor nos hacía una descripción inventarial de la psicología del personaje e incluso emitía, frecuentemente, complacidos o severos juicios morales acerca de él y de sus actos. (Aunque el arte de la novela es cosa tan complicada que hasta de esa forma se han creado obras de extraordinaria belleza). Debe verse el carácter del personaje a través de sus actos, de los que revelan sus rasgos psicológicos más profundos, y a través del diálogo, cierto. Los diálogos son un gran medio de expresión de los caracteres. Pero no bastan. Porque el hombre no sólo piensa y siente lo que dice. El hombre es más de lo que habitualmente dice. Y cuando se quiere a toda costa describir a los personajes exclusivamente por el diálogo, sucede, a veces, que se les hace locuaces por sistema. Y unos han de serlo y otros no. En ocasiones se advierte demasiado el artificio. Algunos maestros de la novela realista han aconsejado, por el contrario, esforzarse por lograr que los personajes actúen lo más posible y hablen lo menos posible. No me atrevería yo a preconizarlo como procedimiento único (en arte no hay recetas) pues la exposición dialogal, cuando está lograda, es de bello e incisivo efecto. Pero esa observación es completamente válida en muchos momentos. Y además, ¡pueden tener tanta carga dentro, si el autor acierta a descubrirla de alguna manera, los silencios de un personaje! ¿Por qué renunciar, pues, a que el personaje se vea a través de la artística exposición de sus sentimientos, de sus ideas, de sus sensaciones, a través del mónologo interior, de su memoria, de sus esperanzas? La vida de un personaje — la vida del hombre — no es sólo presente. Viviendo el instante presente, que pasa como agua en cesto, el hombre recuerda su vida y proyecta su vida. Y la vida es, en realidad el compendio de esas tres dimensiones.

Me parece que cuanto más inadvertido pase el autor a lo largo de su narración, más artística resultará ésta. Su tendencia — todos tenemos alguna — haría mal en expresarla explícitamente, como tal autor, o valiéndose de portavoces convencionales, de ésos que el lector identifica en seguida con una sonrisa. Lo

ideal es que la tendencia emerja natural, inevitablemente, del conflicto, de los caracteres. Pero me parece, también, que la creencia del lector en la existencia del personaje no depende, en sí, de que éste le sea presentado por el método objetivo, por el psicológico o por cualquier otro; dependerá, en definitiva, de la realidad, de la humanidad del personaje.

Se ha observado más de una vez que en la técnica de la narración objetiva han entrado influencias cinematográficas. Es evidente. Cierto también que el novelista de nuestro tiempo puede encontrar no pocas cosas válidas en el cine: la vivacidad del relato, los cortes, determinados procedimientos de montaje de escenas, de instantes novelísticos. Pero sin olvidar que la novela y el cine son dos artes distintos, que el cine añade a la narración objetiva — actos, diálogos — algo que la novela no tiene: la imagen plástica. Y que, por el contrario, la novela cuenta con medios de que el cine carece (y de ahí, en ocasiones, las voces en « off ») para penetrar en el interior de los personajes. ¿Por qué renunciar a ellos?

Acaso la fuente originaria del objetivismo — a la francesa, pues en España tiene un trasfondo y una intención opuestos — pudiéramos encontrarla en esa tendencia de la literatura burguesa que ya denunciaba Lukacs en los años treinta: « Cuanto más se desarrolla la sociedad capitalista, más se desarrollan sus dos polos literarios: una estilización cada vez más abstracta y un naturalismo cada vez más trivial, limitado, de más en más, a la superficie inmediata y cada vez más fotográfico ».

De ese peligro fotográfico hay muestras en la nueva novela española.

El objetivismo francés, que se exhibe sin velos como una nueva modalidad del formalismo, ha llegado a su extremo, a su consecuencia lógica, con Robbe-Grillet, que recientemente ha reiterado en un semanario de París con cinismo y con gracia: « Lo he escrito una vez: el escritor es aquél que no tiene nada que decir. Y verdaderamente no sé por qué esta definición no ha gustado ». ¿« Boutade »? En parte, desde luego. Por que todo escritor dice algo, hasta cuando no dice. El también. Dice, por ejemplo, coincidiendo con Claude Simon, y lo lleva a la práctica en sus obras, que « hay que preguntarse cómo son las cosas y no cómo suceden ».

Los jóvenes novelistas españoles, que aspiran a crear un vigoroso realismo social, se preguntan una cosa y otra.

Algunos de ellos, a la luz de su propia experiencia en el manejo de procedimientos objetivistas, se están planteando de nuevo la cuestión de las relaciones entre contenido y forma. Esos autores sólo hasta cierto punto han utilizado dichos procedimientos sobre un fondo de realismo crítico. Porque, en realidad, el método objetivo del comportamiento externo es una forma que corresponde a un contenido antitético del que ellos quieren dar a sus novelas, a una actitud de espaldas a los problemas humanos y sociales importantes, apto, a lo sumo, para el tratamiento novelístico de vidas que no van a ninguna parte. No para su intento de llevar a la novela los conflictos que dan sentido a la vida española de nuestra época, los sentimientos, las ideas y las aspiraciones de sus compatriotas, sus actos más característicos, la lucha de su pueblo, que jamás puso en una promoción de novelistas tantas esperanzas como pone en la que hoy se acerca a él y anhela identificarse con él. La novela de ese tipo no puede ser objetivista.

Así se advierte que a ciertos autores que los han empleado, esos métodos objetivistas les vienen cada vez más chicos, que pierden fe en ellos, que los abandonan (como sistema, pues en ciertos aspectos han traído cosas válidas) y que

ensanchan el abanico de sus instrumentos de narración. No sé si me equivoco, pero creo observar este proceso en Jesús Fernández Santos — desde «Los Bravos» a «Cabeza rapada» —, en Juan Goytisolo y en otros autores jóvenes.

En todo caso, me parece que esa mezcla de propósito realista y de métodos objetivos de narración es provisional, hija de este momento tan particular que vive la joven novela española a consecuencia de esas condiciones objetivas y subjetivas que hemos intentado bosquejar. La tendencia realista de estos autores de orientación avanzada es en ellos lo fundamental, lo que en la mayoría de los casos predominará; lo otro, lo accesorio, lo que eliminarán.

En su reciente ensayo «La novela nueva: su presente y su porvenir», F. Olmos recoge, al respecto, dos interesantes declaraciones: una, de Jesús Fernández Santos: «En la narración, lo que importa es lo que se cuenta». «Todo libro que basa su fama o su eficacia en su técnica, pasa pronto». La otra es de Juan Goytisolo, que dice: «A menudo, en lo pasado, intentaba amoldar la materia del relato a una determinada forma o estilo de narrar (monólogo interior, enfoque cinematográfico, etc.). De ello resulta la deformación intelectual que se percibe en todas mis novelas anteriores a «La resaca»: buscando una originalidad formal sacrificaba la autenticidad de las situaciones y los personajes. Ahora creo que el tema determina necesariamente la técnica».

Exacto.

La elección de la forma para una novela es una cuestión complejísima — como la de toda forma artística — en la que entran ingredientes de muy diversa naturaleza, entre ellos influencias y mimetismos a veces de manera insensible. Pero, sin duda, en lo fundamental, está determinada por la actitud del autor ante la realidad y, en el caso de los escritores de vocación realista, por su amplitud de visión en un momento dado, por el calado de la exploración realista a que en ese momento están en condiciones de llegar.

Sabido es que si los marxistas afirmamos la primacía del contenido en arte, añadimos que ese contenido sólo puede existir bajo una forma artística, y que un contenido determinado, concreto, exige ,para su cumplimiento cabal, una forma artística adecuada.

Algunos de los nuevos novelistas de nuestro país se encuentran con que el contenido realista, en progresión, que pugnan por dar a sus obras, no cabe ya en las formas objetivistas que han venido utilizando. El limitado contenido realista anterior era, hasta cierto punto, compatible con esas formas; aquél a que tienden al profundizarse su visión, no lo es, se siente trabado por ellas y poco a poco las desborda, las arrolla. Por eso, dichos autores revisan sus formas de hacer. Pero la revisión de la forma equivale a una revisión, o por lo menos a una profundización del contenido. Ese es su problema, su feliz problema.

En busca de las formas adecuadas para ese creciente contenido realista, los novelistas que aspiran a él harán muy bien en mantener su preocupación por hacer progresar su técnica, por seguir indagando en los problemas de la técnica de la novela. No es cuestión secundaria. Me parece que en los períodos inmediatamente anteriores a estos últimos años, bastantes novelistas y escritores revolucionarios de distintos géneros descuidamos un poco los problemas de la técnica literaria. No es culpa del marxismo que da tanta importancia a los problemas de la forma. Acháquesenos a los que hayamos podido incurrir en ello.

La búsqueda artificiosa de formas y técnicas para encubrir la endeblez realista del contenido no llevaría, a quien se entregase a ella, a ningún sitio bueno; le

alejaría cada vez más de las posiciones del realismo. Ahora bien, el tratamiento novelístico adecuado de los grandes temas de la España de nuestro tiempo y de los personajes nuevos que están pidiendo que se les dé vida, exigen no pocas formas novelísticas nuevas y nuevas tonalidades del lenguaje narrativo. No se llegará a ellas en un día y serán el fruto del trabajo de toda una pléyade. La forma — la forma auténticamente correspondiente — siempre lleva cierto retraso en relación al contenido y por eso sucede que un nuevo contenido se expresa a veces — aunque sólo sea en parte — con formas viejas o no correspondientes, como, hasta cierto punto, ha sucedido en la España de estos últimos años en lo que se refiere al empleo de métodos objetivistas.

Todos sabemos que los primeros novelistas adscritos al realismo crítico se encontraron con un problema similar: el nuevo contenido que querían dar a sus obras no cabía en los moldes de la novela del XVIII. Se trataba de sobrepasar esas formas y las que ofrecía el romanticismo para llegar a la pintura de grandes conjuntos realistas. Utilizando — como hicieron Balzac y Stendhal — algunos procedimientos de la primera y del segundo, fueron creando los suyos propios, los que necesitaban. Ahora se trata de sobrepasar las formas del realismo crítico de la novela burguesa — aprovechando, creo yo, lo mucho válido que ofrece — para impulsar las de un realismo crítico-social, popular, con desemboque en un realismo socialista. Persuadidos de que éste — que se define por su óptica, por su espíritu, no por particularidades de escuela — puede expresarse y florecer bajo multiplicidad de formas y puede ser elaborado con procedimientos técnicos muy diversos. Procurando lograr, en cada caso — ¡qué difícil es! — lo que aconsejaba Flaubert: que la forma salga del tema como la llama del fuego.

En busca del pueblo

Vueltos hacia el pueblo, bastantes autores jóvenes buscan material novelístico en una cantera casi virgen: la de los trabajadores. En sus novelas se inicia un desfile de obreros, de empleados, de campesinos sobre todo, vistos principalmente en el plano de su miseria, de su aplastamiento por una realidad montada, pieza a pieza, contra ellos. Varios de esos autores insinúan el paso desde este plano a otro superior en el que los trabajadores aparecen ya de alguna manera, en algunos de sus rasgos, por lo menos, no sólo como multitud sufriente, sino en cuanto valor nuevo de nuestro tiempo. Así en « Central eléctrica » que es, en parte, un lienzo de la épica del trabajo; así en « La mina » que tiene, en sus capítulos finales, alientos de unidad obrera; así en algún pasaje de « El haz y el envés » por donde pasa un viento de rebeldía campesina.

Felicitémonos de que haya sido emprendido este camino. Pero, al mismo tiempo, me parece que Gabriel Ruiz plantea en « **Nuestras Ideas** » (nº 9, « ¿Por qué novela objetiva? ») una necesidad urgente de la novela nueva, a la que otros colaboradores de la revista nos hemos referido, cuando dice: « La preocupación por alejar el peligro de un estancamiento en la crítica negativa de la vida, por llegar a un realismo positivo, se generaliza ». Es decir, se trata de pasar de una novela que se detiene, la mayor parte de las veces, en la denuncia de una realidad

injusta — aunque la denuncia tenga también su eficacia transformadora —, a una novela que refleje el esfuerzo que se realiza por cambiar esa realidad y, por lo tanto, contribuya más directamente a lograr la transformación, cual se proponen tantos de esos novelistas jóvenes. El autor del artículo citado precisa que el pueblo amplía su lucha y que la novela debe reflejar esta lucha.

Muy cierto, mas, ¿cómo podrá reflejarla?

Es una lucha de masas, en la que éstas son el elemento principal y resolutorio. El novelista lo representará, lo hará ver así. Pero en el tratamiento novelístico las masas se le descompondrán en personajes. Tendrá que mostrárnoslas — por lo menos en las representaciones novelísticas más definidas — a través de individualizaciones de personajes que se mueven sobre un fondo de masas, insertos en ellas, pero diferenciados en su individualidad.

Esto le llevará a pasar, en muchos casos, de ese tipo tan frecuente en nuestra novela actual — el español inconforme y dolorido, sin más o con muy poco más — al tipo del obrero, del campesino, del intelectual que lucha por transformar la realidad. Esto le llevará, pues, al héroe positivo. Que llamamos positivo no porque nos lo representemos como una imagen de cera, como un mítico ser sin contradicciones ni lados negativos, sino porque en él predomine lo positivo en cuanto expresión y protagonista de ese combate por una España y un español mejores.

Por nuestro país transitan millares y millares de hombres y mujeres de ésos. Piden sitio en la novela nueva. Es en ésta, es en la novela de decidida orientación social y popular donde, recreados, tipificados cada uno de ellos con rasgos de éste y de aquél de sus pares, han de adquirir su doble vida: la literaria. La novela típicamente burguesa de nuestro tiempo, quiero decir la que se nutre de ideologías reaccionarias, no puede crear esa clase de tipos. Escapan a su óptica, son su antítesis. Cuando los aborda es para volverlos del revés, para trocarlos en negativos.

Ya apunta ese tipo positivo, abocetado con líneas de orientación más o menos certera, según los casos,en el viejo obrero de « La mina », en otro de « La resaca », y en varios personajes de « El haz y el envés ».

La representación novelística del revolucionario de nuestro tiempo es cuestión difícil, sobre todo cuando se trata de trabajadores. Si un novelista español intenta crear un tipo aristocrático tiene a su disposición, en calidad de antecedente, un arsenal literario, acumulado durante siglos, que le proporciona multitud de patrones psicológicos, ambientales, históricos. Algo parecido puede decirse si intenta crear un tipo burgués. Y, en uno y otro caso, las ideas y la moral de esos personajes le son familiares, pues son las de curso legal y más antiguo, y él mismo las ha asimilado, aunque ahora las rechace, en la infancia.

La creación de un tipo de obrero revolucionario de la ciudad o del campo presentará, por el contrario, al novelista, dificultades poco menos que inéditas. Aquí el antecedente literario español es escasísimo y la asimilación psicológica insuficiente. La psicología de ese obrero de vanguardia no tiene nada que ver, claro, si no es en aquellos rasgos comunes a todos los humanos, con la habitual en la novela llamada psicológica — la burguesía decadente contemplándose el ombligo — que con tanta razón repele a muchos de nuestros novelistas jóvenes. Pero es, por lo general, una psicología mucho más rica y, aunque a simple vista no lo parezca, más complicada que la de un *héroe crepuscular* de Gide o de Proust. No sólo porque ese obrero es un hombre, en realidad, profundamente evolucio-

nado, no sólo por la elevación de sus ideas y sentimientos, sino por las condiciones en que ese hombre se ha hecho o se está haciendo: en lucha contra una sociedad en crisis — el drama típico del héroe de nuestro tiempo — y en lucha, al mismo tiempo, con sus contradicciones, con lo que dentro de él tira todavía hacia atrás. Por todo ello, este tipo es el que más tarda en asimilar el escritor que se incorpora al movimiento revolucionario.

Al trazar un tipo de esa clase, en cualquiera de sus infinitas variantes, pues no hay que confundir individuo y clase, ni siquiera militante y Partido, acecharán al novelista constantes peligros de esquematización, de simplificación. Puede simplificarle si, en su afán de exaltarlo, si por caer en la tentación de presentarle como modelo en todo, escamotea sus contradicciones, le despersonaliza y, en definitiva, le deshumaniza, convirtiéndole en una abstracción. Puede simplificarle en sentido contrario: rebajando, sin querer, su verdadera estatura intelectual y moral, despistado por las apariencias de una observación superficial o influido por los antecedentes de la pintura de obreros hecha por la literatura burguesa.

El examen de estas necesidades de la novela nueva nos sitúa ante el problema del « posibilismo » tan debatido hoy por los escritores de nuestro país. Simplemente el hecho de que lo discutan, muestra que entre ellos se extiende la convicción, o la sospecha, de que la España real de nuestros días está reflejada sólo muy parcialmente en la novela y mucho más débilmente aún en el teatro. Que se planteen en sus discusiones si se puede llegar a más es, en cierto modo, indicio de que se puede. Hace diez años esa cuestión sólo era debatida en el interior de algunas conciencias, no públicamente.

En realidad, y aunque muy lentamente, se llega cada día a un poquito más. (Lo confirman algunos de los títulos más arriba citados y la reciente « Primera memoria », de Ana María Matute). Y, pese a lo abrupto del obstáculo común, en la novela es, por lo general, menos difícil conseguirlo que en el teatro y en el cine, a cuyos aduaneros les quita el sueño la espectacularidad resonante que tienen esas artes.

Ver las fronteras de la censura como muros fijos, que es imposible hacer retroceder, sería irreal, sería olvidar que si bien el régimen que padecemos es un régimen fascista, es un régimen fascista en descomposición. Dando por cierta esa inmovilidad no hubieran sido escritas muchas de las novelas a que aquí nos referimos ni habrían tomado vida algunos de los films españoles de mayor calidad. « La libertad se gana » les dijo Larra a ciertos colegas suyos, contándoles su diario forcejeo con doña Anastasia. Se arranca a jirones, mientras no se logra entera, podríamos añadir refiriéndonos a la España actual.

Los novelistas de tendencia realista y, en particular, los de orientación más avanzada, harán bien permaneciendo en guardia frente a las tentaciones del « posibilismo ». Cierto que hay que procurar discernir lo posible en cada instante. Pero eso hay que calcularlo con criterios no de acomodación, sino de lucha. Sin separar en uno mismo, resignadamente, el revolucionario del escritor. Eso suele malograr no sólo al primero, sino al segundo.

Los más vigorosos novelistas jóvenes aspiran a crear una novela para el pueblo y ya dan de ella los primeros bocetos. Su vuelo, pues, ha de ser alto, si no quieren correr el riesgo de que sus representaciones se queden demasiado atrás de la vida y a la zaga de su público posible, ambos en marcha.

Y hemos tocado al problema del público para esa novela de aspiración popular.

Todos sabemos que el bajo nivel de vida y cultura en que vive nuestro pueblo por ausencia de las urgentes transformaciones democráticas, condena al escritor — cualquiera que sea su adscripción — a una irradiación de su obra muy limitada. Editar — sobre todo si el escritor es joven — no resulta fácil. Y cuando edita, la tirada es mínima. Poco antes de morir, Baroja se lamentaba en un periódico de Madrid: «¿Qué son los dos mil ejemplares de un libro que vende el escritor español más leído, para una masa de 28 millones de habitantes y 50 ó 60 millones de gente de habla española? Como un terrón de azúcar disuelto en un estanque. La patrulla literaria española es pobre y triste; no gana nadie dos pesetas». Y desde entonces las cosas no parecen haber cambiado mucho.

Cierto que sólo la transformación democrática de la sociedad española dará a los nuevos novelistas ese público multitudinario con que sueñan. Que ellos contribuirán a educar, pero que a su vez les presentará — les presenta ya en la medida en que se va formando — exigencias nuevas.

Pero también el público hay que ir ganándolo desde ahora, si no en masa, que eso todavía no es hacedero, sí por contingentes. Ya desde ahora debe ser muy aguda la preocupación por atraerle a la novela nueva en la proporción que las circunstancias lo consienten.

De estas reflexiones anteriores creo que se desprenden algunos de los requisitos necesarios a esa novela para el pueblo. Serían en primer término (y ya se supone que en síntesis de esta índole es imposible no esquematizar un poco):

Tema que, de algún modo, se corresponda con las corrientes de ideas, la vida, los sentimientos y las aspiraciones populares de la España de nuestra época, lo cual, claro es, no presupone la actualidad temporal de la acción. Tema que por la injusticia o la podredumbre que denuncie, o por la lucha liberadora que refleje, sea apto para provocar la cólera o el entusiasmo de las gentes. (Sin olvidar el drama de **los otros**: de aquéllos que perciben que sus concepciones, su moral y su mecánica sentimental ya no sirven y chocan cada día más irreconciliablemente con la realidad; de aquéllos que ven que el mundo se les va y agonizan, en cuanto clase y vigencia histórica, sin encontrar otro sentido para sus vidas que el que puede darles el miedo, el odio y el placer exasperado).

Exposición de los valores nuevos de nuestro tiempo: los de la clase ascendente, los de su trabajo creador y los del esfuerzo que realiza para elevarse a sí misma; los que contiene la nueva intelectualidad progresista, etc. Representación oportuna — no buscada a todo trance cuando pudiera estar desplazada — de ese español que lucha, que va delante.

Lo que en una novela despierta más seguramente la emoción del lector popular es la fuerza del conflicto, el interés con que es llevado y el impacto de afecto, y a veces de aversión, que en él producen los personajes, sobre todo los principales. El lector popular de la España de nuestros días se verá vindicado, se verá como en el mejor repliegue de su alma él quisiera ser, en los tipos de luchadores que se sacrifican y se arriesgan por abatir a las fuerzas que le oprimen.

En el folletín decimonónico, el príncipe Rodolfo y Edmundo Dantes, superhombres justicieros, triunfaron mundialmente porque aparecían a los ojos del pueblo como símbolos de justicia. (La confusión ideológica que los informa y la dosis de opio que llevan dentro es otra cuestión). Hoy podemos ofrecer al lector popular símbolos reales de la justicia y la emancipación a que aspira; prototipos perfectamente imitables y, por lo tanto, estimulantes para llevarle a él mismo a la acción.

Entre estos requisitos de una novela para el pueblo que creo discernir — y así volvemos a abordar, desde otro ángulo, el problema de la forma — está, también, desde luego, el de darle formas populares adecuadas al intento de hacerla llegar ampliamente al pueblo. La novela burguesa ha buscado, en cada uno de sus ciclos, tan diferentes, las formas que mejor podían responder al gusto del público a que en cada uno de sus momentos ha ido principalmente destinada. Al principio, esas formas tuvieron mucho de clásicas (primeros ciclos y literatura de las luces); después, no poco de populares (realismo crítico, parte del naturalismo); más tarde, al perder con su clase todo impulso progresista, ensayó y ensaya aún, formas cada vez más minoritarias.

La novela popular, que muchos de nuestros autores jóvenes persiguen, irá en busca de un público infinitamente más amplio que ningún otro ciclo anterior de novela española. Esto determinará su forma, sus múltiples formas populares para ser más exacto. La determinará a lo largo del proceso de elaboración, como un producto de éste. Pues como Mayakowski decía por propia experiencia: «El arte no nace arte de masas; se transforma en eso al término de una suma de esfuerzos». Y a través de un largo contraste con las propias masas. Pues, en definitiva, la viabilidad y la eficacia de una forma determinada — como de un contenido — las indica el pueblo con su entusiasmo o con su indiferencia ante las obras que para él se producen. Cosa que olvidamos con demasiada frecuencia los escritores, en ocasiones hasta los de ideología más avanzada. Por lo que aún pesan en nosotros los residuos de viejas concepciones idealistas del arte y porque todavía no acabamos de curarnos de un viejo achaque: el de sentir, casi siempre, mayor preocupación por lo que puedan pensar de lo que escribimos nuestros colegas, os del oficio, que la masa de lectores que no conocemos. (A propósito: a los nuevos novelistas les será más útil recoger, entre sus lectores anónimos, el mayor número de opiniones posible acerca de sus novelas. Y al mismo tiempo: en el empeño por ampliar su público, ¿no podrían influir en ciertos editores, o encontrar algún medio, para que se hicieran ediciones económicas de aquellas novelas que, por su tema, pueden obtener mayor circulación en las zonas populares?).

En busca del pueblo, ciertos autores jóvenes pugnan por substraer su obra, su manera de hacer, a la atmósfera intelectualista que enrarecía la novela inmediatamente anterior a ellos.

Preocupación sana. Porque esa atmósfera traba y vicia la exposición del contenido realista y porque la calidad artística de una novela que intenta llegar al pueblo hay que buscarla por otros caminos, ya que esa atmósfera es pésima incubadora de formas populares de arte.

¿De dónde saldrá ese público multitudinario que busca la novela popular? De los que hoy **todavía** no leen novelas y de los actuales consumidores de subliteratura. No hay otros.

La ambición es de largo alcance. Se trata de interesar a un público de estas características, a un público de gusto virgen o viciado, en una novela que tenga categoría artística — pues sin ella no puede hablarse de verdadera novela para el público — y que al mismo tiempo le resulte accesible y le apasione.

Hablando del éxito de la subliteratura en la Italia de su tiempo decía Gramsci: «... Sólo partiendo de los lectores de esos folletines se puede seleccionar el público suficiente para crear la base cultural de una nueva literatura. Me parece que el problema es éste: cómo crear un cuerpo de escritores que artísticamente sea, con relación a la literatura de apéndice, lo que Dostoyewski era en relación

a Sue y a Soulié o lo que era Chesterton, en la novela policíaca, respecto a Conan Doyle o Wallace. Para esto hay que abandonar prejuicios, entre ellos el de que la nueva literatura debe identificarse con una escuela artística de origen intelectual como fue el caso del futurismo. Las premisas de la nueva literatura deben ser necesariamente históricas, políticas, populares». Y añadía que lo que importa es ahondar en la raíz de la cultura y en el arte populares, con sus gustos, con sus tradiciones y tendencias, con sus resortes emocionales.

Gramsci veía lejos. He ahí un problema, o una serie de problemas, que, treinta años después, tiene ante sí la nueva novela española.

En España, ese estilo nuevo, para conflictos y personajes nuevos, que necesita una novela para el pueblo, encontrará sus fuentes nutricias en el lenguaje popular de nuestras ciudades, en el cante jondo, en las maneras de decir del campo castellano, en el colorismo y en la imaginación que tiene el lenguaje en tantas zonas españolas. Esto puede contribuir a darnos una novela despojada de retórica, pero no de poesía.

En la búsqueda de un lenguaje novelístico popular de tonalidades actuales, algunos de los novelistas nuevos han dado pasos importantes, mas también esto ha de ser el resultado de una constante elaboración sobre bases realistas.

* * *

Hasta aquí van hoy mis reflexiones. Incompletas y, seguramente, con mucho de subjetivo, como no puede ser por menos en materias donde lo subjetivo entra a chorros y que por su especifidad rechazan toda rigidez de fórmulas hechas. Reflexiones, en fin, cuya publicación no tiene otro propósito que el de aportar—acaso — nuevos elementos de discusión al debate abierto en «**Nuestras Ideas**» sobre los problemas de la novela española actual que tanto nos apasionan a todos.

PAGINAS ESCOGIDAS

● **Acerca de Tolstoi**

V. I. Lenin

V. I. Lenin

ACERCA DE TOLSTOI

El año pasado se ha cumplido el 50 aniversario de la muerte de Tolstoi. La influencia en España del gran escritor ruso es harto conocida. Nos ha parecido interesante, en esta sección de «Páginas escogidas», recoger algunos artículos de Lenin sobre la obra de Tolstoi. Además de constituir una valoración crítica marxista de dicha obra, estas páginas de Lenin mostrarán a los lectores españoles de hoy otra de las facetas del genio del fundador del partido bolchevique, intelectual de talla universal, profundo conocedor de los problemas culturales y estéticos de nuestra época.

LEON TOLSTOI

Ha muerto León Tolstoi. Su importancia mundial como artista y su popularidad universal como pensador y predicador reflejan, a su modo, la importancia mundial de la revolución rusa.

León Tolstoi se manifestó ya como un gran artista en los tiempos del régimen de servidumbre. En varias obras geniales, escritas por él en el transcurso de los cincuenta años largos que se prolongó su actividad literaria, pintó preferentemente a la vieja Rusia anterior a la revolución, que incluso después de 1861 quedó en una situación de semiservidumbre; a la Rusia aldeana, a la Rusia del terrateniente y el campesino. Al pintar este período de la vida histórica de Rusia, León Tolstoi supo plantear tantas cuestiones cardinales en sus escritos, alcanzó en su arte tan gran fuerza, que sus obras figuran entre las mejores de la literatura mundial. La época en que se preparaba la revolución en uno de los países oprimidos por los feudales fue, gracias a la manera genial en que Tolstoi la trató, un paso adelante en el desarrollo artístico de toda la humanidad.

Como artista, a Tolstoi sólo lo conoce una minoría insignificante, incluso en Rusia. Para hacer efectivamente sus grandes obras patrimonio de *todos*, hay que luchar, hay que luchar contra el régimen social que ha condenado a millones y millones de seres a la ignorancia, a la opresión, a un trabajo propio de forzados y a la miseria; hay que hacer la revolución socialista.

Tolstoi no sólo escribió obras literarias que siempre serán apreciadas y leídas por las masas cuando éstas creen para sí condiciones de vida humanas, derrocando la opresión de los terratenientes y los capitalistas; supo también describir con fuerza admirable el estado de ánimo de las grandes masas sojuzgadas por el orden de cosas contemporáneo, supo pintar su situación y expresar sus sentimientos espontáneos de protesta e indignación. Tolstoi, que perteneció, principalmente, a la época de 1861—1904, reflejó con asombroso realce en sus obras — como artista y como pensador y predicador — los rasgos de la especificidad histórica de toda la primera revolución rusa, su fuerza y su debilidad.

Uno de los principales rasgos distintivos de nuestra revolución consiste en que fue una revolución burguesa *campesina* en una época de muy alto desarrollo del capitalismo en el mundo entero y relativamente alto en Rusia. Fue una revolución burguesa, pues su tarea inmediata era derrocar la autocracia zarista, la monarquía zarista, y destruir el sistema de posesión de la tierra por los terratenientes, y no derrocar la dominación de la burguesía. El campesinado, sobre todo, no tenía conciencia de esta última tarea, no comprendía su diferencia de otros objetivos de la lucha más próximos e inmediatos. Y fue una revolución burguesa campesina porque las condiciones objetivas pusieron en primer plano la cuestión de efectuar cambios en las condiciones cardinales de vida del campesinado, de destruir el viejo sistema medioeval de posesión de la tierra, de « desbrozar el terreno » para el capitalismo; las condiciones objetivas llevaron a las masas campesinas a la arena de una actividad histórica más o menos independiente.

Las obras de Tolstoi expresaron la fuerza y la debilidad, la potencia y la limitación del movimiento de las masas campesinas precisamente. Su protesta calurosa, apasionada y muchas veces de una dureza implacable, contra el Estado y la Iglesia policíaco-oficial refleja el pensar y el sentir de la primitiva democracia campesina, en la que siglos de servidumbre, de arbitrariedad y saqueo por parte de los funcionarios, de jesuitismo eclesiástico, de engaños y mistificaciones acumularon montañas de cólera y de odio. Su negación inflexible de la propiedad privada de la tierra refleja la psicología de la masa campesina en el momento histórico en que el viejo sistema medioeval de posesión de la tierra — tanto de la tierra de los terratenientes como de los lotes asignados a los campesinos por vía burocrática — se convirtió en un estorbo insoportable para el desarrollo del país y en que este viejo sistema de posesión de la tierra debía ser inevitablemente destruído del modo más violento e implacable. Su infatigable denuncia del capitalismo, llena del más profundo sentimiento y de la más encendida indignación, refleja todo el espanto del campesino patriarcal, sobre el que avanzaba un enemigo nuevo, invisible, incomprensible, que venía de la ciudad o del extranjero — no se sabía a ciencia cierta — y destruía todos los « puntales » de la vida del campo, trayendo consigo una ruina inaudita, la miseria, la muerte por hambre, el embrutecimiento, la prostitución, la sífilis, todas las calamidadas de la « época

(1) « El señor Cupón »: Palabras con que se designaba al capital y a los capitalistas en la literatura de los años 80 y 90. Esta expresión la empleó por primera vez Gleb Uspenski en « Pecados ajenos » (« Rússkaia Misl », 1888, libro XII).

de la acumulación originaria », agravadas cien veces al ser trasplantados al suelo ruso los modernísimos métodos de saqueo ideados por el señor Cupón (1).

Pero el gran protestante, el apasionado fustigador, el gran crítico puso también de manifiesto en sus obras una incomprensión de las causas de la crisis que se cernía sobre Rusia, y de los medios para salir de ella, propia tan sólo de un campesino patriarcal e ingenuo, y no de un escritor con cultura europea. La lucha contra el Estado feudal y policíaco, contra la monarquía, se convirtió en él en negación de la política, llevó a la doctrina de la « no resistencia al mal », a mantenerse por completo al margen de la lucha revolucionaria de las masas en 1905—07. La lucha contra la Iglesia oficial se conjugaba con la prédica de una religión nueva, purificada, es decir, de un nuevo veneno, purificado y sutil, para las masas oprimidas. La negación de la propiedad privada sobre la tierra no llevaba a concentrar todo el fuego de la lucha contra el enemigo efectivo, contra el sistema de posesión de la tierra por los terratenientes y su instrumento político del Poder, es decir, la monarquía, sino a lanzar suspiros soñadores, vagos e impotentes. La denuncia del capitalismo y de las calamidades que éste originaba a las masas se conjugaba con una actitud de completa apatía ante la lucha de liberación que sostiene en todo el mundo el proletariado socialista internacional.

Las contradicciones en las ideas de Tolstoi no son sólo contradicciones de su propio pensar, sino un reflejo de las condiciones complejísimas y extremamente contradictorias, influencias sociales y tradiciones históricas que determinaban la psicología de las distintas clases y capas de la sociedad rusa en la época *posterior* a la reforma, pero *anterior* a la revolución.

Por ello, sólo puede aquilatarse acertadamente a Tolstoi desde el punto de vista de la clase que, con su papel político y su lucha en la revolución — primer desenlace de ese nudo de contradicciones —, demostró que está llamada a ser el jefe en la lucha por la libertad del pueblo y por liberar a las masas de la explotación; que demostró su abnegada fidelidad a la causa de la democracia y su capacidad para luchar contra la limitación y la inconsecuencia de la democracia burguesa (comprendida la campesina). Sólo puede aquilatarse acertadamente a Tolstoi partiendo del punto de vista del proletariado socialdemócrata.

Fijaos lo que dicen de Tolstoi los periódicos del gobierno. Lloran lágrimas de cocodrilo asegurando que tienen en alta estima al « gran escritor »; pero, al mismo tiempo, defienden al « santísimo » sínodo. Y los santos padres acaban de cometer una canallada de lo más inmunda, enviando sus popes a la cabecera del moribundo, para engañar al pueblo y decir que Tolstoi « se ha arrepentido ». El santísimo sínodo excomulgó a Tolstoi. Tanto mejor. Esa hazaña le será tenida en cuenta cuando el pueblo se las entienda con los funcionarios ensotanados, con los gendarmes de Cristo, con los negros inquisidores que han apoyado los pogromos contra los judíos y otras hazañas de la ultrarreaccionaria pandilla zarista.

Fijaos lo que dicen de Tolstoi los periódicos liberales. Salen del paso con esas frases hueras, oficial-liberalescas, trilladas y profesorales sobre « la voz de la humanidad civilizada », « el eco unánime del mundo », « las ideas de la verdad y el bien », etc., etc., por las que Tolstoi flagelaba con tanta fuerza — y tanta razón — a la ciencia burguesa. Los periódicos liberales *no pueden* decir clara y concretamente qué piensan de las ideas de Tolstoi sobre el Estado, la Iglesia, la propiedad privada de la tierra y el capitalismo, y no porque la censura les estorbe — al contrario, la censura les ayuda a salir de apuros —; no pueden porque cada tesis en la crítica de Tolstoi es una bofetada al liberalismo burgués; porque, de por sí,

el valiente, franco e implacablemente duro *planteamiento* de las cuestiones más candentes y más malditas de nuestra época por Tolstoi es una *bofetada* a las frases estereotipadas, a los trillados subterfugios y la falsedad escurridiza, « civilizada », de nuestra prensa liberal (y liberal-populista). Los liberales se alzan unánimes en defensa de Tolstoi, contra el sínodo; mas, al mismo tiempo, están por... los « vejistas », (2) con los que « se puede discutir », pero con los que « hay » que convivir en un mismo partido, con los que « hay » que trabajar conjuntamente en la literatura y en la política. Pero con los vejistas se da el pico Antoni Volinski (3).

Los liberales destacan en primer plano que Tolstoi es « la gran conciencia ». ¿Acaso no es ésa una frase huera, que repiten en mil tonos « Nóvoe Vremia » (4) y demás órganos de prensa semejantes? ¿Acaso no es eso eludir las cuestiones *concretas* de la democracia y el socialismo *planteadas* por Tolstoi? ¿Acaso no pone eso en primer plano lo que expresa los prejuicios de Tolstoi, y no su razón; lo que en él pertenece al pasado, y no al futuro; su negación de la política y su prédica del autoperfeccionamiento moral, y no su violenta protesta contra toda dominación de clase?

Ha muerto Tolstoi, y se ha ido al pasado la Rusia anterior a la revolución, la Rusia cuya debilidad e impotencia se expresaron en la filosofía del genial artista y vemos reflejadas en sus obras. Pero en su herencia hay cosas que no pertenecen al pasado, sino al futuro. Esa herencia pasa a manos del proletariado de Rusia, que la hace suya. El explicará a las masas trabajadoras y explotadas la significación de la crítica que Tolstoi hizo del Estado, de la Iglesia, de la propiedad privada sobre la tierra; y no lo hará para que las masas se limiten a autoperfeccionarse y a suspirar por una vida santa, sino para que se alcen con el fin de asestar un nuevo golpe a la monarquía zarista y a la posesión de la tierra por los terratenientes, que en 1905 sólo fueron ligeramente quebrantadas y que deben ser destruídas. Explicará a las masas la crítica que Tolstoi hizo del capitalismo, pero no lo hará para que las masas se limiten a maldecir el capitalismo y el poder del dinero, sino para que aprendan a apoyarse, a cada paso de su vida y de su lucha, en las conquistas técnicas y sociales del capitalismo, para que aprendan a agruparse en un ejército único de millones de luchadores socialistas, que derrocarán el capitalismo y crearán una nueva sociedad sin miseria para el pueblo, sin explotación del hombre por el hombre.

Publicado el 16 (29) de noviembre de 1910 en el núm. 18 de „Sotsial-Demokrat".

Se publica según el texto de las Obras de V. I. Lenin, t. 16, págs. 293—297, 4a ed. en ruso.

(2) « Vejistas »: Colaboradores de « Veji » (« Jalones »), recopilación de trabajos de orientación demócrata-constitucionalistas aparecida en Moscú en la primavera de 1909; publicaba artículos de N. Berdiáev, S. Bulgákov, P. Struve, M. Guershenzón y otros representantes de la burguesía liberal contrarrevolucionaria. En los artículos acerca de los intelectuales rusos, los « vejistas » trataban de desacreditar las tradiciones democráticas revolucionarias de los mejores representantes del pueblo ruso, entre ellos a Belinski y Chernishevski; difamaban el movimiento revolucionario de 1905 y agradecían al gobierno zarista que « con sus bayonetas y cárceles » hubiese salvado a la burguesía « de la furia del pueblo ». La recopilación invitaba a los intelectuales a ponerse al servicio de la autocracia.

(3) Antoni Volinski: Arzobispo Metropolitano, reaccionario extremo.

(4) « Nóvoe Vremia » (« Tiempos Nuevos »): Diario que se publicó en Petersburgo desde 1868 hasta octubre de 1917. Al principio era una publicación liberal moderada, y a partir de 1876 pasó a ser órgano de los reaccionarios círculos de la aristocracia y los altos burócratas. El periódico no sólo luchaba contra el movimiento revolucionario, sino también contra el movimiento de la burguesía liberal; a partir de 1905 fue uno de los órganos de los cien-negristas. Lenin decía que « Nóvoe Vremia » era modelo de periódico venal.

LEON TOLSTOI Y EL MOVIMIENTO OBRERO CONTEMPORANEO

En casi todas las grandes ciudades de Rusia, los obreros rusos se han hecho ya eco de la muerte de León Tolstoi y han expresado, de uno u otro modo, su actitud hacia el escritor, a quien se deben obras literarias inapreciables, que le sitúan entre los más grandes escritores de todo el mundo; hacia el pensador que, con fuerza enorme, con firmeza y sinceridad, *planteó* toda una serie de cuestiones relacionadas con los rasgos fundamentales del régimen político y social de nuestros días. A grandes rasgos, esa actitud se ha expresado en el telegrama de los diputados obreros de la III Duma (5), publicado en la prensa.

Leon Tolstoi empezó su actividad literaria cuando existía el régimen de servidumbre, pero en una época en que dicho régimen estaba viviendo ya — era bien claro — sus últimos días. La actividad de Tolstoi corresponde principalmente a un período de la historia rusa comprendido entre dos puntos cruciales de la misma, entre 1861 y 1905. En el transcurso de este período, las huellas del régimen de servidumbre, sus supervivencias directas, penetraban de parte a parte toda la vida económica (particularmente en el campo) y política del país. Al mismo tiempo, ese período fue precisamente un período de desarrollo acelerado del capitalismo desde abajo y de implantación de él desde arriba.

¿En qué se manifestaban las supervivencias del régimen de servidumbre ? Sobre todo — y con la mayor claridad — en que en Rusia, país preferentemente agrícola, hallábase entonces la agricultura en manos de campesinos arruinados, sumidos en la pobreza, que explotaban de manera anticuada y primitiva las viejas parcelas de la servidumbre, recortadas en beneficio de los terratenientes en 1861. Pero, de otro lado, la agricultura se encontraba en manos de los terratenientes, que en la parte central de Rusia explotaban la tierra con el trabajo del campesino, con el primitivo arado del campesino, con el caballo del campesino, en pago por las « tierras recortadas », los prados, los abrevaderos, etc., etc.. En esencia, era aquello el viejo sistema feudal de economía. En aquel período, el régimen político de Rusia estaba también impregnado de feudalismo hasta la médula. Eso puede verse por la estructuración del Estado hasta los primeros intentos de transformarla en 1905, por la influencia decisiva de los aristócratas terratenientes en los asuntos del Estado y por la omnipotencia de los funcionarios, que también eran en su mayoría — sobre todo los altos funcionarios — aristócratas terratenientes.

Después de 1861, esta vieja Rusia patriarcal empezó a desmoronarse rápidamente bajo la influencia del capitalismo mundial. Los campesinos pasaban hambre, se iban extinguiendo, se arruinaban como nunca y huían a las ciudades, abandonando la tierra. Se tendían a un ritmo acelerado ferrocarriles y se construían fábricas, gracias al « barato trabajo » de los campesinos arruinados. En

---

(5) — Se refiere al telegrama enviado por los diputados socialdemócratas a la II Duma al amigo íntimo y discípulo de León Tolstoi, V. G. Chertkov, que se encontraba en Astápova. El telegrama decía: « La minoría socialdemócrata de la Duma de Estado, expresando los sentimientos del proletariado de Rusia y del mundo entero, llora la pérdida del genial artista, inconciliable e invicto luchador contra la Iglesia oficial, amigo de los perseguidos y enemigo de la arbitrariedad y la esclavitud, que levantó muy alto su voz contra la pena de muerte ».

Rusia se desarrollaban el gran capital financiero, el gran comercio y la gran industria.

Esta rápida, dura e intensa demolición de todos los viejos «pilares» de la vieja Rusia se reflejó en las obras del Tolstoi escritor y en las ideas del Tolstoi pensador.

Tolstoi conocía perfectamente la Rusia aldeana, la vida del terrateniente y del campesino. En sus obras pintó lienzos de esa vida que figuran entre las mejores creaciones de la literatura mundial. La intensa demolición de todos los «viejos pilares» de la Rusia aldeana agudizó su atención, profundizó su interés por lo que ocurría en torno suyo, le llevó a cambios radicales en su concepción del mundo. Por su origen y educación, Tolstoi pertenecía a la alta aristocracia terrateniente de Rusia. Rompió con todas las ideas habituales de ese medio y, en sus últimas obras, criticó apasionadamente todas las normas estatales, eclesiásticas, sociales y económicas de nuestros días, basadas en la esclavización de las masas, en su miseria, en la ruina de los campesinos y de los pequeños propietarios en general, en la violencia y la hipocresía, que impregnan hasta la médula toda la vida de nuestros días.

La crítica que hizo Tolstoi no era nueva. No dijo nada que no hubiera sido dicho mucho antes en la literatura europea y en la rusa por hombres que se hallaban al lado de los trabajadores. Pero lo específico de la crítica de Tolstoi y su importancia histórica consisten en que, con una fuerza propia tan sólo de los genios del arte, expresa los cambios radicales en la mentalidad de las más amplias masas populares de Rusia en el período mencionado, y precisamente de la Rusia aldeana, campesina. La crítica que Tolstoi hace del orden de cosas actual se diferencia de la crítica del mismo por los representantes del movimiento obrero contemporáneo porque Tolstoi mantiene el punto de vista del campesino patriarcal e ingenuo, porque Tolstoi trasplanta a su crítica, a su doctrina, la psicología de ese campesino. La crítica de Tolstoi es tan fuertemente sentida, tan apasionada, tan convincente, tan fresca, tan sincera, tan valiente en su afán de «llegar hasta la raíz», de encontrar la verdadera causa de las calamidades de las masas, porque refleja efectivamente los cambios radicales en la mentalidad de millones de campesinos que, recién liberados del régimen de servidumbre, vieron que su libertad suponía los nuevos horrores de la ruina, de la muerte por hambre, de una vida sin hogar entre los «hampones» de la ciudad, etc.. Tolstoi reflejó el estado de ánimo de esos campesinos con tanta fidelidad, que introdujo en su doctrina el candor, el alejamiento de la política, el misticismo, el deseo de apartarse del mundo, la «no resistencia al mal», las maldiciones impotentes al capitalismo y al «poder del dinero». La protesta de millones de campesinos y su desesperación: eso es lo que se fundió en la doctrina de Tolstoi.

Los representantes del movimiento obrero contemporáneo estiman que tienen contra qué protestar, pero que no tienen por qué desesperarse. La desesperación es propia de las clases que perecen; y la clase de los asalariados crece inevitablemente, se desarrolla y se fortalece en toda la sociedad capitalista, comprendida Rusia. La desesperación es propia de los que no comprenden las causas del mal, no ven salida, no son capaces de luchar. El proletariado industrial contemporáneo no es una clase de ésas.

Publicado con la firma de V. Ilín el 28 de noviembre de 1910 en el núm. 7 de «Nash Put».

Se publica según el texto de las Obras de V. I. Lenin, t. 16, págs. 300—302, 4a ed. en ruso.

LEON TOLSTOI Y SU EPOCA

La época a que pertenece León Tolstoi, y que se halla reflejada con gran realce en sus geniales obras literarias y en su doctrina, es la comprendida entre 1861 y 1905. Verdad es que la actividad literaria de Tolstoi empezó antes y terminó después de que empezara y terminase ese período, pero Tolstoi se formó definitivamente como escritor y como pensador precisamente en ese período, cuyo carácter transitorio engendró *todos* los rasgos distintivos de las obras de Tolstoi y del « tolstoísmo ».

Por boca de K. Levin, León Tolstoi expresó en « Ana Karenina » con extraordinaria claridad en qué consistió el cambio que se operó en la historia de Rusia en aquel medio siglo.

... « *Aquellas conversaciones sobre la cosecha, la contratación de obreros, etc., etc., que, como Levin sabía, se estimaban habitualmente algo muy bajo... ahora le parecían a él la única cuestión importante. « Quizá no tuviera importancia bajo el régimen de servidumbre, quizá no la tenga en Inglaterra. En ambos casos, las propias condiciones se han definido ya; pero en la Rusia de ahora, cuando todo se ha revuelto y sólo empieza a posarse, la cuestión de cómo van a cuajar esas condiciones es la única que tiene importancia », pensaba Levin* » *(Obras, t. X, pág. 137).*

« En la Rusia de ahora todo se ha revuelto y sólo empieza a posarse ». Es difícil concebir una característica más atinada del período de 1861—1905. Lo que « se ha revuelto » lo conoce bien o, por lo menos, tiene perfecta idea de ello cada ruso. Lo que « se ha revuelto » es el régimen de servidumbre y todo el « viejo orden de cosas » a él correspondiente. Lo que « empieza a posarse » es completamente desconocido, ajeno, incomprensible para las más amplias masas de la población. Para Tolstoi ese régimen burgués que « empieza a posarse » tomó las vagas formas de un espantajo: Inglaterra. Precisamente de un espantajo, pues Tolstoi rechaza de principio, por decirlo así, todo intento de esclarecer los rasgos fundamentales del régimen social de esa « Inglaterra », la ligazón de ese régimen con la dominación del capital, con el papel del dinero, con la aparición y el desarrollo del cambio. Como los populistas, no quiere ver, cierra los ojos, se vuelve de espaldas a la idea de que el régimen que « se está posando » en Rusia es, precisamente, el régimen burgués, y ningún otro.

Es cierto que, si bien no la « única importante », era cardinal desde el punto de vista de las tareas inmediatas de toda la actividad social y política en la Rusia del período de 1861—1905 (y también de nuestra época) la cuestión de « cómo se posaría » aquel régimen, el régimen burgués, que tomaba formas muy distintas en « Inglaterra », en Alemania, en América, en Francia, etc., etc.. Mas, para Tolstoi, este planteamiento claro y concreto de la cuestión, aplicado a un período histórico determinado, es algo completamente ajeno. Tolstoi razona abstractamente, admite sólo el punto de vista de los principios « eternos » de la moral, de las verdades eternas de la religión, sin comprender que ese punto de vista es únicamente un reflejo ideológico del viejo régimen (« revuelto »), del régimen de servidumbre, del régimen de vida de los pueblos orientales.

En « Lucerna » (obra escrita en 1857), León Tolstoi declara que el reconocer la « civilización » como un bien es « conocimiento imaginario », que « destruye » la necesidad instintiva, beatífica y primitiva de practicar el bien que siente la « na-

turaleza humana». «Tenemos un solo y exclusivo guía infalible — exclama Tolstoi —: el Espíritu Universal, presente en nosotros» (Obras, II, 125).

En «La esclavitud de nuestro tiempo» (obra escrita en 1900), Tolstoi, repitiendo con mayor celo su invocación del Espíritu Universal, declara que la economía política es una «ciencia falsa» porque toma como «modelo» a «la pequeña Inglaterra, que se encuentra en la situación más excepcional», en lugar de tomar como modelo «la situación de los hombres del mundo entero en todas las épocas históricas». Qué «mundo entero» es ése nos lo revela el artículo «El progreso y el significado de la instrucción» (1862). La concepción de los «historiadores» de que el progreso es una «ley general para la humanidad» la refuta Tolstoi haciendo referencia a «todo lo que se ha dado en llamar el Oriente» (IV, 162). «No existe una ley general de avance de la humanidad — declara Tolstoi —, y así nos lo demuestran los estáticos pueblos del Oriente».

El tolstoísmo, en su contenido histórico real, es precisamente la ideología del régimen oriental, del régimen asiático. De aquí el ascetismo, y eso de no oponerse por la violencia al mal, y las profundas notas de pesimismo, y el convencimiento de que «todo es nada, todo lo material es nada» («Sobre el sentido de la vida», pág. 52), y la fe en el «Espíritu», «principio de todo», principio en relación al cual el hombre es tan sólo un «trabajador» «aplicado a la obra de salvar su alma», etc., etc.. Tolstoi es fiel a esta ideología en «La sonata a Kreutzer», cuando dice que «la emancipación de la mujer no está ni en los cursillos ni en los parlamentos, sino en el dormitorio», y en su artículo escrito en 1862, donde declara que las universidades únicamente preparan «liberales exasperados y enfermos», que «no hacen ninguna falta al pueblo» y que «están neciamente divorciados de su medio anterior», «no encuentran un lugar en la vida», etc., etc.. (IV, 136—137).

El pesimismo, la no resistencia y la invocación del «Espíritu» constituyen una ideología que surge inevitablemente en una época en que todo el viejo régimen «se ha revuelto» y en que la masa educada en ese viejo régimen, y que ha mamado del seno materno todos los principios, costumbres, tradiciones y creencias de ese régimen, no ve ni puede ver *cómo* es el nuevo régimen que «se va posando», qué fuerzas sociales lo hacen «posarse» y cómo lo hacen, qué fuerzas sociales *pueden* traer la liberación de las innumerables y extraordinariamente graves calamidades, propias de las épocas de «demolición».

El período de 1862—1904 fue en Rusia precisamente un período de demolición, en el que lo viejo se hundía irrevocablemente a la vista de todos y lo nuevo sólo empezaba a posarse, con la particularidad de que las fuerzas sociales que lo hacían posarse no habían demostrado hasta 1905 su valer en amplia escala nacional, en una acción abierta de masas en los más distintos palenques. Y a los acontecimientos de 1905 en Rusia siguieron acontecimientos análogos en muchos Estados de aquel mismo «Oriente» a cuyo «estatismo» se refiriera Tolstoi en 1862. El año de 1905 fue el comienzo del fin del estatismo «oriental». Precisamente por ello, ese año trajo consigo el fin histórico del tolstoísmo, el fin de toda aquella época que podía y debía engendrar la doctrina de Tolstoi, no como algo individual, no como un capricho o una extravagancia, sino como ideología derivada de las condiciones de vida en las que se encontraron, efectivamente, millones y millones de seres en el transcurso de determinado período.

La doctrina de Tolstoi es, sin duda alguna, utópica y, por su contendido, reaccionaria en el más preciso y profundo sentido de la palabra. Pero de ahí no

se desprende en absoluto ni el que esta doctrina no sea socialista ni el que en ella no haya elementos críticos, que puedan proporcionar un material valioso para instruir a las clases avanzadas.

Hay socialismo y socialismo. En todos los países en los que existe el modo de producción capitalista hay un socialismo que expresa la ideología de la clase que ha de sustituir a la burguesía y hay un socialismo que corresponde a la ideología de las clases que han de ser sustituídas por la burguesía. El socialismo feudal, por ejemplo, entra en la segunda categoría, y *su* carácter, lo mismo que el de otras variedades del socialismo, lo especificó Marx hace más de sesenta años (6).

Prosigamos. En la doctrina utópica de Tolstoi hay elementos críticos, como los hay en muchos sistemas utópicos. Pero no hay que olvidar la profunda observación de Marx de que la importancia de los elementos críticos en el socialismo utópico « está en razón inversa al desarrollo histórico ». En la medida en que se desarrolla y va tomando un carácter más concreto la actividad de las fuerzas sociales que hacen « posarse » la nueva Rusia y traen la liberación de las calamidades sociales de nuestros días, mayor es la rapidez con que el socialismo utópico-crítico « pierde todo valor práctico, toda justificación teórica ».

Hace cinco lustros, los elementos críticos de la teoría de Tolstoi podían, a veces, ser de utilidad práctica para ciertas capas de la población, *a pesar* de los rasgos reaccionarios y utópicos del tolstoísmo. En el transcurso, digamos, del último decenio, eso no ha podido ocurrir, porque el desarrollo histórico ha avanzado bastante desde la década del 80 hasta el fin del siglo pasado. Y en nuestros días, *después* de que muchos de los acontecimientos arriba señalados han puesto fin al estatismo « oriental »; en nuestros días, cuando las ideas conscientemente reaccionarias de los « vejistas » — reaccionarias en un sentido estrecho de clase, en un sentido egoísta de clase — han adquirido tan enorme difusión entre la burguesía liberal y han contaminado incluso a una parte de los cuasi marxistas, creando la tendencia « liquidadora » (7); en nuestros días, todo intento de idealizar la doctrina de Tolstoi, de justificar o suavizar su « no resistencia », su invocación del « Espíritu », sus exhortaciones al « autoperfeccionamiento moral », sus teorías de la « conciencia » y el « amor » universal, su prédica del ascetismo y el quietismo, etc., etc., causan el daño más directo y profundo.

Publicado con la firma de V. Ilín el 22 de enero de 1911 en el núm. 6 de « Zviezdá ».

Se publica según el texto de las Obras de V. I. Lenin, t. 17, págs. 29-33, 4a ed. en ruso.

(6) — Aquí y más adelante Lenin tiene presente y cita el « Manifiesto del Partido Comunista » (véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. I, págs. 41—43 y 50, ed. en español, Moscú, 1951)

(7) — « Liquidacionismo »: Corriente reinante en el seno del menchevismo en el período de la reacción, después de la derrota de la revolución de 1905—1907. Los representantes de esta tendencia exigían liquidar el partido clandestino revolucionario del proletariado y crear en su lugar un partido oportunista que actuase legalmente en las condiciones del régimen zarista.

DISCUSION

● España y Europa

Máximo ARRIETA

Máximo Arrieta

ESPAÑA Y EUROPA

I

En la sección de discusión del número 8 de «Nuestras Ideas» se publicó un breve ensayo de A. J. sobre el tema «España y Europa», cuya tesis, muy esquemáticamente sintetizada, podría resumirse así:

A lo largo del siglo XIX, Europa es para los intelectuales españoles símbolo de progreso y de libertad. La división de la intelectualidad en europeísta y antieuropeísta reflejaba, en última instancia, su postura progresista o reaccionaria ante los problemas de España. Pero en el siglo XX Europa cambia de contenido; se «españoliza», en el sentido peyorativo del vocablo, es decir, inicia el camino de la decadencia en el que España fue precursora. Esta mutación en la esencia de Europa explica que los herederos espirituales de los antieuropeístas de antaño se hayan convertido en los fervientes europeístas de hogaño. Los intelectuales avanzados no deben caer en la trampa; deben volver la espalda a esa Europa degradada y dirigir su mirada a los pueblos de América, Asia y Africa que luchan por su libertad. Hay que «africanizarse», como decía Unamuno; hay que cesar en la imitación de Europa y «ser creadores», como predicaba Ganivet.

Con lo esencial de esa tesis — la denuncia del significado reaccionario de las actuales corrientes europeístas, tan de moda hoy en no pocos intelectuales que se consideran avanzados — estamos de completo acuerdo. En esa idea central consiste, a nuestro juicio, el mayor interés y actualidad del trabajo del brillante escritor que se oculta tras las iniciales A. J., así como el acierto de «Nuestras Ideas» por haberlo publicado. Al mismo tiempo, nos parece acertado que fuera incluido precisamente en la tribuna de discusión de la revista, porque, en efecto, el estudio de A. J. ofrece abundante «materia discutible». Difícilmente podía resultar de otro modo tratándose de un tema tan complejo y, además, tan mistificado, en particular desde 1917, cuando la crisis de Europa se hizo evidente para todo espíritu un poco sagaz.

El mensaje «antieuropeísta» que nos legan Unamuno y Ganivet ¿representa una clarificación, un progreso, en el pensamiento de la época, que podamos tomar hoy como hito importante para nuestro combate ideológico y político contra las actuales corrientes europeístas, según piensa A. J.? ¿O es, por el contrario, un elemento más de confusión y tiene, en el fondo, un sentido reaccionario?

Análogo problema se nos presenta a la hora de interpretar el llamamiento de Ganivet a «ser creadores», a cesar en la imitación de lo de fuera y buscar la «originalidad nacional».

Y en relación con la conclusión — volver la espalda a la «Europa degradada» y dirigir la mirada a los pueblos de Asia, Africa y América — ¿quiere decir que Europa nada puede enseñarnos?

Estas y otras interrogantes nos plantea el interesante trabajo de A. J. Por otra parte, en él no se entra en el análisis del europeísmo orteguiano, ni en el de las actuales corrientes europeístas, necesario para esclarecer suficientemente el problema de «España y Europa».

* * *

Con razón observa A. J. que la imagen de Europa reflejada en las obras de nuestros principales intelectuales decimonónicos — liberales o reaccionarios — aparece extrañamente mutilada, incompleta. Identificaban a Europa con la Revolución francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre, cuando en realidad ésta era una de sus caras; la otra era la Europa de la Santa Alianza. Y los españoles habíamos recibido pruebas muy tangibles de la duplicidad europea.

De acuerdo, en general, con la observación, aunque tal vez un examen más detallado obligaría a introducir matizaciones importantes, nos parece, sin embargo, que la mutilación más significativa, de más importancia actual, que se advierte en los intelectuales españoles de las últimas décadas del siglo, particularmente en los de la llamada «generación del 98» (1), no es ésa. Si en la primera mitad del XIX la Revolución francesa y la Santa Alianza, la ideología progresista de la burguesía y la ideología reaccionaria del feudalismo, simbolizan el anverso y el reverso de Europa, a partir de las revoluciones del 48 (en realidad, desde la revolución de julio) y, sobre todo, después de la Comuna, el dualismo es otro. En Europa ha entrado en escena una nueva clase que inscribe en su programa la revolución más profunda y decisiva de cuantas ha conocido la historia de la humanidad; una clase cuya irrupción en la vida política y social va acompañada de innovaciones revolucionarias en la filosofía, la economía política y la historia; en los fundamentos mismos de la ciencia. El fantasma que ya en 1848 quitaba el sueño al papa y al zar, a los radicales franceses y a los polizontes alemanes, se había corporeizado en potentes partidos socialistas de masas, y destacados intelectuales europeos abrazaban el marxismo; otros consideraban imprescindible su conocimiento, aunque sólo fuera para combatirlo. La Europa burguesa y la Europa proletaria, la ideología burguesa y la ideología proletaria, pasan a ser las dos caras esenciales de Europa. Las demás diferencias se integran en esta antinomia principal. Las supervivencias del medioevalismo en la política y la ideología, tan importantes en muchos casos, son reabsorbidas, adaptadas, integradas, por el sistema político y el pensamiento de la burguesía, que ve en aquellos vestigios del pasado instrumentos aprovechables para la lucha contra su enemigo fundamental.

(1) — Es obvio decir que no utilizamos esta expresión en el sentido metodológico que le da la interpretación generacional de la Historia, sino como una forma fácil de entenderse para designar al grupo de intelectuales que al finalizar el siglo reacciona de manera análoga, en aspectos fundamentales, ante los problemas ideológicos y políticos que plantea la especial situación de España en ese momento, aunque más adelante sus posiciones diverjan. En el importante estudio que ha consagrado Laín a la generación del 98, incluye en ella a Unamuno, Ganivet, Azorín, Valle Inclán, Baroja, los dos Machado, Maeztu y Benavente, excluyendo a Ortega. Nos parece que esta exclusión es acertada, no por razones de edad, sino porque en el enfoque de Ortega hay diferencias importantes con el del grupo mencionado.

Esta nueva y capital faceta de Europa, de su mapa social, político y filosófico, apenas encuentra expresión — por lo menos expresión directa, explícita — en la obra de los intelectuales del 98. ¿Cómo explicarse este sorprendente fenómeno? ¿Cómo comprender la refractaria actitud ante el marxismo de nuestros intelectuales fin-de-siglo, que les privaba de un instrumento insustituible para desentrañar el complejo «problema de España»? ¿Puede explicarse, tal vez, por el mismo retardo de España en relación con Europa?

Sin embargo, en el otro extremo de Europa, en un país también retrasado, como era Rusia, con problemas fundamentales muy semejantes a los de España — supervivencia del feudalismo en importantes zonas de la economía, la política y la ideología — el marxismo suscita vivo interés en destacados intelectuales de extracción burguesa y portavoces de los intereses burgueses. Struve, Tugán-Baranovsky, Berdiáev y otros llegan a formar una verdadera corriente (el llamado «marxismo legal», porque su expresión publicística era tolerada hasta cierto punto por el zarismo) que utiliza el marxismo para combatir la utopía populista del desarrollo «original» ruso a partir de la comuna campesina, evitando la etapa capitalista. Otros intelectuales de gran nivel filosófico y literario — basta recordar los nombres de Plejánov, Lenin, Gorki, Lunacharski, etc. — no sólo desentrañan con el marxismo el mecanismo del desarrollo capitalista de Rusia, la dirección inevitable de este desarrollo, sino que descubren el papel histórico que está reservado al proletariado y a los campesinos rusos como únicas fuerzas sociales capaces de sacar al país de su atraso secular y ponerlo al nivel europeo. Dicho con más rigor: como las únicas fuerzas capaces de llevar hasta el fin la revolución democrático-burguesa pendiente y pasar después a la revolución socialista.

Es posible que alguno de los «nietos» del 98 encuentre fácil y rápida respuesta a tan diferente actitud en una supuesta irreductibilidad del «espíritu español» al marxismo (aunque nuestra presente realidad nacional hace difícil la explicación; pero si queremos abordar el problema con un poco de rigor será obligado cotejar la situación político-social de ambos países al finalizar el siglo y en seguida veremos que, pese a los esenciales rasgos comunes antes indicados, presentaba también importantes notas diferenciales.

La opresión social y política en la Rusia de las últimas décadas del XIX revestía formas más bárbaras e insoportables que en la España del mismo período. La servidumbre feudal — más dura en Rusia que en el Occidente de Europa — sólo es abolida jurídicamente en 1861, despojando al mismo tiempo a los campesinos de gran parte de las mejores tierras. Con ello el desarrollo capitalista recibió un importante impulso, el peso específico de la burguesía en la economía se acrecentó, pero el feroz absolutismo zarista seguía cerrándole las puertas del poder político. En virtud de ello, las contradicciones entre las nuevas fuerzas productivas y la superestructura política llegaron a una tensión extrema. Rusia marchaba a todas luces hacia un estallido revolucionario, como auguró Marx en los últimos años de su vida. Esta situación empujaba a los intelectuales burgueses al radicalismo político y, de ahí, a la ávida búsqueda de lo más revolucionario que Europa pudiera ofrecerles en el terreno ideológico y teórico: el materialismo y ateísmo de los enciclopedistas, el jacobinismo político de la gran revolución, la dialéctica hegeliana y, sobre todo, como última palabra de las creaciones revolucionarias europeas, el marxismo. El estudio de «El Capital» y de otras obras fundamentales del marxismo, ignoradas por los intelectuales españoles de la misma época, salvo raras excepciones (2), era cosa corriente en los círculos avanzados de la juventud universitaria rusa de los últimos años del XIX.

Muy distinta era la situación en España. Las sucesivas revoluciones burguesas del siglo no habían conseguido acabar radicalmente con las estructuras económicas y políticas del feudalismo, pero éstas resultaron seriamente quebrantadas. No sólo se aceleró el desarrollo capitalista en la economía, particularmente después de las desamortizaciones, sino que el régimen político se adaptó en parte a las exigencias burguesas, ya en el período 1833—68. Derrotada la primera República, último intento del siglo XIX por llevar hasta el fin la revolución burguesa, la Restauración amplió y consolidó el compromiso iniciado en el período anterior entre la aristocracia terrateniente y la burguesía, abrió a ésta ciertas posibilidades políticas en el marco del sistema parlamentario y llegó, incluso, a establecer el sufragio universal. Se trataba de un sistema viciado y corrompido, de una farsa «democrática», y los problemas esenciales seguían en pie, pero aparentemente se ofrecía un cauce legal, parlamentario y liberal a su planteamiento y solución. Por otra parte, las fuerzas populares revolucionarias habían quedado postradas después de la derrota y, al término de tantos pronunciamientos, guerras civiles y revoluciones, un anhelo general de paz civil flotaba en el ambiente. En resumen, mientras que Rusia vivía un período prerrevolucionario, que desembocó en la gran revolución de 1905, España vivía un período posrevolucionario, de depresión; hasta los primeros años del XX no se inició un nuevo auge que culminaría en la crisis revolucionaria de 1917—20.

Los grupos fundamentales de la burguesía, que han visto de cerca el peligro proletario en el 73, abandonan definitivamente la vía revolucionaria, intentada una y otra vez — con más o menos decisión, ése es otro asunto — a lo largo del siglo, y se instalan en la farsa parlamentaria y liberal de la Restauración, tratando de extraer de ella el mayor partido posible. Pero como de todas maneras ese sistema político es un evidente freno para el desarrollo capitalista del país, hay que luchar contra él. No se trata ya de destruirlo, sino de perfeccionarlo; de hacerlo cada vez más burgués. Pero excluyendo toda acción revolucionaria, toda intervención de las masas y, en particular, del proletariado revolucionario.

Si la obra literaria de la generación del 98 ha tenido tanta importancia en el pensamiento español del siglo XX es porque, además de su alto valor artístico, ha sido, en cierto modo, el reflejo ideológico de ese difícil problema de la burguesía. En primer lugar, dando una apariencia de justificación histórica, filosófica, psicológica, al abandono de las soluciones y métodos revolucionarios; en segundo lugar, porque ha tratado de fundamentar, aunque sea en formas nebulosas y ensoñadoras, la posiblidad de esa «nueva vía», llamada a «superar» las disyun-

(2) — En «El Socialista» del 1 de mayo de 1899 se publicó un artículo de Maeztu que ilustra lo dicho. Maeztu tenía entonces 25 años y era la «extrema izquierda» del grupo del 98. Diez y siete años después Maeztu sufre la crisis mística que le lleva a la extrema derecha. Desde entonces, el sugestivo artículo del 99 es sistemáticamente excluído de todas las recopilaciones de la obra de Maeztu. De él son los siguientes párrafos:

«No son muchos los literatos españoles que leen a Carlos Marx. Obran con poco seso. Las páginas de «El Capital» son fatigosas, ásperas; para que el pensamiento acompañe a los ojos se necesita violentar la atención; el escritor cuya sensibilidad estética no esté contrabalanceada por una gran potencia de comprensión, arrojará el libro a las pocas páginas. Con este acto dará la medida de su capacidad. El artista que no pase por aquellas páginas puede prometerse desde luego escasa transcendencia a su labor, le faltará punto de apoyo, malgastará sus energías en distintas direcciones sin adelantar camino y se verá obligado a sostener en fuerza de reclamos y de posturas caprichosas un renombre artificial destinado a ser barrido por la brisa más tenue.

Por el contrario, el artista que discipline su espíritu sometiéndole a la atención intensa que Marx requiere, acaso no acepte la suma total de conclusiones marxistas, acaso sienta pervivir el egoísta instinto individualista sobre el reconocimiento colectivo, pero de cierto que al término del estudio del marxismo se siente en pie, sobre roca firme, más audaz, más seguro de su pensamiento y de sí mismo».

En otro lugar del artículo dice Maeztu que sólo Pí y Margall, Unamuno y Clarín conocían algo de Marx. Algunos años después, empujados por el auge del movimiento obrero que precedió a la crisis revolucionaria de 1917—20, un reducido grupo de intelectuales llegaría por fin al marxismo, pero a un marxismo previamente vaciado por el revisionismo alemán y francés de su esencia revolucionaria.

tivas del XIX, que la burguesía necesitaba seguir. Tarea intelectual que era más fácil abordar en el campo de la invención literaria o del ensayo filosofante o historizante, que en el del análisis económico o en el de la política concreta. En estos terrenos era cada vez más difícil esquivar las terribles contradicciones de la realidad.

No queremos decir, naturalmente, que el grupo del 98 emprendiera su aventura intelectual consciente de responder a una necesidad de la burguesía. Se limitaba a expresar en imágenes literarias y en conceptos más o menos filosóficos, ideas que flotaban en el ambiente y que tenían su raíz en la realidad económica y política del país: el desarrollo del capitalismo en simbiosis con los restos del feudalismo económico; el compromiso político entre burguesía y aristocracia feudal; la tendencia a la conciliación, a la síntesis, derivada de esas «conciliaciones» económicas y políticas entre las ideas de matriz feudal y las de matriz burguesa. Transmutadas en creación artística, esas tendencias eran devueltas al lector burgués y pequeño burgués en la novela, la comedia, el poema y el ensayo.

Se comprende que para justificar el abandono de la vía revolucionaria, para justificar la conciliación, para esquivar las contradicciones esenciales de la sociedad española, el marxismo ofreciera poco atractivo a los intelectuales españoles de fin de siglo. En cambio, es explicable que se sintieran fuertemente atraídos por la ideología de una burguesía europea que había dejado de ser revolucionaria antes que la española; que estaba de vuelta de sus pecados de juventud — ateístas, materialistas y racionalistas —; de una burguesía a la que ya no interesaba la previsión científica del desarrollo histórico porque éste la condenaba como clase; de una burguesía que empezaba a poner en duda la ciencia y el progreso. El romanticismo en sus aspectos más negativos, particularmente en su idealización de la Edad Media; el existencialismo de Kierkegaard o Dostoievski; la prédica tolstoiana de la no violencia; el irracionalismo alemán, muy principalmente (3), venían como anillo al dedo para el ángulo visual, condicionado por la realidad social y política de su tiempo desde el que los escritores del 98 enfocaron los problemas de España. Con el espíritu europeo de fin de siglo dieron la batida al espíritu europeo de comienzos del siglo, al ideal jacobino de la Revolución, que había alentado a lo más avanzado y consistente del progresismo español (4) desde las Cortes de Cádiz. Al mismo tiempo, ese espíritu europeo de fin de siglo era todavía lo suficientemente liberal para hacer desde él la crítica de las supervivencias más anacrónicas del medioevalismo, sobre todo en el terreno de la cultura y las ideas. Desde el existencialismo de Kierkegaard, por ejemplo, se podía fácilmente atacar, como hizo Unamuno, el ortodoxo y cerril catolicismo de la Iglesia oficial.

Con ese enfoque político e ideológico aborda el grupo del 98 la revisión crítica del siglo transcurrido, de la historia de España en general, y de las perspectivas futuras.

Si a lo largo de setenta y cinco años el problema se ha planteado estérilmente en términos de disyuntiva radical, de lucha irreconciliable entre tradición y modernidad, entre tradicionalismo y progresismo ¿no estará la solución en una síntesis superadora?; así planteaban en esencia el problema los del 98 y siguen

(3) — Azorín lo dice en su ensayo «Madrid»: «España necesitaba entonces comunicación estrecha con Europa. Nosotros veíamos entonces representada a Europa principalmente por Federico Nietzsche». Pedro Salinas, uno de los biógrafos de la «generación del 98» considera también que Nietzsche es el «guía ideológico» de la «generación».

(4) — Aquí, como en todo el trabajo, utilizamos el concepto de «progresismo» no para indicar a un grupo político particular sino en un sentido genérico, designando a las corrientes ideológicas y políticas del XIX que se proponían la transformación de la sociedad española en un sentido democrático burgués.

planteándolo sus «nietos» (Ver Laín: «España como problema»). Si después de tantos intentos por querer trasplantar a España las ideas europeas, las formas políticas europeas, no se ha logrado nada fecundo, ¿no será que esas ideas, esas formas, son incompatibles con el modo específico de «ser español», con el «alma nacional» (como los héroes de Tolstói pensaban en relación con el «alma nacional» rusa), con nuestro «individualismo extremoso»? No es un azar la indagación del «espíritu español» por Ganivet, de la «casta íntima y eterna» por Unamuno; la existencia de análogas inquietudes en los demás componentes de la «generación del 98». La exageración del «mimetismo europeísta» en los progresistas del XIX es uno de los tópicos más manidos para combatir al progresismo en general y, en particular, a las ideas democrático-burguesas de la Revolución francesa; la supuesta incompatibilidad de la vía capitalista europea con el «espíritu español» se traduce en todos los de la «generación» por un desdén, más o menos visible, por el progreso material y técnico, por la fábrica y el maquinismo.

Otro rasgo común es su desdén por la política, pese a algunos escarceos en ese campo. Si la intensa acción política, que había sido la nota dominante del siglo, no fructificó en resultados prácticos, ¿no sería que la acción política, «los políticos», no sirven para nada en España y no hay que confiar en ellos? Que por lo menos el pueblo pensara así era muy conveniente para las clases dominantes. Como se ve, el pensamiento de la «generación» coincide en este terreno con la prédica anarquista. (La novela de Baroja es, tal vez, la más lograda expresión literaria de esta confluencia). La realidad cotidiana de la Restauración ofrecía una fundamentación aparente a ese apoliticismo y escepticismo. De la repugnancia que cada vez más sentía el país por **aquella** política, por **aquella** democracia, por **aquel** sufragio universal, era fácil pasar al repudio de **la** democracia, **el** sufragio universal, etc. Con el agua sucia se arrojaba también a la criatura.

Un rasgo común, explícito o implícito, en los intelectuales del 98, es su desdén por el pueblo, en particular por los obreros, como fuerzas sociales capaces de creación histórica. En algunas personalidades de la anterior generación intelectual, formadas en el período prerrevolucionario generador de la primera República, aun se encuentra en mayor o menor grado la fe en el pueblo; es el caso de Galdós. En algunos incluso, como Pi y Margall, hay cierta comprensión del proletariado. Costa ve una fuerza en los campesinos y trata de organizarlos. Entre los educacionistas que siguen la senda abierta por Sanz del Río, los hay que sienten la preocupación por la instrucción del pueblo, aunque la característica principal de Giner de los Ríos y su equipo de la Institución Libre de la Enseñanza es la orientación exclusivista a la preparación de minorías escogidas, capaces de ir realizando gradualmente, sin más revoluciones ni intervenciones de las masas, la transformación burguesa del sistema político y cultural. En la generación del 98 la incomprensión hacia las fuerzas populares adquiere perfiles aún más acusados. No ven en el proletariado industrial y agrícola más que extremismo: una fuerza elemental, destructiva. En el fondo le temen. En cambio, el menosprecio del campesino aparece con frecuencia revestido de una idealización medioeval. Hacia las formas políticas que toma en aquel tiempo la intervención de las masas en la vida social y política no hay más que aristocrático desprecio. En una conferencia dada por Baroja, años después, en La Sorbona, dice, refiriéndose a los últimos años del XIX:

«El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja en matriz estéril; el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta la inteli-

gencia; el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vasco, por su egoísmo y mezquindad no tenían atractivo más que para gente un poco baja. Un hombre un poco digno no podía ser en este tiempo más que un solitario» (5).

En la revolución de septiembre Azorín sólo veía «el símbolo de toda una época de trivialidad, de chabacanería, en la historia de España» (6).

Estas críticas se apoyaban en debilidades reales, pero sin ver la fuerza potencial transformadora — la única existente en España — que tras esas debilidades se ocultaba y maduraba; no era la crítica desde una perspectiva revolucionaria, ni siquiera progresista burguesa, sino desde el ángulo de la claudicación burguesa, justificada con un esteticismo de torre de marfil.

La justificación ideológica y literaria del abandono de la línea progresista-europeísta del XIX es el lado «fuerte» de la generación del 98. El intento de ofrecer una nueva perspectiva es mucho más vago e inconsistente y no es difícil comprender el por qué. Sin una visión más o menos científica del desarrollo económico y social de España; descartados el proletariado y los campesinos de la empresa regeneradora; estando a la vista la incapacidad de las clases dirigentes, su corrupción, su cerrilismo, su incultura ¿en qué confiar? Corolario inevitable de ese desolador panorama era el pesimismo característico del grupo. Reflejaba, intuitivamente, la tragedia de la burguesía española. Cuando era débil quiso ir lejos y no pudo; cuando ya era más fuerte, renunciaba a ir todo lo lejos que podía ir por miedo al proletariado.

El examen más detenido de las posiciones de Unamuno y Ganivet confirma, a nuestro parecer, la tesis que muy resumidamente hemos desarrollado.

Pero antes de entrar en ello desearíamos dejar apuntado otro factor que puede contribuir a explicar, si bien en un plano subalterno, la refractariedad al marxismo en nuestros intelectuales de fin de siglo. Mientras que en Rusia la generación de Plejánov y la de Lenin, heredaron un rico pensamiento filosófico ruso, que desde Belinski y Herzen hasta Dobroliubov y Chernishevski, había asimilado de manera original y profunda las conquistas principales de la filosofía europea más avanzada, de la dialéctica hegeliana y del materialismo feuerbachiano, así como de la economía política inglesa y del socialismo francés, llegando, en el caso de Chernishevski, muy cerca del materialismo dialéctico; herencia que preparó el terreno a la recepción del marxismo, en el caso de España no hay nada de esta envergadura.

* * *

Después de señalar el europeísmo de Unamuno con citas de sus primeros ensayos, A. J. atribuye la rectificación posterior del filósofo a que descubre el rostro reaccionario, brutal, de Europa. «Cuando Unamuno escribe: «¿Por qué no hemos de decir «Hay que africanizarse a la antigua» o «hay que anticuarse a la africana»?» y habla de «españolizar a Europa» no modifica en lo profundo — opina

(5) — *Citado por Laín en «España como problema». T. II, pág. 159.*

(6) — *Esta y otras opiniones parecidas las expresa Azorín a través de uno de los personajes de su novela «La voluntad».*

A. J. — su punto de vista anterior, ni adopta una posición reaccionaria como algunos pudieran creerlo. Es su imagen de Europa la que ha evolucionado entre tanto y no se identifica ya, como antes, al espíritu de libertad y progreso».

No encontramos en la obra de Unamuno la confirmación de esta tesis de A. J. Durante un brevísimo período de su juventud Unamuno es ganado hasta cierto punto, como los demás de la generación del 98, por el entusiasmo regeneracionista de Costa. El sano europeísmo progresista de éste se traduce en un programa muy español, muy actual todavía en puntos capitales: reforma agraria, obras hidráulicas, escuela, democratización de la vida pública, liquidación del caciquismo y de la corrupción, etc. La gran debilidad de Costa es no ver que ese Programa exige, como primer paso, la destrucción del poder político de la aristocracia terrateniente y de la oligarquía financiera, y que este primer paso sólo podía darlo la lucha revolucionaria del pueblo. (Parece que al final de su vida Costa empieza a comprenderlo). Pero el carácter progresivo de ese programa europeísta y español, es evidente. Unamuno se deja influir un momento por él, pero con reservas que presagian ya su evolución posterior.

Es el momento en que Unamuno aún conserva la fe en el progreso material y en la ciencia, cuando todavía exalta el espíritu del Renacimiento y ve en los siglos XVI y XVII el arranque de la decadencia nacional. En ese momento Unamuno piensa que «El ambiente del Renacimiento levantó a Fray Luis de León a la verdadera doctrina liberadora, ahogada por el oleaje inquisitorial de concentración y aislamiento» (7); ve en el 2 de mayo la fecha simbólica de nuestra regeneración, y no sólo desde el ángulo de la lucha por la independencia, sino porque en esa explosión popular comienzan a penetrar en el pueblo y a asimilar éste las ideas renovadoras, el espíritu de la Revolución (8). Y en ese momento Unamuno llega hasta decir: «Borrada la funesta propiedad capitalista actual, convertida la agricultura en vasta explotación industrial, en libre aprovechamiento, aliviado el labrador por la máquina que le permite mirar más al cielo que une que a la tierra que separa ... el hombre amará a la tierra que ha hecho, y este amor servirá de núcleo a la fraternidad universal ... entonces se vivificará el sentimiento patriótico por la fusión de dos factores: el que arranca del comunismo primitivo y el que tiende al final comunismo universal» (9).

Pero este optimismo expresado en ropaje de Renacimiento, de Revolución, de Progreso industrial, de Comunismo cristiano, pronto abandonará a Unamuno. En 1912 la obra de su madurez filosófica, «Del sentimiento trágico de la vida», nos presenta un Unamuno muy distinto. Ahora niega la decadencia, se refiere encomiásticamente a «nuestro gran Felipe» (10) dice que «España ... ha sido la gran calumniada de la Historia, precisamente por haber acaudillado la Contrarreforma» y la emprende con el espíritu del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, que han servido para «descatolizar a España» «sustituyendo aquel ideal de una vida eterna ultraterrena por el ideal del progreso, de la razón, de la ciencia»; un ideal que «... en la segunda mitad del pasado siglo XIX, época infilosófica y tecnicista, dominada por el especialismo miope y por el materialismo histórico, ... se tradujo en una obra no ya de vulgarización sino de avulgaramiento científico — o más bien seudocientífico — que se desahogaba en democráticas bibliotecas baratas y sectarias». Perlas del mismo espíritu abundan en esta y otras obras de Unamuno.

---

(7) y (8) — «En torno al casticismo».
(9) — «La crisis del patriotismo».
(10) — Esta y las citas que siguen son de «Del sentimiento trágico de la vida».

No hace falta mucha sagacidad para ver que estamos ante una reacción apasionada contra el racionalismo idealista y el positivismo, pero no para avanzar hacia una explicación más científica del mundo (nótese, su explícita alusión peyorativa al «materialismo histórico») sino para refugiarse en la filosofía de la burguesía que ya duda de sí misma y necesita desesperadamente agarrarse a la fe como último asidero.

Para el Unamuno de 1912 el verdadero problema del hombre ya no es liberarse de la «funesta propiedad capitalista» ni aliviar el trabajo con la máquina; el verdadero problema es el del «alma», el de su «salvación», el de «dar finalidad final a la vida». «Progresar ¿para qué?», dice nuestro filósofo; «Corre entre las gentes de nuestro pueblo una respuesta admirable a la pregunta de «¿qué tal?» o «¿cómo va?», y es aquélla que responde: «¡se vive ...!». Y de hecho es así: se vive, vivimos tanto como los demás. ¿Y qué más puede pedirse?».

El irracional postulado sobre el que descansa toda la metafísica de Unamuno — «En las profundidades de nuestro propio cuerpo, en los animales, en las plantas, en las rocas, en todo lo vivo, en el Universo todo, hemos de creer con fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que hay un espíritu que lucha por conocerse, por cobrar conciencia de sí, por serse — pues serse es conocerse — por ser espíritu puro, y como sólo puede lograrlo mediante el cuerpo, mediante la materia, la crea, y de ella se sirve, a la vez que de ella queda preso ...» — lo traslada el filósofo a su concepción de la vida de los pueblos, que disocia en **historia e intrahistoria.** La primera es la superficie, los hechos aparentes; la segunda es la expresión del «espíritu» que existe en las profundidades de la colectividad humana; de la «casta íntima y eterna» que debemos buscar en la masa informe del pueblo, mientras menos contaminada esté por la civilización mejor. Por eso en España Unamuno la sitúa originariamente en la Castilla medioeval, y la busca hoy en los labriegos de las comarcas más «vírgenes» (y, por tanto, más atrasadas) de la geografía peninsular. La llamada de Unamuno a «africanizarse» encuentra su sentido en esta vuelta a la «casta íntima» que éramos los españoles antes de ser contaminados por la civilización moderna.

El existencialismo cristiano de Unamuno abstrae al hombre de su concreta condición social e histórica y lo sublima en mitos inoperantes como el del «hombre quijotizado», prototipo espiritual para los españoles. Estamos ante la evasión de los problemas reales, concretos, del hombre español, socialmente diferenciado en clases y categorías, en terratenientes y campesinos, en burgueses y proletarios, en una minoría instruida y una mayoría analfabeta; ante la evasión de los problemas que este español real y concreto tiene que resolver.

Es verdad que Unamuno propone un «programa de acción» a ese «español quijotizado»: la protesta espontánea, sin reflexión ni objetivo, allí donde tropiece con la injusticia, la mentira, la doblez; y, sobre todo, la conquista espiritual del mundo. Este es el sentido de la «españolización de Europa» en Unamuno. Pero ¿de qué le servía ese «programa quijotesco» al Juan Español de 1912, vapuleado y oprimido por las fuerzas organizadas del Estado monárquico, de la Iglesia, el ejército y el caciquismo, como no fuera para correr la misma suerte lamentable que el inmortal caballero?

Partiendo del «pesimismo español» común a todo el grupo del 98, que el desastre colonial lleva a la angustia, Unamuno llega al «pesimismo europeo». Y desde el «pesimismo europeo» ya no le parece tan lamentable la suerte de España: ¡al fin y al cabo, para llegar a donde está llegando Europa ...! De ahí a

idealizar el camino español, a inventar el mito del quijotismo y a presentarlo como solución a Europa, no hay más que un paso, que Unamuno franquea. Así resuelve el «problema de España»... evadiéndose de él.

Estamos muy lejos de querer sentar valoración alguna de la gran obra intelectual de Unamuno, tan múltiple y tan importante en nuestro acervo cultural; no desconocemos que la contradicción y la paradoja son inseparables compañeras de esa obra y que es fácil encontrar en ella pensamientos para justificar las más diversas tesis. Tratamos únicamente de fundamentar nuestra opinión de que a través de toda su diversidad y contradicción la evolución ideológica de Unamuno se produce en una dirección reaccionaria. Su paso del europeísmo al antieuropeísmo, o al «españolismo», o al «africanismo», como queramos formularlo, es una de sus manifestaciones más importantes.

Lo que no está en oposición con que el heterodoxo existencialismo cristiano de Unamuno pueda ser con frecuencia la primera escala en la evolución de jóvenes intelectuales católicos desde la ortodoxia oficial hasta el catolicismo progresista y más lejos. Y tampoco impedía esa evolución ideológica de signo reaccionario que Unamuno adoptase, en diversos momentos, posiciones políticas liberales. Su liberalismo, ayudado no poco por su peculiar temperamento, era más que suficiente para chocar con el rey y el primer dictador, y para no capitular ante el segundo.

* * *

La opinión de A. J. sobre el pensamiento de Ganivet acerca del problema que nos ocupa se encierra en estos párrafos del ensayo publicado en «Nuestras Ideas»:

«Pero no es a Unamuno, sino a Ganivet, a quien corresponde el mérito de habernos puesto por primera vez en guardia contra esa duplicidad (la de Europa.-MA) Anticipándose genialmente a su tiempo, el autor del «Idearium español» examina con implacable rigor la futura evolución de Europa y sienta las bases de nuestro porvenir sobre perspectivas enteramente nuevas». «Bajo la máscara del progreso adivina que su poder radica únicamente en su fuerza y su sentido profundo de la Historia le advierte que todo dominio fundado en la violencia es efímero. Invirtiendo el planteamiento de los términos profetiza que no es España la que debe imitar a Europa, sino que es Europa la que, fatalmente, va a imitar a España. El poder de aquélla se eclipsará, como un día se eclipsó el nuestro y, una tras otra, las naciones del Viejo Continente nos seguirán en nuestra decadencia».

Después de reproducir varias citas del «Idearium» que corroboran, efectivamente, esa interpretación del pensamiento ganivetiano, A. J. concluye así: «Si Ganivet pudiese salir de su tumba, volvería seguramente a ella, abrumado por el espectáculo de nuestra miseria, nuestro rebajamiento y nuestra ignorancia. La «unión familiar» de los pueblos hispánicos, la elaboración de un concepto de vida «original», capaz de luchar victoriosamente contra las ideas europeas, todas las empresas que su hondo patriotismo sugería, siguen en el aire. Desde su muerte, España ha consagrado su atención a las cuestiones que él consideraba «despreciables» y, entre tanto, Europa se ha **españolizado**, en el mal sentido de la palabra».

No podemos poner en duda el hondo patriotismo que animaba a Ganivet, su angustia por la decadencia de España, que el contacto directo del escritor granadino con otras naciones europeas le permitió medir en toda su estremecedora magnitud. Nos parece que del contradictorio y confuso patrimonio espiritual de Ganivet pueden extraerse ideas fecundas, de contenido progresivo, pero nos parece también que el conjunto de su ideario, su **fondo esencial**, su antieuropeísmo y «españolismo» tienen un carácter eminentemente conservador, por no decir reaccionario.

Una de las conclusiones que Ganivet extrae de sus reflexiones sobre la historia de España, que aparece obsesionantemente a través del «Idearium», es que España debe renunciar a toda nueva aventura exterior y concentrar sus energías en las tareas internas; que dentro de ella dispone de todo lo necesario para el renacimiento nacional. Esta idea, siempre que no se interprete en un sentido de aislamiento nacional — utópico, por lo demás, en el mundo de hoy — conserva actualidad y vigor.

Cuando el capitalismo imperialista europeo y americano está en plena euforia colonialista, repartiéndose los últimos rincones del mundo, Ganivet toma resuelta posición contra toda nueva aventura colonial de España y, en particular, contra otro intento militar en Africa. Pero no debemos idealizar esta actitud, que está determinada, sobre todo, por razones de realismo político — la debilidad de España — y que aparece asociada a un tópico muy extendido entre los intelectuales y políticos liberales del siglo pasado, con vigencia todavía en nuestros días, según el cual han existido dos sistemas de colonización: el «bueno», el de España y Portugal, que cumplió una misión civilizadora; y el «malo», el de los otros Estados europeos, que sirvió sólo para explotar a los pueblos colonizados en beneficio de las metrópolis. «No he de discutir el valor relativo de uno u otro sistema — escribe Ganivet —; sólo diré que me gusta más el antiguo, porque era más noble y desinteresado. Pero esto no quita para que la colonización a la moderna es útil a las naciones que la practican, en tanto que la antigua colonización representa para la metrópoli una pérdida de fuerzas que a primera vista no ofrece un resultado beneficioso pero a la larga fructifica donde debe fructificar, esto es, en las colonias». (11) (No podemos extendernos aquí sobre este problema. Limitémonos a señalar que ninguno de los sistemas de colonización ha estado inspirado en motivaciones nobles y generosas sino en móviles de lucro y explotación; dentro de este rasgo esencial y común, las diferencias de procedimiento y de resultado han estado condicionadas por la diferente naturaleza — feudal o capitalista — del Estado colonizador).

Repetimos que son sobre todo razones de realismo político, y no un anticolonialismo de principio, las que determinan la posición de Ganivet como puede verse por los siguientes párrafos del «Idearium» y de «El porvenir de España»: «¿... puede darse mayor absurdo que una empresa colonial de España en Africa? Si estamos aún en la convalecencia de la colonización americana, si tenemos dos grandes colonias que, en vez de darnos las fuerzas que nos faltan, son dos sangrías sueltas, dos causas de disolución de lo poco que hablamos conseguido fundar (Ganivet escribe en 1896) ¿cómo vamos a acometer nuevas empresas colonizadoras? Si así lo hiciéramos, más tarde recibiríamos el pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo ataque a nuestra independencia, cualquiera de estas cosas u otras peores a elegir»; pero, poco después,

(11) — «Idearium español».

escribe en «El porvenir de España»: «Si España tuviera fuerzas para trabajar en Africa, yo, que soy un quidam, me comprometería a inventar media docena de teorías nuevas para que nos quedáramos legalmente con cuanto se nos antojara». Y en este mismo ensayo aclara — aludiendo al «Idearium» — que él no cerró por completo la puerta de Africa sino que la dejó «entornada», pensando en el porvenir: «No pienso al hablar así de Marruecos; pienso en toda Africa, y no en conquistas ni protectorados, que esto es de sobra conocido y viejo, sino en algo original, que no está al alcance ciertamente de nuestros actuales políticos. Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe». En resumen, como se desprende del contexto en que se encuentra ese párrafo, Ganivet sueña con una especie de colonización pacífica de Africa realizada con el auxilio de los árabes que, opina Ganivet, son los únicos capaces de entenderse con los africanos, a la par que los españoles son los únicos capaces de entenderse con los árabes. Llegará el día en que desaparecerá la dominación de las potencias europeas en Africa y entonces sonará la hora de España. Este sueño utópico de Ganivet, parece como el trasunto africano de la «noble y desinteresada» colonización española en América; es la versión ganivetiana de la «africanización» unamuniana de España; una de las empresas universales del «español quijotizado».

Hoy es fácil comprobar que la profecía de Ganivet acerca de que, unas tras otras, las naciones del Viejo Continente seguirían a España en su decadencia, no se ha realizado ni lleva camino de realizarse. Las naciones del Este y Centro de Europa se han puesto a la cabeza del progreso mundial; las del Oeste, es verdad que han entrado en su decadencia — vertiginosa decadencia — **en tanto que potencias coloniales**, pero esta decadencia entraña, al mismo tiempo, que se acelera el proceso de su ascenso a ese escalón superior de la civilización que es el socialismo.

Ese fallo en la perspectiva histórica de Ganivet proviene de su interpretación idealista, abstracta, de la historia, a partir de un mítico «espíritu territorial» (12), con completo desconocimiento de los factores básicos determinantes del desarrollo social. No podía distinguir, por esa razón, la naturaleza radicalmente distinta de la decadencia de un Estado semifeudal (como era la España del XVI al XIX) y la decadencia del moderno Estado capitalista imperialista. El simple hecho de que los españoles hayamos pasado antes por «la decadencia» que los franceses, no implica, como pensaba Ganivet, que «somos superiores en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución». La verdad es que seguimos muy atrás en esa evolución y sólo hay un camino para colmar rápidamente nuestro retraso y ocupar un puesto en las primeras filas: el camino de Rusia y otros países europeos, que en la época de Ganivet se encontraban en análoga situación de retraso a la de España: el camino de la revolución socialista.

Cuando Ganivet constata que Europa sólo ha podido ser «el centro unificador y director de la humanidad ... ejerciendo violencia sobre los demás pueblos», no significa que esté contra la reaccionaria y racista concepción, vigente todavía

---

(12) — Según Ganivet, para interpretar la historia de cada pueblo hay que empezar por encontrar su «espíritu nacional» y luego contrastar los hechos históricos con ese espíritu para ver si concuerdan con su esencia o no. De ahí que el «Idearium» — que quiere ser una interpretación de la Historia de España y una profecía de su futuro — comience por la exploración del «espíritu español». En éste, como en el de todo pueblo, lo básico, según Ganivet, es el «espíritu territorial», que revela una forma específica según el país — insular, peninsular, continental, traduciéndose éstos, a su vez, en espíritu de «agresión», «independencia» y «resistencia», respectivamente —. En el caso de España el «espíritu territorial», o «espíritu de independencia», habría sido fecundado por el senequismo, el cristianismo y el arabismo. No es necesario esforzarse por demostrar el carácter puramente especulativo de esta peregrina construcción, que obliga a Ganivet a los más divertidos malabarismos para conciliarla con los acontecimientos históricos.

en muchos intelectuales de nuestros días, de la necesaria hegemonía europea en el mundo. Ganivet considera que en el proceso de decadencia de las naciones europeas llegará un momento en que éstas concentrarán sus fuerzas para asegurar la continuidad de su expansión y hegemonía mundial. Y como considera que el Mediterráneo será el «centro de conciliación» para llegar a esa unión, espera que España podrá desempeñar en ella un importante papel.

Pasando al liberalismo de Ganivet, nos parece que hay en él una faceta muy positiva y vigente para hoy: su crítica — siendo, como era, profundamente religioso — de que el catolicismo fuera impuesto a los españoles, durante siglos, por la fuerza; su prédica de la tolerancia religiosa. En interés del propio catolicismo español, que veía anquilosado, proponía un pluralismo religioso y ponía el ejemplo concreto de Bélgica.

Pero en otros aspectos el liberalismo de Ganivet está situado muy a la derecha. En uno de los párrafos antes citados hay una clara alusión peyorativa contra «los ensayos republicanos» que quedan catalogados entre las peores cosas que pueden ocurrirle a España. En las «Cartas finlandesas», después de describir el Landstag de aquel país como una asamblea «que se reúne trienalmente, que no es elegida por sufragio universal y no delibera en masa sino por estados ... calcada sobre el modelo de las Cortes medioevales» considera que, pese a ello, el país disfruta de tanta «libertad práctica» como si existiera «parlamentarismo puro», lo que le sirve para llegar a la conclusión de que el «buen gobierno» no está vinculado a ésta o a la otra forma política, y para ironizar sobre el sufragio universal, del que se declara ardiente partidario con una sola limitación: que no vote nadie. Para Ganivet las formas políticas tienen poca importancia. Lo esencial es «la restauración de la vida espiritual de España»: éste es «el motivo céntrico de mis ideas», declara en el «Idearium», en cuya tercera parte plantea que «... las cuestiones políticas a que España consagra principalmente su atención sólo merecen desprecio». La inestabilidad política, según Ganivet, es simplemente un reflejo de la falta de ideas de la nación y no de las contradicciones sociales. Lo estéril, más exactamente, lo dañino, de esta concepción en la España de 1896, cuando el primer obstáculo para toda restauración, espiritual y material, era el estado monárquico, el poder político de la aristocracia terrateniente y financiera, no necesita comentario.

Ganivet ha dado una contribución no pequeña a alimentar el tópico sobre la supuesta refractariedad del «espíritu español» a la ciencia, a la técnica y a la democracia. Refiriéndose a las ciencias aplicadas, dice en el «Idearium»: «no hay medio de hacerlas arraigar en España, ni aun convirtiendo a los hombres de ciencia en funcionarios retribuídos del Estado». «Nuestro espíritu es religioso y artístico». Y partiendo del tópico del exacerbado individualismo español llega a la conclusión de que «... hablar de democracia en España es música celestial».

La reacción de Ganivet frente a la duplicidad de la Europa capitalista e imperialista se convierte en una reacción contra el progreso material, la técnica, la fábrica; en una exaltación, de fondo religioso, de la familia, la hermandad de clases, etc.: «La idea corriente hoy por hoy sobre el progreso, es, por desgracia, demasiado material — escribe en «Cartas finlandesas» —; no se da apenas importancia a lo que es en cada pueblo la vida de familia, las relaciones amorosas, el trato entre amigos, la unión de las diversas clases sociales y en particular de amos y criados». Como Tolstói, cuya influencia sobre la ideología de Ganivet parece clara, nuestro escritor no comprende que el capitalismo no es un accidente

histórico, contrario al «alma nacional», rusa o española, sino una obligada etapa del desarrollo social.

La influencia tolstolana se refleja también en la prédica de la no violencia: «Hay quien cree — dice Ganivet — que para atestiguar la fe en las ideas se debe combatir para que triunfen, y en esta creencia absurda se apoyan cuantos en España convierten las ideas en medios de destrucción. La verdad es, al contrario, que la fe se demuestra en la adhesión serena e inmutable de las ideas, en la convicción de que ellas solas se bastan para vencer cuando deben de vencer. Los grandes creyentes han sido siempre mártires, han caído resistiendo, no atacando». Predicar esta actitud gandhista en la España de la Restauración era tanto como condenar a la impotencia toda aspiración de cambio real. En la España de hoy, dentro del mundo de hoy, existen posibilidades de llegar a la democracia y el socialismo sin lucha armada, aunque requiera una encarnizada lucha revolucionaria con determinadas formas de violencia de masas. Y aun así sería gran error afirmar a priori que esas posibilidades se traducirán en realidad. Pero en la España del XIX y comienzos del XX, en el mundo de entonces, creer eso era caer en la utopía.

A la luz de lo expuesto, la llamada de Ganivet a ser «originales», a «ser creadores» adquiere un significado concreto poco original y poco atractivo. Su antieuropeísmo, su españolismo, arrastraba abundante carga de reaccionarismo filosófico y político. Lo que no quiere decir que ciertos aspectos de la crítica de Ganivet a la sociedad española de la Restauración no tuvieran un efecto útil, fustigador, contribuyendo a sacudir esa «abulia» en la que Ganivet veía la enfermedad capital del español de su época, sin darse cuenta que bajo ella iban creciendo y madurando las fuerzas revolucionarias llamadas históricamente a cambiar la faz de España.

* * *

Resumiendo estas incursiones en el pensamiento de Unamuno y Ganivet — demasiado largas pero inevitables si queríamos fundamentar nuestras divergencias con algunos de los puntos de vista de A. J. — creemos que se puede llegar a la conclusión de que en ambos escritores la reacción crítica frente a la Europa de su tiempo es — a través de los confusionismos y contradicciones que abundan — esencialmente retrógrada.

Reflejando una necesidad ideológica de la burguesía española de la Restauración, tratan de superar la disyuntiva entre el progresismo europeísta que ha sido la bandera de esa burguesía durante su período ascendente, revolucionario, y el tradicionalismo católico ultrarreaccionario de las clases feudales.

Si nos advierten de la «duplicidad de Europa» (en la escasa medida que lo hacen) es porque el testimonio de esa duplicidad, de la sangrante contradicción entre los elevados ideales que la burguesía proclamó en su juventud y la real degradación de los valores humanos en la sociedad burguesa de fin de siglo, puede servir para declarar caducos aquellos ideales, para responsabilizarlos de los resultados, que, en realidad, son fruto, principalmente, de las relaciones de producción capitalistas. Se proclama la liquidación de aquellos ideales abstractos pero no para llenarlos de un nuevo contenido, más progresivo, más

efectivamente humano, más ajustado a la realidad social e histórica, sino para caer en creencias espiritualistas e irracionalistas que, aunque se presenten aderezadas con nuevos aparatos conceptuales, y más sutilmente elaboradas, no son otra cosa que la resurrección de ideologías hacia tiempo demolidas por el avance de las ciencias naturales y sociales, así como por la práctica social.

Volviendo la espalda a la Europa burguesa del progreso material y técnico, de la ciencia y la industria, del laicismo y la democratización de la cultura, de la democracia burguesa parlamentaria, Unamuno y Ganivet no avanzan hacia una nueva Europa, la única nueva posible, la Europa socialista, sino que retroceden hacia el medioevalismo, la religión, la fe, el irracionalismo y la utopía.

Por eso el antieuropeísmo o españolismo de Unamuno y Ganivet no puede servirnos de punto de referencia positivo, de instrumento ideológico eficaz, a la hora de enfrentarnos con las actuales corrientes europeístas.

No hay duda que, como dice Ganivet, debemos ser creadores y no imitadores, elaborar soluciones originales, españolas, que correspondan lo más ajustadamente posible a las peculiaridades de nuestra realidad económico-social, de nuestra cultura nacional, de nuestras tradiciones progresivas. Pero sería erróneo pensar que esta vía original podemos elaborarla mirando sólo hacia dentro, buceando exclusivamente en nuestro arsenal histórico y cultural, en nuestra experiencia.

El marxismo demuestra que por encima de lo específico-nacional hay lo general, lo común, a los pueblos que se encuentran en análogo estadio de desarrollo. España, pese a su atraso, se encontraba plenamente, a finales del siglo pasado, dentro de la formación económico-social capitalista, y su retardo dentro de ella en relación con otros pueblos europeos occidentales, tenía muchos rasgos de semejanza con el de los países del Este y Centro de Europa. Por eso, asimilar la experiencia de estos países que han resuelto ya, o están en vías de resolver, problemas análogos a los nuestros, es del todo imprescindible para profundizar en el conocimiento de nuestra realidad nacional, para dar con nuestra «originalidad». Lo que no significa que no nos sea útil también la experiencia de los pueblos de Asia, Africa y América que luchan contra el imperialismo, así como la del proletariado y las fuerzas democráticas de Europa occidental. Frente a la Europa de los monopolios y de la reacción, que ensalzan las actuales corrientes europeístas, está la Europa del socialismo, del proletariado y de la democracia, que es la nuestra.

Tanto en esta Europa, como en los pueblos de los otros continentes, está presente en mayor o menor medida, como principal orientador o guía, como método de creación original, la teoría marxista-leninista y su método científico. Esta teoría, que, originariamente, es una creación de Europa, del proletariado y del pensamiento europeo, pero que desde el primer día es también universal, primero por ser científica y segundo por ser la ideología de una clase internacional, la ideología de una sociedad que en su desarrollo irá borrando las fronteras nacionales.

Pero todo esto será tratado más ampliamente en la segunda parte de nuestro trabajo donde, a la vez, examinaremos críticamente el europeísmo orteguiano y las actuales variantes — opusdeísta, católico-liberal y socialdemócrata — de este tan traído y llevado europeísmo.

POESIA Y VERDAD

Estos días, con un retraso cuyas causas son obvias, llegaba a nuestras manos, desde una cárcel de España, una felicitación de año nuevo que decía así:

«A Nuestras Ideas: Con ardiente esperanza de libertad y amor para todos, en este nuevo año, que es el 21, 22 de mi cautiverio.
Marcos Ana»

Y por el reverso, este breve poema:

Mi vida

Os la puedo contar en dos palabras:
un patio.
Y un trocito de cielo
por donde, a veces, pasan
una nube perdida y algún pájaro
huyendo de sus alas.

Al reproducir en las páginas siguientes otro poema de Marcos Ana, de análogo tema, lo hacemos en testimonio de gratitud — porque la firmeza de esos hombres nuestros es un puntal de nuestra esperanza — y a modo de compromiso de no cejar en la lucha por la libertad de Marcos Ana, y de todos los presos políticos españoles.

A continuación reproducimos igualmente un poema de José María Basaldúa, publicado en el libro «Cuatro poetas de hoy» (Bilbao, 1960 — Ediciones de la Asociación Artística Vizcaína). Poema éste, como se verá, que parece respuesta a Marcos Ana, respuesta a una de las inquietudes españolas más profundas de hoy.

A María Teresa León

MI CORAZON ES PATIO

La tierra no es redonda,
es un patio cuadrado
donde los hombres giran
bajo un cielo de estaño.

Soñé que el mundo era
un redondo espectáculo
envuelto por el cielo,
con ciudades y campos
en paz, con trigo y besos,
con ríos, montes y anchos
mares donde navegan
corazones y barcos.
Pero el mundo es un patio.
(Un patio donde giran
los hombres sin espacio).

A veces, cuando subo
a mi ventana, palpo
con mis ojos la vida
de luz que voy soñando.
Y entonces, digo: « El mundo
es algo más que el patio
y estas losas terribles
donde me voy gastando ».
Y oigo colinas, libres
voces entre los álamos,
la charla azul del río
que ciñe mi cadalso.
« Es la vida », me dicen
los aromos, el canto
rojo de los jilgueros,
la música en el vaso
blanco y azul del día,
la risa de un muchacho...

Pero es soñar despierto.
(Mi reja es un costado
de un sueño que da al campo).

Amanezco, y ya todo
— fuera del sueño — es patio:
un patio donde giran
los hombres sin espacio.
¡Hace ya más de un siglo
que nací emparedado,
que me olvidé del mundo,
de cómo canta el árbol,
de la pasión que enciende
el amor en los labios,
de si hay puertas sin llaves
y otras manos sin clavos!

Yo ya creo que todo
— fuera del sueño — es patio.
(Un patio bajo un cielo
de fosa, desgarrado,
que acuchillan y acotan
muros y pararrayos).

Ya ni el sueño me lleva
hacia mis libres años.
Ya todo, todo, todo
— hasta en el sueño — es patio.

Un patio donde gira
mi corazón, clavado;
mi corazón, desnudo;
mi corazón, clamando;
mi corazón, que tiene
la forma gris de un patio.

(Un patio donde giran
los hombres sin descanso)

Marcos Ana

JOSE MARIA LASO, DOCE AÑOS MAS . . .

Doce años más, así
de golpe,
sentenciado a vivir
doce años más, ahí
es nada,
hasta dentro
de doce años,
adiós, amigo
Laso.

Adiós, si Dios
no lo remedia,
si entre todos
entretanto
no lo remediamos,
si este país
tiene remedio
acaso.

Laso
vendedor
que fuiste de
telas y trapos.
De paso por aquí
y hasta la próxima,
la ocasión
la pintan calva y
se llama Laso.

Viajante
con muestrarios
y retales
por pueblos
que no vienen
en el mapa,
con tu camioneta
y tu tinglado,
la peseta a
pulso,
el pan
con dialéctica
y sudores.

Hoy por aquellos
pueblos,
se preguntan por ti,
y esperan verte
llegar,
vendedor
de sueños,
rey mago del percal.

Hoy tu vieja,
ha vuelto a las
andadas fatigas, a los
periódicos, la
esquina,
el kiosko,
hasta que vuelvas
tú, hasta que
vuelvas otra vez,
mañana de aquí
a doce años,
todos los sábados
con la camioneta
y los géneros vendidos
y el puño
apretado de pesetas
otra vez, como antes.

Laso,
mientras tanto
ahí te pudras,
Laso, doce años,
mientras aquí
nosotros,
los de las discusiones
aquellas de los sábados,
que no llevaron tampoco
o todavía,
la sangre al río,
nosotros, sí,
te echamos de menos,
algo nos falta, sí,
aquí,
tú entre nosotros,
tú presente
con todo el peso
de tus gafas o vidrios
o anteojeras,
con tu pesadísima

dialéctica,
enemigo, sí,
y amigo también
de tus amigos.
Te seguimos
recordando,
pensamos en ti
entre tus cuatro
paredes,
por doce años, a contar
de tus treinta
y tantos años ya,
también perdidos
sin juventud
ni mujer ni alegría,
treinta y tantos años
que sumados
a los años de Carlos Marx,
y a esos doce
que ahora te cuelgan, son
demasiados años,
sobre tus débiles hombros
de intelectual
autodidacta
revolucionario
sobre el papel,
los textos, los trabajos
y los días, y las noches
de los sábados
arreglando el mundo
hasta las tantas horas.

Adiós, amigo Laso,
si Dios no lo remedia, si entre
nosotros todos no lo remediamos, si
este país acaso tiene remedio,
adiós, hasta dentro de doce años
que serán mañana,
hasta mañana, decíamos
ayer, adiós,
seguiremos hablando.

José María Basaldúa

COMENTARIOS

- **Venezuela y Cuba: dos perspectivas**

  Carlos Martínez

- **Experiencias y enseñanzas de la lucha estudiantil**

  M. Oriol

Carlos Martínez

VENEZUELA Y CUBA: DOS PERSPECTIVAS

En los ataques que, cada vez con mayor frecuencia, dirige la prensa occidental contra la Revolución Cubana, a menudo se trae a colación, para contraponerlo a Fidel Castro, el ejemplo de Rómulo Betancourt y de la « revolución » venezolana. Se nos dice que en este último podemos encontrar un modelo de cordura, buen sentido y sabiduría política, cuya obra está destinada a perpetuarse en tanto que lo de Cuba no pasaría de ser locura desatada, algo descabellado que poco ha de durar; y esta interpretación, que nos presenta al Presidente venezolano como paradigma de gobernantes, es compartida por igual por los políticos conciliadores de Latinoamérica y por el Departamento de Estado norteamericano. Según ellos la principal tarea que se les presentaba a Venezuela y Cuba al liberarse de sus respectivas dictaduras — la de Pérez Jiménez y la de Batista — era consolidar un régimen democrático (burgués, se entiende), conseguir la estabilidad constitucional, implantar un Estado de Derecho en el que la corrupción administrativa quedara excluída definitivamente, pues ni las dictadures ni los gobernantes venales han sido capaces de solucionar los grandes problemas de esos países. Esta última afirmación no carece de fundamento: en efecto, el acontecer político de los países latinoamericanos se presenta, al observador que no profundiza demasiado, como una sucesión, un tanto caótica, de dictadores y gobernantes corrompidos con breves intervalos de hombres bien intencionados que pronto degeneran o son derrocados. Las clásicas e innumerables « revoluciones » hispanoamericanas, que de lejos son propensas al chiste fácil, ocultan la tragedia de unos pueblos constantemente frustrados en sus deseos de mejorar de situación y que se sintetiza en Juan el Veguero (1), el tremendo personaje que ve morir de hambre a su familia y, acosado por la miseria, empuña su machete, abandona su choza y se une al grupo de hombres que marchan contra la capital a tumbar el gobierno, sin que ello evite que, mañana, otros Juanes tengan que hacer lo mismo, pues todo continuará igual.

Los principios más elementales de la democracia formal resultan algo extraño en gran parte de los países de la América de habla española; así, cuando el año pasado el Presidente Betancourt cumplió un año en su mandato, tal suceso se con-

(1) Personaje de la novela Canaiaiaro del venezolano R. GALLEGOS.

sideró motivo de júbilo: ¡ por primera vez en la historia de Venezuela un gobernante elegido por votación popular, universal y directa conseguía mantenerse por tanto tiempo en el poder... ! No es de extrañar, por tanto, que el pesimismo se apoderara de muchas gentes y que frecuentemente se tratara de explicar el fracaso y la corrupción de los políticos acudiendo a teorías racistas o a una geopolítica grotesca que, en definitiva, no hacían sino justificar a los tiranos presentándolos como algo inevitable e incluso deseable pues — se nos dice — el latinoamericano es incapaz de vivir bajo formas democráticas, necesita gobiernos fuertes. El factor del que nace esa pretendida incapacidad variará de un autor a otro — el Trópico, el mestizaje, etc. — sin que cambie por ello el carácter reaccionario de la teoría (2).

Sin embargo, frente a esa vida terrenal triste y sombría, agitada al extremo, llena de violencias, arbitrariedades y miserias, también ha vivido Latinoamérica, aunque sólo sea en sus Constituciones, una vida celestial, apacible, donde brilla resplandeciente la democracia y reina la santidad de los principios. Pocas veces puede darse una contradicción mayor entre la Constitución formal, escrita, de papel, y la vida real de un pueblo: el Cielo, donde todo es perfección, mira con desprecio a la Tierra llena de maldades; si ésta no quiere acomodarse a los preceptos de aquél, tanto peor para ella (3). No se trata aquí simplemente de las contradicciones existentes entre la teoría y la praxis del Estado liberal burgués que nace del hecho de aplicar los principios formales de democracia, libertad e igualdad a una sociedad dividida en clases, con lo cual se logra la emancipación política de la burguesía pero no la emancipación humana (4); en la América española, por regla general, esos principios formales, si bien están escritos en las Constituciones, no se aplican simple y llanamente, con lo cual no hay ni siquiera la democracia, libertad e igualdad burguesas. La Constitución se nos presenta como algo constantemente violado, sin efectividad, algo por completo extraño al cuerpo social al que trata de aplicarse.

La gran revolución que Rómulo Betancourt pretende estar haciendo en Venezuela es, sencillamente, intentar que funcionen de verdad las instituciones político-jurídicas burguesas con lo cual, pese a todo su radicalismo verbal, nos damos cuenta de que estamos frente a un simple cordero vestido con piel de lobo. Sin embargo, si el Presidente venezolano lograra su propósito, nadie puede negar que ello sería algo positivo, pues la democracia burguesa abre mayores posibilidades de acción: con ella la lucha de clases puede desarrollarse plenamente en todos sus aspectos; en el campo económico permite la organización de los sindicatos obreros que luchen por sus intereses; en el campo político facilita la actuación de los partidos revolucionarios que pueden utilizar un gran número de medios para conquistar el poder y que van desde el uso de la tribuna parlamentaria hasta la organización de grandes manifestaciones y acciones populares; en el campo ideo-

(2) Entre los muchos ejemplos posibles citaremos, para referirnos sólo a Venezuela, al historiador y sociólogo Laureano VALLENILLA LANZ cuyas obras, especialmente Cesarismo Democrático, sirven de soporte ideológico a la dictadura del General Juan Vicente Gómez en cuyo gobierno colaboró. No debe confundirse con su hijo, de igual nombre, que fue Ministro de Relaciones Interiores del también general y dictador Marcos Pérez Jiménez.

(3) Es muy cierto que la inestabilidad de los regímenes políticos de la América española parece correr pareja con la inestabilidad constitucional y que es rara la Constitución que puede durar por varios años. Así, por ejemplo, desde la primera Constitución de 1811 hasta la última de 1961, Venezuela cuenta con veintiséis de ellas (entre Constituciones propiamente dichas y reformas) lo cual constituye un promedio de un texto constitucional cada cinco años. No debemos, sin embargo, dejarnos engañar por esta abundancia, pues en el fondo hay muy poca diferencia entre todas ellas. Las reformas apenas tratan de recoger alguna mejora técnica fruto de los constitucionalistas europeos o, como la actual, hacerse más didáctica, más persuasiva.

(4) Sería desmesurado tratar aquí el tema. Pueden verse los trabajos de Karl MARX, Sobre la Cuestión Judía (1843)

lógico disminuye las trabas a la investigación científica y el descubrimiento de las contradicciones inherentes al sistema hace posible la propagación de las teorías revolucionarias. En otras palabras, la democracia burguesa puede abrir el cauce para que la democracia cambie de sentido convirtiéndose en democracia proletaria, es decir democracia para la gran mayoría y no ya sólo para unos pocos. Lo grave es que en Venezuela el éxito de Betancourt resulta más que problemático dado el camino que ha elegido. En efecto: ¿cuál es la causa de que generalmente en América Latina los textos constitucionales han sido letra muerta? ¿Cómo pretende solucionar el problema el Presidente venezolano? La contestación a la primera pregunta no debemos buscarla en el mundo etéreo de las Constituciones que se cree autosuficiente y se justifica a partir de sus propias leyes inmanentes, sino que tendremos que descender a observar, aunque sólo sea en una visión esquemática, el mundo de las relaciones de producción entre los hombres y el vínculo que une a éstas con la organización política y social.

* * *

A principios del siglo XIX, los territorios españoles de América consiguen su independencia. La ineficacia y el anacronismo del vetusto aparato estatal español presentaban sus caracteres más marcados en la administración de las colonias de América, donde los *criollos* habían adquirido conciencia de su importancia social y no estaban dispuestos a seguir tolerando que la administración impuesta por la Monarquía española llevara una vida totalmente parasitaria a costa de ellos. El movimiento emancipador recibe el apoyo de Inglaterra, cuyo capitalismo estaba interesado en que aquellos países se vieran libres de los monopolios y trabas comerciales impuestos por España. La estructura económica de las nuevas Repúblicas para esa época era esencialmente precapitalista y atrasada, con coexistencia de formas esclavistas y feudales. La explotación agrícola se realizaba, en el mejor de los casos, de acuerdo a formas medioevales, pues España era incapaz de llevar a las colonias modos de producción más avanzados que no existían en su propio territorio. Esta estructura económica arcaica de América no irá a sufrir cambios esenciales durante la mayor parte del siglo XIX.

La lucha de los americanos por su independencia no iba a ser sólo política sino también ideológica y como apoyo a sus pretensiones iban a oponer a las concepciones anacrónicas de los partidarios de la Monarquía española las ideas que para la época dominaban en los países más desarrollados: las ideas liberales de la Revolución norteamericana y de la Revolución francesa. De igual forma, una vez obtenida la emancipación, las nuevas Repúblicas iban a elaborar sus Constituciones de acuerdo al modelo del Estado Liberal, siguiendo a los Estados Unidos y a la Francia republicana. Sin embargo, en estos dos últimos países, esas ideas e instituciones políticas liberales habían surgido en un momento histórico determinado — una economía capitalista en expansión — como aspiración de un sujeto histórico concreto — la pujante burguesía — al que estorbaba cierto obstáculo: la ordenación jurídica estamental y feudal; ninguna de estas condiciones se daba en Latinoamérica y, al faltar su sustrato material, ni el Estado Liberal, ni la Constitución que le es propia podían tener la efectividad ni el sentido que tuvieron en el contexto histórico-social que los vio nacer.

En efecto, resumiendo el proceso que culminó con la Revolución francesa podemos esquematizarlo en la forma siguiente: en el interior del feudalismo se desarrolla el capitalismo *en tanto que modo económico* al producirse una verdadera revolución en los medios de producción. El papel de la circulación de las mercancías en la vida social aumenta progresivamente y las leyes de la producción capitalista van abarcando el conjunto de las manifestaciones vitales de la sociedad; la forma mercantil transforma la sociedad a su imagen y semejanza. Cuando el orden económico capitalista se ha asentado y funciona normalmente, aparece como algo « natural » y legítimo frente al viejo Estado aún subsistente, frente a la antigua superestructura política que se presenta como algo artificial y molesto. Los ideólogos del nuevo sistema afirman que, al igual que el mundo físico, la sociedad se rige por leyes naturales — las de la producción capitalista — ante las cuales el Estado debe inclinarse sin intentar estorbar su libre juego. La Revolución política que la burguesía realiza proclama las libertades burguesas — de contratar, de propiedad, de domicilio, etc. — frente al orden jurídico-político feudal que oponía obstáculos al desarrollo de las nuevas fuerzas económicas; con ello « se libera a toda la sociedad, pero sólo bajo el supuesto de que toda la sociedad se halle en la situación de esa clase (burguesa) » (5). El Estado Liberal burgués aparece como de acuerdo a la « naturaleza de las cosas », produciéndose un acomodamiento espontáneo de los hombres a sus normas, pues las leyes de la economía capitalista dominan ya a toda la sociedad siendo capaces de imponerse a ella como puras leyes « naturales » en virtud de su poder puramente económico: « la violencia inmediata y exterior a la economía continúa, ciertamente, siendo aplicada, pero solamente en casos excepcionales. Para la marcha ordinaria de los negocios el trabajador puede ser confiado a las leyes naturales » (6). Ello permite que, la mayoría de las veces, en el Estado Liberal no haya que aplicar la violencia sino el derecho, o mejor dicho, que la violencia no necesite ser aplicada en su forma aguda y descarada, sino en su forma latente, en forma de derecho.

Nada de esto ocurría en América Latina, donde la superestructura política, la Constitución formal liberal, se asentaba sobre una base feudal. En estos países, en los que la mayoría de los sectores vivían una vida con fundamentos económicos precapitalistas, prácticamente en autarquía económica, las leyes de la producción capitalista no habían abarcado a la sociedad. Al faltar el orden económico capitalista, nada de extraño tiene que el orden político del Estado liberal aparezca como algo artificial y que no se cumpla. La letra muerta de las Constituciones establece los principios democráticos, de libertad e igualdad, pero en la vida real se imponen las dictaduras, la servidumbre y el capricho de los gobernantes; la violencia inmediata, descarada y aguda se aplica por regla general, el derecho sólo en casos excepcionales.

La vida política de Latinoamérica durante casi todo el siglo XIX nos hace acordarnos, en muchos aspectos, de la Europa feudal. Los grandes propietarios territoriales unen a su poder económico un poder político directo siendo capaces de organizar sus propios ejércitos privados armando a sus peones. Frente a ellos falta, en la mayoría de los casos, un poder central capaz de imponer su supremacía por encima de los diversos caudillos propietarios territoriales y de organizar al país a partir de un centro único de poder. Ante tal situación, el gobierno central prefiere, frecuentemente, delegar sus funciones en esos señores territoriales encargándoles de la administración de aquellas regiones sobre las que ya ejercen un

(5) Karl MARX: Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, (1844)
(6) Karl MARX: Kapital, I, 703

dominio de hecho. Las relaciones políticas son eminentemente interpersonales, fundándose en la amistad o fidelidad que se establecen entre hombre y hombre y, así, el Presidente de la República, al que se tiende a confundir con el Estado, se liga a sus subalternos por el parentesco, el compadrazgo o por el agradecimiento que éstos le profesan en virtud de los favores de él recibidos: falta el grado de abstracción, impersonalización y objetivación de las relaciones que van a ser características de la moderna empresa capitalista y del Estado burgués (7). Los señores territoriales realizan guerras privadas entre sí, que a menudo se extienden a todo el país. Por otra parte, el poder central se siente frecuentemente amenazado por tales caudillos que cuando se creen suficientemente fuertes no dudan en discutirle la supremacía produciéndose un cambio incesante de gobernantes.

A finales del siglo XIX ocurren dos hechos de gran importancia: se agudiza la penetración del imperialismo en América Latina — primero europeo, después, cada vez más, norteamericano — y hacia esta misma época, o a principios del siglo XX, el poder central en la mayoría de estos países es capaz de imponerse sobre los diversos señores territoriales gracias a la creación de un ejército regular y moderno, con lo cual se tiende a lograr el mínimo de orden necesario para que los cuantiosos intereses e inversiones extranjeros no se vean en peligro. La penetración imperialista norteamericana se agudiza cada vez más; mediante la Doctrina Monroe (1823) los Estados Unidos no sólo habían impedido los intentos reaccionarios de los Monarcas europeos, reunidos en la Santa Alianza, de recuperar las antiguas colonias, sino que al propio tiempo se habían asegurado un coto de caza más allá del Atlántico, donde el joven y colosal capitalismo norteamericano iba a realizar sus correrías. A su penetración económica en los otros países del Continente va a acompañar su intervención política favoreciendo la constitución de gobiernos fuertes con los latinoamericanos y débiles y complacientes con él (8). Ese imperialismo no vacila en llegar a las invasiones armadas tan pronto como quiere obtener nuevas zonas de influencia o siente sus intereses económicos amenazados y, como justificación de sus acciones, inventa los más variados pretextos: ayer se acusaba a España de la voladura del Maine para quitarle sus últimas colonias de América — Cuba y Puerto Rico —, hoy se habla de la amenaza comunista para derrocar gobiernos populares. La situación actual ha sido descrita con gran claridad por alguien que está fuera de toda sospecha de comunismo: «la guerra fría desencadenada entre los Estados Unidos y la URSS ha servido para justificar la intervención de USA para defender los intereses de sus capitalistas o para aumentar las inversiones de éstos en América Latina. Cualquier acción contraria a esos intereses es considerada como la expresión de la intervención comunista en América y, en consecuencia, como una amenaza para la seguridad del Continente» (9). Y, por si esto fuera poco, es el propio Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos quien recientemente resumía así las relaciones de su país con Latinoamérica:

(7) La semejanza estructural entre las relaciones sociales impersonales, objetivas, reificadas, tal como aparecen bajo el capitalismo, y las relaciones políticas que como consecuencia de él se establecen ha sido reconocida por numerosos autores, no marxistas. Vid. Max WEBER: Gesammelte politische Schriften, Munich, 1921; pp. 140—142.

(8) Como prueba de la estrecha ligazón del Gobierno norteamericano con las dictaduras latinoamericanas y de lo interesados que se hallan en su conservación basta citar lo que declaraba Earl Smith, Embajador de los Estados Unidos en Cuba hasta la caída del dictador Batista, ante una subcomisión del Senado de USA, el 11 de Setiembre de 1960: «Hasta la llegada de Castro al poder los Estados Unidos tenían en Cuba una influencia tan irresistible que el Embajador americano era el segundo personaje del país, incluso a veces más importante que el Presidente cubano». Cit. por U. S. News and World Report del 26 de Setiembre de 1960.

(9) Leopoldo ZEA, actual Director de Relaciones Culturales de México, en una conferencia pronunciada en la Universidad Central de Venezuela.

« Nuestra antigua política consistía en enviar infantes de marina. Es lo que hemos hecho en el pasado » (10).

La penetración del capitalismo extranjero no hace progresar la estructura económica de esos países sino que, por el contrario, la deforma y atrasa. El imperialismo está interesado en que la monoproducción se perpetúe en los países de América Latina — petróleo en Venezuela, caña de azúcar en Cuba, cobre en Chile, etc., etc. — que así quedan convertidos en semicolonias con una economía totalmente supeditada al país imperialista. La potencia semicolonial evita por todos los medios la industrialización y la diversificación de la producción de los países que le están sometidos para evitar la competencia económica y tener en ellos, además de una fuente de materias primas, un mercado donde vender los artículos más necesarios, incluso los alimentos. El atraso económico favorece a la potencia imperialista y, como consecuencia de ello, en los campos reina el latifundio con sus corolarios de baja producción, numerosas tierras sin cultivar y miseria (11). En muchos países de América Latina, las condiciones de producción en el sector de la agricultura no difieren esencialmente de las existentes en tiempos de la dominación española: son feudales.

El imperialismo extranjero va a tener sus cómplices en el interior de los países a él sometidos: la burguesía importadora (12) y los latifundistas *criollos* están igualmente interesados en que subsista el estado de subdesarrollo y no van a vacilar en emplear el aparato estatal para aplastar cualquier intento de liberación. El viejo gobierno central, impotente hasta el punto de poder ser derrotado por los caudillos territoriales, es fortalecido por la creación de ejércitos regulares modernos frente a los cuales no habrá en el interior del país otra fuerza con la suficiente articulación y coherencia como para oponérseles con éxito. Este aumento del poder estatal no significará, en absoluto, que los principios políticos liberales que continúan escritos en las Constituciones vayan a comenzar a aplicarse, pues no sólo continúa faltando el supuesto básico para tal aplicación, a saber, el orden económico propio del capitalismo premonopolista, sino que además la penetración imperialista hace aparecer formas económicas propias del capitalismo monopolista en el que las contradicciones internas del sistema son más agudas que nunca y en el que las leyes económicas ya no funcionan con la naturalidad y armonía que se creía en la fase anterior (13). Por el contrario, las dictaduras militares se hacen cosa frecuente, acudiendo constantemente a la arbitrariedad y al terror para asegurar la dominación económica del imperialismo, de la burguesía importadora y de los latifundistas. Pero el papel del Estado en los países de América Latina no se agota en su misión general de ser el medio de garantizar la dominación económica ya existente, pues ese mismo Estado es para los titulares inmediatos o detentadores nominales del poder — frecuentemente dictadores militares — la dominación económica misma, un medio directo de enriquecimiento, ya que pueden usar ese poder estatal, no sometidos a ninguna regla ni control efectivos, para procurarse riquezas. En los casos más evidentes ello se lleva a cabo mediante

---

(10) T. MORGAN, en un informe presentado ante la Comisión el 22 de enero de 1960.

(11) En toda América Latina sólo el 5% de la tierra es efectivamente cultivado a pesar de que los 2/3 de la población vive de la agricultura. En Venezuela el 3% de los propietarios poseen el 90% de la tierra; en Chile el 2% de los propietarios poseen el 52% de la tierra, y en Brasil el 2% de los propietarios poseen la mitad del país. Cit. por el Time de 1 de junio de 1959.

(12) Se trata de un sector de la burguesía eminentemente mercantil que obtiene su ganancia de la importación y venta de bienes de consumo procedentes de la potencia imperialista.

(13) Resulta curioso observar, por ejemplo, cómo las dictaduras militares latinoamericanas de esta época revisten frecuentemente caracteres que les asemejan tanto a los regímenes fascistas propios del imperialismo como a los señores de horca y cuchillo feudales. De esta mezcla nacen los tiranos más grotescos: Pérez Jiménez, Trujillo, etc.

el descarado uso de las tropas para usurpar tierras y, en los casos más discretos, mediante el peculado o la aceptación de sobornos (14). De esta forma, algunos oficiales del Ejército ven en el golpe de Estado un medio de hacer fortuna y frecuentemente consiguen implantar una dictadura con la complacencia de las clases dominantes y del imperialismo extranjero. Ocurre a veces, sin embargo, que el dictador de turno sobrepasa los justos límites, adquiere demasiada autonomía con respecto a las clases cuyos intereses defiende, usando del poder en su casi exclusivo beneficio y olvidándose de sus soportes y aliados naturales; en tales ocasiones, si el descontento popular contra la dictadura es tan grande que hay peligro de una auténtica insurrección popular, los imperialistas y sus cómplices criollos no tienen inconveniente en que sea derrocado el tirano y sustituído por otro régimen más o menos democrático, según las circunstancias, después de lo cual tienen la desfachatez de presentarse al pueblo como libertadores y amantes de la democracia, pero sin que ello impida — ¡claro está! — que, si mañana consideran que la libertad pone en peligro sus intereses económicos, acudan al simple expediente de encaramar a otro dictador, pues — nos dirán entonces — el pueblo ha demostrado no saber hacer buen uso de la democracia conquistada confundiendo la libertad con el libertinaje.

* * *

En circunstancias como las que acabamos de describir, llegó al poder Rómulo Betancourt. La dictadura de Pérez Jiménez, en los últimos tiempos, preocupada sólo de su propio provecho, estaba realizando una pésima política económica no prestando toda la atención que era de esperar a los intereses que hasta entonces había defendido. Por otra parte, el descontento del pueblo ante los desmanes de la dictadura había crecido tanto que amenazaba con estallar de un momento a otro, poniendo en peligro la propia estructura del sistema. Se había logrado la unidad de todas las fuerzas interesadas en el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez, unidad que iba a desembocar en una huelga general que estaba tomando el carácter insurreccional. Ante tal situación, el Ejército, con la aprobación del Departamento de Estado Norteamericano y de la burguesía importadora y los latifundistas de Venezuela, procedió a quitar el apoyo que hasta entonces había dado al dictador, con lo cual, dos días después de comenzada la huelga general, éste tuvo que huír. Las elecciones que siguieron llevaron al poder a Rómulo Betancourt, lo cual fue motivo de esperanza para muchos venezolanos. En efecto, su partido, Acción Democrática, de gran arrastre entre el campesinado, los obreros petroleros y la pequeña burguesía, se autodenominaba revolucionario, anti-imperialista y anti-feudal y el propio Betancourt era considerado por algunos sectores de la reacción como un comunista solapado; por otra parte, las posibilidades de realizar grandes reformas revolucionarias que se ofrecían con el régimen democrático eran inmensas. Pronto, sin embargo, se disiparon los temores de las clases dominantes y cundió la decepción y el desencanto entre el pueblo: el nuevo Gobierno no realizaba ninguna de las medidas progresistas que eran de esperar y el descontento aumentaba por días. La presión de las fuerzas de izquierda para que se realizara una política revolucionaria resultaban inútiles. Rómulo Betancourt se había olvidado de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo

(14) Para citar ejemplos sólo de Venezuela señalaremos como más evidente, aparte del escandaloso enriquecimiento de Pérez Jiménez y sus colaboradores, el caso de Juan Vicente Gómez, quien al morir en la presidencia era propietario de 750 casas, 86 haciendas y más de 500 fundos.

que figuraba como consigna de su partido, y había fijado como meta suprema el lograr la continuidad constitucional y el funcionamiento efectivo de la democracia representativa, contentándose con aspirar, por todo programa de gobierno, a mantenerse en el poder sin ser derrocado hasta el fin de su mandato. En vez de atacar y destruir las causas profundas de la falta de democracia efectiva en su país — la dominación imperialista, el latifundio, el ejército reaccionario — el Presidente venezolano ha preferido tener una actitud complaciente ante tales enemigos a fin de que éstos le permitan durante cinco años jugar a la democracia, pues sólo juego o burla puede ser lo que, por carecer de una base real, tiene un carácter precario. Los Estados Unidos y la reacción *criolla* entran con gusto en el juego, por ahora, pues ello les permite, sin ver amenazados sus intereses, evitar la radicalización popular que últimamente se ha producido como consecuencia de algunas dictaduras a la caída de las cuales puede escapárseles la situación de las manos como ya ha ocurrido en Cuba.

El descontento del pueblo venezolano ante tal situación se ve aumentado por un hecho exterior: en Cuba, que también acaba de liberarse de una dictadura, el gobierno de Fidel Castro está realizando una verdadera Revolución. En Cuba ven los venezolanos el ejemplo de lo que debería haberse hecho en Venezuela y al comparar cada medida tomada por el Gobierno cubano con las del suyo propio, éste sale muy mal parado en la confrontación: en Cuba la Revolución había puesto fin al dominio de las clases reaccionarias, quitó el poder económico a los latifundistas mediante la Reforma Agraria que los desposeyó y otorgó tierras a los campesinos sin ellas; se crean cooperativas agrícolas a las que se otorgan créditos; se promueve la industrialización del país y se han liberado de la dominación del imperialismo norteamericano no vacilando en expropiar sus empresas y sin entrar en compromisos con él. En Venezuela, por el contrario, la Reforma Agraria se limita a entregar unas pocas tierras propiedad del Estado o con pocas posibilidades de cultivo y sin otorgar facilidades de créditos a los campesinos, dejando, por otra parte, intacto el latifundio; el imperialismo, lejos de ser destruído, se ve fortalecido; en vez de promoverse la industrialización del país mediante el desarrollo de industrias básicas en manos del Estado, se entregan éstas a grandes empresas norteamericanas. En Cuba se destruyó el aparato militar del dictador Batista sustituyéndolo por un nuevo ejército popular — el pueblo en armas — que lejos de ser una amenaza para el triunfo de la Revolución es una de sus más firmes garantías. En Venezuela el Ejército reaccionario no sólo sigue subsistiendo sino que cada día recibe nuevos privilegios del Gobierno; los oficiales que varias veces han intentado dar un golpe de Estado han sufrido como único castigo el ser enviados al exterior en misiones diplomáticas con altos sueldos. La Revolución cubana ha destruído el aparato de la administración tiránica y semicolonial del tiempo de Batista depurando a todos los funcionarios del antiguo régimen y suprimiendo sus órganos de represión. En Venezuela, en cambio, los empleos públicos continúan llenos de pérezjimenistas, y los mismos hombres que pertenecían a la policía de represión política del dictador desempeñan sus puestos en la policía actual. En Cuba hay una estrecha unión de las fuerzas revolucionarias en torno al Gobierno, quien a cada ataque de la reacción se apoya más en las masas radicalizando la Revolución. En Venezuela, por el contrario, Betancourt se aleja cada vez más del pueblo, al que parece temer, y hace más conservadora su política. El descontento en Venezuela aumenta por días. El propio partido gubernamental, Acción Democrática, ha sufrido una escisión: su ala izquierda se ha separado para marchar a la oposición a unirse con las fuerzas revolucionarias que piden un cam-

bio de política. En los últimos meses el conflicto se ha agudizado tomando en ocasiones la forma de lucha armada; Betancourt, por su parte, ha aumentado la represión contra los sectores de izquierdas llegando a usar métodos propios de los dictadores e intensificando sus habituales ataques a la Revolución cubana y al comunismo.

* * *

Rómulo Betancourt y su partido se nos presentan ahora con una imagen bien distinta que hace años, cuando desde la oposición hacían gala de un radicalismo extremado. Los que en un tiempo fueron la esperanza de una revolución anti-imperialista y anti-feudal para muchos venezolanos, decepcionan al estar en el poder. El fenómeno no es exclusivo de Venezuela, se produce en toda Latinoamérica con otros hombres y partidos — José Figueres, en Costa Rica; Haya de la Torre y el APRA, en el Perú, etc., — que de revolucionarios (así se definían) se han convertido en conciliadores. Según algunos, ello se debe a madurez: la experiencia les habría enseñado a comprender que contra el imperialismo norteamericano y sus aliados en el interior del país es imposible gobernar. El viejo fatalismo geográfico o racial que pretendía condenar a los pueblos de América Latina a sufrir sin remisión las dictaduras es sustituído por un fatalismo de nuevo cuño pero no menos reaccionario, con el que se justifica la sumisión sin resistencia y la entrega. Pero la Revolución cubana ha dado el mentís a los que así piensan; ha demostrado que un pueblo puede vencer al imperialismo extranjero, a las clases reaccionarias y al Ejército que los apoya. El camino para ello variará de un país a otro según las circunstancias y particularidades de cada uno: en Cuba hubo necesidad de una lucha armada, en otros países es posible lograrlo con otros métodos, pero en uno y otro caso se trata de una lucha por la independencia nacional y contra el imperialismo. Cuanto mayores sean la fortaleza, la unidad y la cohesión de las fuerzas revolucionarias, tanto más fácil será llegar al éxito y menor será la necesidad de usar los métodos más violentos, pues la resistencia que opondrán las fuerzas reaccionarias será proporcionalmente menor. En todo caso no debe olvidarse en ningún momento que, si bien en este movimiento revolucionario están interesados no solamente la clase obrera y los campesinos sino también grandes sectores de la burguesía nacional, la dirección del mismo sólo puede estar a cargo de la clase trabajadora. El ejemplo de Rómulo Betancourt y los demás políticos conciliadores de América Latina nos muestra cómo una clase — la burguesía nacional — cuyos intereses objetivos coincidirían con los del movimiento revolucionario carece del suficiente arrojo y decisión para dirigir la lucha, es pusilánime y vacilante y está dispuesta en todo momento al compromiso con el imperialismo y a la entrega.

M. Oriol

EXPERIENCIAS Y ENSEÑANZAS DE LA LUCHA ESTUDIANTIL

« La lucha de los estudiantes — por sus dimensiones y por el papel que desempeña — forma un todo con la lucha antifranquista del pueblo español. Ante las tareas que se avecinan, con la perspectiva concreta de la próxima Huelga Nacional Pacífica contra la dictadura, los estudiantes tienen claramente trazado el camino a seguir: movilización masiva de todos los estudiantes y fusión de su lucha con la de todo el pueblo español. Este es su camino. Esta su responsabilidad. »

Así terminaba el editorial del número 8 (Octubre 1960) de *Nuestras Ideas*. Desde entonces, han pasado muchas cosas y lo menos que puede decirse es que los estudiantes han seguido efectivamente la vía trazada ante ellos y han asumido en grado considerable su responsabilidad.

Recapitulación de hechos

El curso 1960—61 tuvo un comienzo altamente interesante con la celebración de las elecciones sindicales. En algunas Universidades, las elecciones dieron lugar a una verdadera batalla política en torno al problema de la representatividad de los cargos. En la Universidad de Barcelona se repartió propaganda escrita y se elaboraron listas de candidatos que se presentaban públicamente con un programa abiertamente antifranquista. En la Universidad de Madrid, un grupo de candidatos planteó públicamente la necesidad de realizar una campaña electoral en forma democrática, planteamiento que dió lugar a una agria respuesta de los jerarcas del SEU.

En general, las elecciones fueron un acto de considerable contenido político en el que los estudiantes antifranquistas alcanzaron sustanciales resultados. En la Universidad de Barcelona, por ejemplo, se consiguió que los Jefes de Facultad o Escuela fuesen elegidos democráticamente, rompiendo así la práctica tradicional de la designación por arriba y ensanchando considerablemente el área de vida sindical democrática.

La lucha electoral tomó características distintas en las diferentes Universidades y no en todas ellas se saldó con un triunfo de la oposición. Pero lo cierto es que, en general, la participación electoral fue mucho más elevada que en años

anteriores, los estudiantes antifranquistas conquistaron o consolidaron importantes posiciones legales y se dió un considerable paso adelante en la organización y movilización de los estudiantes.

Estos resultados influyeron considerablemente en el desarrollo posterior de la lucha universitaria. Así, el Consejo Sindical del Distrito Universitario de Valladolid, en sesión de constitución celebrada los días 2 y 9 de diciembre, declaró tomar « conocimiento del problema suscitado por los estudiantes en los Consejos Sindicales de las Facultades de Filosofía y Medicina, con respecto a la existencia actual del Estudio General de Navarra y la posible evolución de su *status* legal », acordando por unanimidad someter al Jefe del SEU del Distrito Universitario, con encargo de hacerla llegar a las autoridades académicas y sindicales competentes, una demanda de aclaraciones que era, en sustancia, una protesta abierta contra la intromisión del Opus Dei en la vida universitaria española y contra la escandalosa creación de su « Universidad de la Iglesia » en Pamplona.

Esta actitud de los universitarios vallisoletanos daba estado legal, por así decirlo, a la latente inquietud existente entre los estudiantes y profesores por la creciente influencia del Opus Dei en la Universidad. Era, además — como luego demostraron los hechos — un signo evidente de la total desaprobación con que los estudiantes — católicos y no católicos — ven la identificación existente entre la Iglesia y la dictadura.

En enero, este estado de ánimo se manifestó de forma mucho más viva. El día 23, festividad de San Raimundo de Peñafort, los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona organizaron, como todos los años, un « Juicio Bufo », en el que se criticaban abiertamente las instituciones y la práctica políticas de nuestro país. En un momento determinado, la sátira se centraba contra el Opus Dei (1), y fue en ese momento cuando un grupo de estudiantes opusdeístas irrumpió en el escenario agrediendo a los actores, rompiendo micrófonos y cristales y desencadenando un tumulto sensacional. Los estudiantes de la Facultad de Derecho reaccionaron convocando Consejo Sindical extraordinario para el día siguiente y en él se tomaron las siguientes decisiones:

1.— *Suspensión preventiva de todos sus cargos sindicales a los individuos de la Facultad sospechosos de haber intervenido en la agresión.*

2.— *Solicitar la apertura de expediente académico a diversos estudiantes del Opus que eran designados nominalmente.*

3.— *Solicitar la apertura de expediente sindical a los indicados estudiantes.*

4.— *Responsabilizarse del texto del « Juicio Bufo » y solicitar su repetición.*

5.— *Boicotear totalmente a los miembros del Opus que participaron en los disturbios.*

6.— *Reservarse el derecho de abrir investigación acerca de la responsabilidad del Opus Dei en la instigación y organización de los disturbios.*

7.— *Informar a los restantes Consejos de Facultad del distrito, pidiendo su apoyo y solicitando iguales medidas para con los estudiantes del Opus Dei de sus Facultades que hubiesen participado en los hechos.*

Para apoyar sus demandas, el *Consejo de Facultad decidió proclamar la huelga*, al tiempo que denunciaba abiertamente al Colegio Mayor Monterols (del Opus) como centro instigador de los disturbios.

---

(1) El motivo cómico era el siguiente: un actor que representaba la « opus ... sución », declaraba que su buena salud se explicaba porque él « seguía siempre su camino ». Camino es, como es sabido, el título de la obra de Mr. Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

La huelga fue efectiva al 100 por 100 durante una semana. Mientras tanto, los profesores celebraban tempestuosas reuniones para decidir su propia actitud y apoyar o no las peticiones de los estudiantes. Después de una serie de encarnizados debates, se nombró al catedrático de Derecho Civil, Dr. F. Fernández de Villavicencio, juez instructor del expediente académico.

Satisfechas, en parte, sus demandas, el Consejo de Facultad decidió dar por terminada la huelga pero «ante el temor de que, al no adoptarse por el Sr. Decano todas las medidas de seguridad pedidas, se pudiesen volver a producir incidentes desagradables», el Consejo tomó la decisión de continuar la acción en forma de boicot a los estudiantes del Opus Dei (2).

Al mismo tiempo, se producían incidentes violentos en la Facultad de Ciencias Económicas, donde los estudiantes del Opus se libraban a agresiones y a infundios contra los estudiantes antifranquistas. El Consejo Sindical de esta Facultad reaccionó unánimemente contra los estudiantes del Opus, tomando medidas análogas a las del Consejo de Derecho y solidarizándose totalmente con éste. El acta de la reunión del Consejo de Ciencias Económicas terminaba con estas palabras: «*El Delegado de Facultad recomendó la asistencia a clase por diversos motivos. Ciertos compañeros se mostraron en desacuerdo con el Delegado de Facultad, decidiéndose continuar las clases, que quedarían suspendidas en caso de que los dos expedientes sindicales abiertos vieran interrumpido su curso normal*».

Uno a uno, los Consejos Sindicales de las Facultades de Medicina, Filosofía, Ciencias, Escuela de Ingenieros, etc., se fueron sumando a la acción declarando su solidaridad con los estudiantes de Derecho. Al mismo tiempo, la Universidad de Barcelona era escenario de una verdadera lluvia de octavillas y declaraciones. Además de las actas de los Consejos de Facultad, que eran impresas a ciclostil y repartidas profusamente, circularon octavillas y declaraciones (la mayor parte en catalán), de los estudiantes comunistas, católicos y otros, y contradeclaraciones de los opusdeístas. El conjunto de estos documentos es un rico material político de cuyo análisis se pueden extraer interesantísimas conclusiones sobre el clima político de nuestro país. Esto es lo que nos proponemos hacer en este mismo artículo.

La agitación de la Universidad barcelonesa se corrió a otras Universidades. Una hoja ciclostilada repartida por los estudiantes de Derecho y titulada *Nuestros motivos*, decía:

> «*Los hechos del día 23 no son aislados sino que responden a un plan organizado de acuerdo con un principio de dominación y sectarismo: la presión ejercida por el Estudio General de Navarra para que se reconozca validez oficial a sus títulos ha motivado la protesta unánime de los estudiantes de la Universidad de Valladolid. En la Universidad de Zaragoza las provocaciones dirigidas y ejecutadas por miembros del Opus Dei han sumido a los estudiantes en una situación de tensión y zozobra. Hay expectación en la Universidad de Madrid. En Valencia, la Cámara de la Facultad de Derecho (3), bajo la presión de miembros del Opus Dei, ha expulsado a tres estudiantes catalanes, como represalia a las medidas tomadas en Barcelona por los hechos del día 23.*»

(2) *El boicot tomó la forma siguiente: cuando un estudiante del Opus Dei entraba en clase los demás estudiantes se levantaban y salían, no quedando en clase más que el (o los) miembro del Opus.*

(3) *La expresión «Cámara de Facultad» es la que se utiliza normalmente entre los estudiantes para designar al organismo sindical que los Estatutos del S. E. U. denominan «Consejo de Facultad».*

El 15 de febrero, fue la Universidad de Sevilla la que pasó a la acción. En todas las Facultades se dió la orden de huelga, produciéndose incidentes entre estudiantes antifranquistas y estudiantes opusdeístas. Los motivos declarados de la huelga eran, esencialmente, protestar contra «la intromisión cada día más clara de elementos del Opus Dei en la Universidad», protestar contra la política de la Iglesia en materia de enseñanza secundaria.

También en los primeros días de febrero hubo fuerte agitación en la Universidad de Granada. Un gran número de estudiantes, apoyados por algunos catedráticos, hicieron público un escrito de protesta contra el monopolio ejercido por los Hermanos Maristas en la enseñanza secundaria, monopolio que causa serios perjuicios a los licenciados en Filosofía y Letras, que no encuentran donde colocarse, al paso que los profesores de los colegios religiosos no necesitan ni título universitario para ejercer.

Al comenzar el mes de marzo, ésta era la situación — sucintamente expuesta — en las Universidades españolas. Los hechos en sí, su motivación y desarrollo y las actitudes a que dieron lugar, son una preciosa fuente de enseñanzas políticas. Son signo indicador de un clima político e ideológico, de un nivel de organización y de unas formas de acción que merecen ser considerados muy atentamente. En general, y adelantando conclusiones, podemos afirmar que el movimiento antifranquista universitario ha dado un gran paso adelante y ha demostrado estar en condiciones de jugar un destacadísimo papel en las próximas y decisivas luchas contra la dictadura franquista.

Contenido ideológico y político de la lucha contra el Opus Dei.

Frente a la unánime repulsa de sus compañeros, los estudiantes del Opus intentaron justificar su violenta acción de Barcelona con el pretexto de «haber querido defender a la Iglesia y a la religión católicas».

El «Juicio Bufo» no era, según su versión, más que una manifestación, entre otras, del espíritu comunista y ateo que se extiende cada día más en las Universidades españolas. El recurso es de los más clásicos, pero su formulación y las circunstancias en que se desarrollaron los hechos sitúan la cuestión en términos totalmente originales.

Se buscaba, con este planteamiento, el doble efecto de desviar la lucha de su verdadero terreno — el político — y de situar la línea divisoria de los dos campos en un punto particularmente fluído: el de la polémica religiosa. Todo, como se ve, en la línea de la más pura tradición franquista.

Los estudiantes, sin embargo, no cayeron en la trampa. En una hoja repartida por los estudiantes antifranquistas (redactada en catalán), se decía:

> *«Es falsa la explicación que intentan dar los miembros del Opus Dei para justificar sus actos agresivos de que se había injuriado a la Iglesia. Oficialmente, el Opus Dei no es más que un Instituto Secular, reconocido por la Santa Sede y de finalidades y actividades exclusivamente reli-*

giosas. Pero en el « Juicio Bufo » no se ha atacado jamás a los Padres Agustinos, a la Adoración Nocturna o a cualquier otro organismo estrictamente religioso.

Todo el mundo sabe que se ironizó sobre el Opus Dei no por su condición en parte religiosa, sino por su carácter político y por su actuación inmoral de sociedad secreta, demostrados por los siguientes hechos que son de dominio público:

— La corrupción de los tribunales de oposiciones a Cátedras, que postergan injustamente a personas mejor preparadas en beneficio de los miembros del Opus Dei y en detrimento de la cultura.

— La participación activa en el tráfico ilegal de divisas, mediante determinadas entidades bancarias controladas por el Opus Dei.

— La incrustación en la administración pública y en el gobierno de gran número de miembros de esta secta, por el procedimiento del « enchufe » en cadena.

— La utilización de la administración pública y el gobierno para favorecer sus empresas propias y las que subvencionan actividades del Opus Dei.

— El intento en curso de ahogar definitivamente la democracia y de instaurar una teocracia española con un carácter aún más retrógrado y reaccionario que el de la actual dictadura ».

Por su parte, los universitarios cristianos firmaron y repartieron una octavilla impresa (en catalán) en la que, después de condenar los actos de violencia realizados por los opusdeístas, decían:

« Ninguno de nosotros puede sentirse solidario de los hechos ocurridos el día 23, antes al contrario, firme y decidido oponente, pues podemos ser causa de graves perjuicios para nuestra Iglesia, a la que se ha intentado defender con la dialéctica de « los puños y de las pistolas », típica constante fascista, ya demasiadas veces utilizada para esta misma defensa. En último término, ¿cómo puede un insignificante grupo pretender defender o representar a la Iglesia?

No hay que olvidar que las interpretaciones de los textos evangélicos tan aventuradas como las realizadas el día de los incidentes, no son más que la manifestación de un corrompido espíritu farisaico que busca en una frase o en una palabra justificación a toda una política de ambición y de poder y, sobre todo, de colaboración con una filosofía política que no tiene nada de católica, olvidando el fondo que inspira todo el conjunto de la doctrina de Cristo.

Que conste, pues, nuestra disconformidad con los incidentes. Sin duda alguna, predispondríamos a muchos en contra de la Iglesia sino supiéramos dar testimonio de un auténtico espíritu cristiano y no condenásemos firmemente, no sólo los incidentes, sino también el espíritu que los animó, producto de aberraciones hijas del clima totalitario que nuestro país sufre ».

El Consejo Sindical de la Facultad de Derecho tomó, a su vez, posición declarando en hoja ciclostilada (en catalán) titulada « Perqué entrem a classe » (Por qué entramos en clase):

> « *Nuestra indignación tiene como motivo fundamental no solamente la agresión de unos individuos concretos, sino también la manifestación violenta, premeditada y organizada por personas vinculadas directamente a un conocido Instituto Secular (4) y, concretamente, a un Colegio Mayor (5). Estos actos ponen de relieve un espíritu de violencia incompatible con nuestro afán de tolerancia y convivencia, que ha de presidir siempre las relaciones universitarias.*
>
> *Insistimos: nuestra protesta no va dirigida contra los principios religiosos que informan al Opus Dei, sino contra su presión política, económica y social* ».

El mismo Consejo Sindical del Distrito Universitario de Valladolid, en su ya citada « demanda de aclaraciones », había declarado — previendo, sin duda, la maniobra opusdeísta —:

> « *Importa dejar bien sentado que ninguna de (nuestras) manifestaciones entraña la más mínima actitud en contra de una Universidad de la Iglesia...* »

La cosa está perfectamente clara: frente a la maniobra opusdeísta, los estudiantes actuaron con un sentido político de gran categoría. No sólo denunciaron el pretendido « espíritu de cruzada » del Opus, sino que dejaron claramente sentada la dimensión política del combate.

No sería justo, sin embargo, reducirlo todo a una reacción inteligente de los grupos universitarios de vanguardia. No hay que olvidar que cuando los estudiantes barceloneses de Derecho repartían las hojas citadas, la huelga en su Facultad era total, es decir, que la totalidad de los estudiantes secundaban una acción política que las hojas y declaraciones no hacían más que precisar.

Importa, por consiguiente, dejar bien sentado que los hechos ocurridos en la Facultad de Derecho de Barcelona el día 23 se convirtieron en una gran manifestación política antifranquista, en el transcurso de la cual se pusieron de relieve los siguientes aspectos fundamentales, desde el punto de visto ideológico y político:

1. — *La conciencia antifranquista de los estudiantes ha alcanzado un nivel sumamente elevado. Las ideas sobre la actual situación española son claras y pocos se llaman ya a engaño sobre las características político-ideológicas del franquismo y las fuerzas que lo apoyan.*

2. — *Los estudiantes repudian totalmente la identificación de la Iglesia con el régimen. No sólo los estudiantes barceloneses lo dicen con toda claridad; lo dicen los de otras Universidades. Particular interés tiene, al respecto, lo ocurrido en la Universidad de Granada: allí la protesta fue no contra el Opus Dei, sino contra los Hermanos Maristas, y no en tanto que institución religiosa, sino en tanto que institución que defiende al régimen franquista y se ampara en él para defender sus abusivos privilegios. Lo mismo cabe decir de la huelga convocada en la Universidad de Sevilla: uno de sus motivos esenciales fue la abusiva intervención de la Iglesia en materia de enseñanza secundaria.*

---

(4) Se trata, naturalmente, del Opus Dei. (Nota del autor)
(5) Se refiere al Colegio Mayor Monterols, de Barcelona (N. del A.)

En una palabra: los estudiantes no luchan contra la Iglesia, en tanto que institución religiosa, ni contra su cuerpo doctrinal: luchan contra aquellas instituciones de la Iglesia que más descaradamente denotan su compromiso con la dictadura franquista. Se trata, por tanto, de una advertencia más a la Iglesia, una más a añadir a las muchas que ha recibido en estos últimos meses. Los estudiantes resuelven el dilema que tiene planteado la Iglesia española — « o con Franco o con el pueblo » — diciéndole que « con Franco, no ». A las Jerarquías les toca ver ... y reflexionar.

3. — Ha progresado enormente entre los estudiantes el espíritu y la concepción democrática de la vida pública. Es éste un fenómeno mayormente interesante, si se tiene en cuenta el carácter de la dictadura, el clima intelectual y político de nuestro país y el vacío que se ha intentado crear entre las generaciones de anteguerra y las actuales. Tamaño sentido de la democracia sólo puede explicarse por la propia evolución objetiva de las condiciones de existencia del pueblo español bajo la opresión franquista y, sobre todo, por el progresivo fortalecimiento — orgánico, táctico, teórico — de la lucha de todo el pueblo español por la democracia. El fortalecimiento de la lucha de masas: he ahí la explicación de muchas cosas — y, entre ellas de la radicalización de los universitarios — que algunos no aciertan a comprender.

Algunas enseñanzas de los hechos de Barcelona

Tanto desde el punto de vista de la táctica política, como desde del de las formas de acción, los hechos ocurridos en Barcelona merecen ser considerados con detalle.

Desde hace mucho tiempo, el Partido Comunista viene insistiendo en la necesidad de aprovechar las posibilidades legales de lucha. Es ésta una consigna que ya Lenin planteó con fuerza. Que no es una consigna utópica, lo han demostrado los hechos. Que la insistencia del Partido Comunista produce sus efectos, lo demuestran los hechos de Barcelona.

Vale la pena recordar lo sucedido. Al producirse la agresión de los estudiantes del Opus se corría el peligro de reducir la lucha a un combate entre dos grupos de estudiantes, unos con razón y otros sin ella, pero, en definitiva, dos grupos, es decir, dos minorías.

En vez de esto, los estudiantes reaccionaron convocando Consejo Sindical extraordinario, es decir, echaron mano de un organismo legal y se convirtieron, automáticamente, en únicos representantes de la legalidad. Esto fue posible porque meses antes, los estudiantes se habían tomado en serio las elecciones sindicales y habían escogido como representantes a estudiantes realmente interesados en la defensa de sus intereses, es decir, estudiantes demócratas. El Consejo Sindical decidió llevar la lucha contra los opusdeístas en el terreno legal, pero no sólo por ser legal, sino porque en él era posible *movilizar a todos los estudiantes*, es decir, oponer a la provocación violenta de una minoría la acción decidida y consciente de la gran mayoría. Se llegó, así, a la situación, sin precedentes en estos veinte años de franquismo, de que *un organismo sindical convocase pública y legalmente una huelga política antifranquista que fue observada al 100%.*

El recurso a la acción legal tenía, además, otra ventaja: la de ligar la acción de los estudiantes de Derecho con la de los estudiantes de las demás Facultades. El Consejo Sindical de Derecho delegó a algunos de sus miembros para que fuesen a exponer sus puntos de vista y sus decisiones a los Consejos Sindicales de las otras Facultades y, uno a uno, estos Consejos — que también se asientan, en su mayoría, sobre bases democráticas — fueron expresando su solidaridad activa con los estudiantes de Derecho. De este modo, la lucha contra el Opus transcendió el marco estrecho de una Facultad para convertirse en asunto propio — y público — de todo el Distrito universitario

Además, esto creó las bases necesarias para intentar dar a la lucha un carácter más amplio. Así el Consejo Representativo del Distrito Universitario de Cataluña y Baleares se encargó de editar y difundir la « demanda de aclaraciones » hecha por el Consejo Representativo del D. U. de Valladolid, poniendo de relieve, con ello, que la agresión de los opusdeístas no era fruto de una acción individual y aislada y que el espíritu anti-Opus era — y es — común a todas las Universidades españolas.

La movilización realizada por los estudiantes y la forma de realizarla fue lo que permitió mantener y consolidar la magnífica unidad de que hicieron gala, frente a los intentos divisionistas del Opus. Ya hemos hablado de la « diversión » intentada por éstos al plantear el conflicto en términos de « cruzada ». Pero no fue esto sólo: en un momento determinado, los opusdeístas lanzaron una gran campaña de infundios y denuncias hablando de un « complot » montado por estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas. Tras un primer momento de vacilación, el Consejo Sindical de esta Facultad reaccionó lúcidamente denunciando la maniobra y cerrando filas frente al enemigo. Esta forma de lucha permitió combinar la unidad en la acción con la diversidad de posiciones políticas. Buena prueba de ello es que pese al gran número y diversa procedencia de las hojas y declaraciones repartidas, éstas coincidían en lo esencial y la unidad de acción se mantuvo sin fisuras frente a las insinuaciones opusdeístas de que « los comunistas y otros se estaban aprovechando de la situación ».

Aprovechamiento de las posibilidades legales, íntima ligazón de la vanguardia estudiantil con la masa universitaria, movilización de todos los estudiantes contra la minoría franquista, conciencia clara de la dimensión política de la lucha, motivación argumentada de ésta, unidad total de los estudiantes: éstas son las magníficas enseñanzas de la lucha de los estudiantes barceloneses contra el Opus Dei. A la altura a que hemos llegado, con la perspectiva concreta de la huelga nacional pacífica, es éste un hecho de extraordinaria significación para quien sepa ver las cosas con claridad.

La lucha de los estudiantes y la situación política española.

Los jerarcas falangistas del S. E. U. acogieron la actitud de los estudiantes anti-Opus con gran satisfacción y se pusieron totalmente a su lado. Como es natural, esto provocó la desconfianza de muchos estudiantes, que temieron estar haciendo el juego a Falange.

Los estudiantes del P. S. U. de Cataluña — es decir, los estudiantes comunistas — plantearon la cuestión en una declaración que hicieron pública. Después de analizar las características del Opus Dei y su grado de participación en la gestión de la dictadura, ponían de relieve las contradicciones surgidas entre la camarilla opusdeísta y la camarilla falangista, aclarando que una cosa son estas contradicciones y otra la lucha de masas contra la dictadura. Es lógico — destacaban — que si esta lucha se dirige, en un momento concreto, contra una de las camarillas la otra — u otras — intenten aprovecharse. Pero de que intenten aprovecharse a que realmente se fortalezcan media un abismo. En definitiva, la lucha de masas lo que hace es debilitar a la dictadura y, por consiguiente, a las camarillas, todas, que la apoyan. De la lucha de masas sólo sale reforzado y beneficiado el pueblo.

Este planteamiento resuelve la indecisión que, en un momento determinado, pudo adueñarse de algunos estudiantes. Por ello no creemos necesario insistir en la cuestión.

Sí nos interesa, en cambio, destacar la gravedad y profundidad de las contradicciones existentes entre las camarillas franquistas. En cuanto la lucha de masas se concreta en una acción determinada, estas contradicciones aparecen violentamente a la superficie y su gravedad es tal que una de las camarillas no duda en colocarse temporalmente al lado de las fuerzas antifranquistas a pesar de que la acción de masas va también contra ella. La dialéctica de la situación es tal que la propia contradicción de las camarillas aumenta el empuje de la acción de masas, con lo cual la contradicción se agrava y el frente franquista ve disminuir sus posibilidades de oponerse con éxito a la lucha del pueblo.

La lucha de los universitarios barceloneses ha sido una nueva demostración de que frente a una acción unida de las masas, el franquismo no está en condiciones de poner en pie un contramovimiento de masas. Una minoría de fanfarrones, por un lado, y una minoría de jerarcas maquiavélicos e impotentes, por otro, luchando además entre sí: a esto se redujeron las fuerzas franquistas en un momento en que los estudiantes se declaraban en huelga y se movilizaban en masa contra la dictadura franquista.

No cabe mejor demostración de la fuerza real de ésta.

Ni cabe, tampoco, mejor demostración de que los estudiantes están en condiciones de ocupar un puesto de vanguardia en la lucha del pueblo que va a dar al traste con la dictadura del general Franco. Los próximos meses serán, al respecto, de un interés superlativo. A ellos nos remitimos.

CRITICA

- **Libros**

  «El capitalismo ayer y hoy»

  «Caminando por las Hurdes»

- **Poesía**

  «Las resistencias del diamante»

- **Teatro**

  Un «Rinoceronte» en el María Guerrero

- **Cine**

  «La paz empieza nunca» en López

- **Pintura**

  Grabados de José Ortega en París

‹ EL CAPITALISMO AYER Y HOY ›

La Colección « Socialism Today », a la que vamos a referirnos, representa no sólo un esfuerzo en la lucha ideológica, sino también un enriquecimiento del arsenal de materiales críticos. En efecto, los marxistas ingleses desarrollan su exposición del materialismo dialéctico en el cuadro de las necesidades ideológicas de la sociedad británica y en el de una crítica del aparato conceptual y teórico, tanto de la burguesía de Gran Bretaña como del movimiento laborista.

A partir de esta situación específica incluso las obras, los folletos con carácter de divulgación, cobran un gran valor.

Es de gran interés mirar la sociedad inglesa a través del cristal crítico de los marxistas que luchan en sus entrañas. Es importante desgarrar la bruma que la burguesía inglesa y los liberales de otros países han lanzado sobre la estructura de la misma, bruma que a algunos les ha permitido hablar de « Socialismo británico ».

A su vez, en lo que más de cerca nos concierne, conviene que liberales y socialistas españoles — en el sector intelectual en especial — conozcan la entraña de ese « socialismo británico » que en muchos casos es utilizado como justificación y prueba de: o una tercera vía hacia el socialismo, o de la evolución del capitalismo hacia formas sociales que negarían el capitalismo como tal, o por último, de la sociedad « socialista » británica como un ejemplo claro de la invalidación del análisis marxista.

Por otra parte los marxistas ingleses, al abordar los problemas en el cuadro de una situación concreta, a veces, ponen de manifiesto o insisten en aspectos del pensamiento marxista que, por ser menos urgentes, quedan en segundo plano en las publicaciones de otros países.

Por último, quizá sea importante mostrar la vitalidad del Partido Comunista de Gran Bretaña, que mantiene la lucha ideológica en un nivel intelectual, científico y riguroso que supera, en todos los sentidos y aspectos, al que alcanza la máquina del laborismo. Ese esfuerzo por el rigor y la profundidad es una divisa y un ejemplo. Al contrario de un Bevin o de un Gaitskell, caracterizados ambos por la fobia antiintelectual (en la medida en que el pensamiento científico se opone al oportunismo y al vulgar pragmatismo), el P. C. inglés lleva a la práctica el principio: « No hay movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria ».

En ese sentido conviene mostrar a quienes lo ignoran que el único esfuerzo serio por someter al fuego de la crítica y al banco del análisis los engendros de una tradición ecléctica y una práctica y teórica oportunista, en Inglaterra, lo llevan a cabo los comunistas.

« Capitalism Yesterday and Today » — M. Dobb.

En este primer fascículo de la colección a la que nos referimos al principio, Dobb expone las ideas esenciales que, sobre la estructura y el funcionamiento del Capitalismo, el análisis marxista ha elaborado.

Tras haber definido las categorías económicas que están en el centro del capitalismo como sistema — capital, salario, plus valía — muestra cómo las variaciones cuantitativas, no acompañadas de la desaparición de dichas categorías, no pueden tomarse como criterio de la transformación cualitativa del mismo.

Tiene interés la cuestión, ya que la economía burguesa o reformista, apoyándose en modificaciones cuantitativas que — sólo en algunos casos — ha sufrido el sistema, llegan a hablar de superación del capitalismo, o del paso a un nuevo tipo de sociedad.

« Considerables diferencias en el funcionamiento actual del capitalismo pueden ser halladas en las distintas etapas y momentos del crecimiento, a pesar de una semejanza básica en lo que se refiere a los rasgos esenciales de que acabamos de hablar ».

Llevando más adelante el análisis, las estadísticas sobre la distribución de la propiedad en Gran Bretaña muestran que, si en algunos períodos, por razones de coyuntura o simplemente por la lucha de la clase obrera, los salarios reales han experimentado una elevación *(1)*, el sistema, en medio de las alteraciones sufridas, mantiene lo esencial del capitalismo.

En efecto, en el período 1946—47, el 50% del capital era poseído en Inglaterra por menos del 1% de la población superior a 25 años, y el 80% del mismo estaba en manos del 10% de la última.

Dobb señala que la distribución de la renta (income-distribution) es menos desigual que la del capital, debido a que en el cálculo de la renta no se incluye la parte de beneficios no distribuídos individualmente por las grandes Compañías. Sin embargo, en 1947, el 1% de la población disponía del 20% de la renta total mientras que el 50% de la población, zona de las más bajas rentas, sólo disponía del 25% de la misma.

Si se compara esta situacion con la de Inglaterra en la pre-guerra, se puede comprobar que las modificaciones intervenidas son mínimas.

La segunda cuestión que en este folleto se aborda es mucho más general y de mayor trascendencia teórica.

« Las relaciones de producción capitalista — por las que yo entiendo relaciones de trabajo asalariado a capital — han madurado de hecho durante los dos siglos y medio que preceden a la revolución industrial » (2)

Con ello se hace posible seguir los rastros del capitalismo en sus momentos de crisálida: acumulación primitiva. Por otro lado, aparece una periodización de la historia en la que los jalones no son artificiales, sino marcados por los puntos en que una nueva formación social se abre camino.

En lo que de cerca nos concierne, la cuestión es de talla. Dicha periodización nos permite estudiar bajo una luz diferente toda una serie de fenómenos políticos e ideológicos, en particular dentro de nuestro siglo XVI.

En este período, que el autor denomina de « pre-revolución industrial », el capital mercantil desempeña un papel importante — aunque no único — en el proceso de acumulación capitalista, y el mercantilismo aparece, en esta estructura social, como el pensamiento económico propio de la burguesía y perfectamente adecuado a un estadio en que la masa de capital está aún en el

(1) Conviene señalar que el aumento del salario no implica la negación del empobrecimiento absoluto o relativo de la clase obrera.
« La depauperación absoluta de la clase obrera está íntimamente vinculada con el movimiento del salario real, aunque no depende íntegramente de sus fluctuaciones » (E. Varga — « Problemas fundamentales de la economía y de la política del imperialismo » — Buenos Aires 1959; págs. 40 y sigs.)

(2) A este respecto son importantes los trabajos de H. Hauser sobre los orígenes del capitalismo.

(3) K. Marx: « Critique de l'économie politique » y « Histoire des doctrines économiques », en la que se encuentran notas de un interés extraordinario para la comprensión del pensamiento mercantilista, de su contenido, así como para el problema de la inflación en el XVI (Vol. — I — pág. 16 — E. Costes.)

sector comercial, y en que la nueva categoría «valor de cambio» se concretiza en los metales preciosos. (3).

Ante tal análisis, el mercantilismo es una cosa muy otra que un simple error, un espejismo: el de los metales preciosos, y aparece como un primer esbozo del pensamiento económico burgués.

Siguiendo el hilo de nuestro razonamiento, hemos de reconocer que la política económica de los dos primeros Austrias jamás tuvo la más mínima orientación mercantilista, y en ese sentido, están de más las interpretaciones de la política de Carlos I como un elemento y un esfuerzo en la fundación de un Estado moderno. (4)

A su vez — y es importante — para las características del capitalismo español (supervivencia de residuos semifeudales, debilidad de la burguesía en los siglos XIX y XX) habría que buscar el origen y la causa, no en los momentos de la revolución industrial sino mucho antes, en pleno XVI, con lo que las apologías del Imperio, y la interpretación del Siglo de Oro, sufrirían una gran alteración.

El capítulo dedicado a los monopolios es también de interés. El autor no se detiene en ilustrar de qué manera la acumulación capitalista ha conducido a la concentración de la unidad de producción y de capital. La tesis de Marx no es hoy rechazada seriamente por nadie, y el célebre «crecimiento de las clases medias» queda por tierra, con su corolario del «capitalismo popular» (5)

En segundo lugar, el autor sostiene que la aparición del monopolio no excluye la competencia, antes al contrario, la agudiza, aunque en formas muy elevadas.

«La forma de la competencia cambia. En lugar de la competencia de precios — como en el XIX — ahora se trata de guerras de publicidad y campañas de venta... ligazones con las firmas de distribución... concesiones preferenciales de contratos y protección fiscal».

Después, menciona los distintos tipos de fusión o combinación de grandes empresas: De la pirámide — táctica común de empresas más o menos independientes — lograda por el intercambio de participaciones en el capital de las mismas o por los lazos personales dentro de los Consejos de Administración, al cartel, verdadero sindicato de venta, controlando el mercado o la producción de las firmas asociadas, y sosteniendo un nivel de precios óptimo para los intereses y realización de beneficios, por medio de cuotas de precios y ventas.

La estructura monopolista no suprime la competencia, y la política económica de la misma tiende a obtener un sistema óptimo de precios en función de máximos beneficios. Estas dos ideas centrales en el análisis de la estructura monopolista son esenciales para desgarrar las mistificaciones según las cuales la estructura monopolista en sí — sin que intervengan cambios en las relaciones de producción — es un paso hacia una nueva etapa en que el capitalismo se niega a sí mismo, se suprime, por evolución interna.

El capítulo IV estudia una cuestión fundamental, ligada íntimamente a la anterior, es decir, al maltusianismo propio de la política monopolista. Se trata de la ley de la caída tendencial de la cuota de beneficio. Esta ley había sido ya estudiada por Marx; al aumentar la razón capital constante-capital variable, incluso si la cuota de plus valía crece, la razón beneficio-capital invertido desciende.

La cuestión es de talla, ya que del funcionamiento de dicha ley — descenso del beneficio relativo — la política de inversiones, en sistema capitalista, no puede tener como límite el de cubrir las necesidades sociales, sino que las inversiones han de moverse en las fronteras marcadas por ese cociente beneficio-capital invertido, cociente que

(4) Ranke, por ejemplo. En España, y a pesar del indiscutible valor de su trabajo, errores de interpretación en Carande «Carlos V y sus banqueros».

(5) A. Grant, en «Socialism and the Middle Classes», estima que éstas representan el 17 ó 18% de la población británica.

puede aumentar por una disminución relativa del denominador.

Que dicha tendencia existe es un hecho que ha sido estudiado precisamente en Gran Bretaña: el capital constante por obrero, de 1870 a 1938, ha duplicado. En EE. UU., a excepción de la década de los 30, el capital constante ha crecido más rápidamente que el capital variable.

En estas condiciones, y a pesar del incremento de la cuota de plus-valía — que los economistas soviéticos han estimado haber ascendido a 300% en algunos casos — la caída de la cuota de beneficio actúa como freno en la política de inversiones realizada en condiciones de estructura capitalista.(6)

Es esta caída de la cuota de beneficio lo que está a la base de dos fenómenos esenciales en la política de los monopolios o de los gigantes de la industria:

a) de un lado, la exportación de capitales, en busca de condiciones óptimas de beneficio,

b) de otro, el carácter maltusiano de los grandes trusts y su incapacidad para resolver dos problemas básicos: elevación de la producción al nivel de las necesidades, e industrialización de las áreas insuficientemente desarrolladas.

La cuestión de las crisis es probablemente el capítulo menos claro de la obra, y esto quizá por su complejidad misma. No obstante, los elementos básicos del análisis marxista están expuestos con bastante precisión:

« el ciclo debe ser considerado como un ciclo en el proceso de la acumulación capitalista, y las rupturas periódicas acaecen a causa de que la necesidad de acumulación e inversiones del capital sobrepasan las condiciones que determinan qué beneficio puede ser obtenido del capital invertido. Esto es lo que Marx quiere decir cuando habla de la expansión de la producción capitalista entrando en contradicción con las condiciones de extracción y realización de la plus-valía ».

Dobb describe la alternancia boom-crisis a partir del análisis del movimiento en los *Sectores* I (medios de producción) y II (artículos de consumo). El sector I, durante el boom, aumenta las inversiones, el empleo, el total de salarios y beneficios, lo cual hace aumentar la demanda en los sectores II y en el mismo I — como reflejo del incremento del aparato de producción en II. Durante el boom, ambos sectores han aumentado su capacidad de producción.

En estas condiciones, la capacidad de producción puede sobrepasar los límites de la demanda — *de la demanda social total, no de la que se satisface en el sector II* — e iniciarse una caída en la cuota de beneficio, la cual inaugura una caída en las inversiones, en el empleo y en la demanda total, ahondando así el movimiento de descenso.

En general — los estudios históricos lo han probado, — la espiral descendente comienza antes de que se llegue a la situación de pleno empleo, ya que la tensión en el mercado del trabajo tenderá a hacer subir los salarios con lo que — y a pesar del aumento de la demanda consiguiente — *el ascenso del beneficio relativo se detendra*. Y ésta es la cuestion crucial.

Dobb hace, pues, entrar en juego en la explicación del proceso de la crisis la cuota de beneficio, con lo que se rechaza la interpretación simplista de la crisis de superproducción como crisis de subconsumo. (7)

Además vemos que no se trata tan sólo de una superación de la demanda de consumo personal. Tampoco de un simple desequilibrio — como quería ver Sismondi — sino de algo más profundo: la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada del beneficio y la plus-valía.

Una expansion sin límites ni escollos de la producción no es posible debido a que, en sistema capitalista, produc-

(6) Cf. « Cahiers Internationaux », enero-febrero, 1961. Jean Durel, « CECA, Marché Commun et concurrence », con bibliografía para la crítica de las concepciones, demasiado extendidas, de Schumpeter.

(7) Cf. Lenin: « Pour caractériser le Romantisme économique ».

ción y consumo no se enlazan directamente, sino, indirectamente, a través de la cuota de beneficio. De ahí las contracciones de la producción y el reajuste a través de la crisis.

« No puede explicarse la crisis sin analizar la caída de la cuota de beneficio que la explica ». (8)

Dobb insiste en este punto en la página 51: incluso en el caso que las inversiones se realicen en el sector I, evitando por algún tiempo la superproducción en el II, el resultado es el crecimiento del stock de capital sobre el que se obtiene un beneficio.

Una razón suplementaria, que permite entrever la fatalidad del proceso, es que en los países industrializados la acumulación de capital es más rápida que el crecimiento de la población.

No se trata de una crisis de subconsumo sino de superproducción *respecto a las condiciones de realización de la plus-valía y de obtención del* beneficio.

Marx ha señalado:

« La producción encuentra sus límites en el beneficio de los capitalistas y no en las necesidades de los productores. Hay una diferencia absoluta entre la superproducción de productos y la superproducción de mercancías » (9)

La existencia de un mercado, de una demanda, no basta para sostener indefinidamente un ascenso de la producción.

El capítulo final aborda tres cuestiones en el examen de la situación del capitalismo en la posguerra:

a) agudización del capitalismo monopolista de Estado;
b) crítica de la revolución de directores (Managerial Revolution);
c) crítica de la revolución de la distribución de la renta.

Sobre el primer punto, nada hemos de decir: Dobb sigue las tesis ya conocidas (10). Señala cómo el Estado capitalista pasa a ser un instrumento en las manos de la oligarquía financiera, en defensa de sus intereses específicos. *A pesar de las contradicciones en el seno de la oligarquía o entre ésta como un todo y otros sectores de la burguesía, el aparato del Estado burgués toma en sus manos la defensa del sistema como un todo.*

La crítica de la revolución de directores — la idea de Burnham — es importante. En efecto, en los medios reformistas y burgueses dicha concepción, la nueva clase, los directores, enfocaría los problemas de la producción según criterios muy alejados de los que movían al capitalista tipo.

Una reelaboración del Informe « Berle and Means » — que estaba a la base de la obra de Burnham — ha mostrado que el número de casos en que el control de la producción estaba en manos de personas con una cantidad mínima de intereses en las participaciones de acciones, es mucho más pequeño de lo que se había supuesto.

Por otro lado, el profesor Sargant Florence, del estudio de 85 de las más grandes empresas, saca la conclusión:

« En las grandes compañías, por término medio, 20 accionistas de entre el total de 10.000 a 20.000, poseía, en los EE. UU. 1/3 del total de votos... es evidente que la revolución directorial ha ido mucho menos lejos de lo que se había dicho, y las decisiones quedan, en definitiva, en manos de los grandes accionistas ».

En cuanto a la revolución en la distribución de la renta — otra de las grandes ideas de la social-democracia y de los ideólogos de la burguesía monopolista — es estudiada desde dos puntos de vista:

a) alcance de dicha redistribución;
b) contenido de la misma y significado profundo.

Su alcance cuantitativo es mínimo: entre 1938 y 1947 la renta del 1% de rentistas — sector más elevado — ha

(8) J. Durel: « Le marxisme et les crises », Gallimard, 1933, 94 y sgs.

(9) Citado según J. Durel, ibidem.

(10) Cf. Ostrovitianov y Tcheprakov, en « Problemas de la Paz y el Socialismo » octubre 58, y el número 10 de la misma publicación « Aspectos del capitalismo monopolista de Estado en los EE. UU. »

pasado de 20% a 19% de la renta total, mientras que la participación del 50% — rentas más bajas — se ha elevado de 27% a 30%. Esto en Inglaterra.

En EE. UU. la participación en la renta total de los 3/10 — zona de más bajas rentas — *actualmente declina. Esto conviene que lo sepan los «capitalistas populares».*

En cuanto al significado profundo de tal redistribución, es de notar que, en general, se trata de un aumento o una disminución de *las rentas personales*, cálculo en el que se omiten los beneficios no distribuídos, que forman parte de las rentas capitalistas, y que han crecido considerablemente después de la guerra.

En este mismo capítulo se alude a un punto muy debatido desde hace años: se trata de la tesis según la cual el capitalismo, en su fase actual, se encuentra en condiciones de impedir los desequilibrios profundos, a saber, las crisis.

En efecto, el mundo capitalista ha atravesado de 1945 a 1957 un período de relativa estabilidad. A pesar de las crisis intermediarias de 48—49, 1952 en Inglaterra, 53—54 en EE. UU., el paro no ha alcanzado niveles alarmantes: 2% en Gran Bretaña y 4% en EE. UU. (las perspectivas en el momento en que escribimos esta reseña son mucho menos tranquilizadoras). La producción industrial ha aumentado en 1/3 en Inglaterra y en 1/2 en EE. UU.

En estas condiciones ¿es posible, hablar de superación de contradicciones profundas? ¿o bien, debemos buscar la explicación en fenómenos de coyuntura?

Dobb explica la cuestión en términos de coyuntura.

a) ha habido — en la primera etapa de este período — el gigantesco mercado abierto por la tarea de reconstrucción;

b) la guerra de Corea ha desempeñado cierto papel en la reabsorción de la crisis del 49;

c) en el 53, las inversiones privadas en EE. UU. continuaron a un ritmo satisfactorio, a pesar de una cierta lentitud en los gastos de rearme. Se trataba de un boom de renovación de equipo, y, como elemento de más largo alcance, de la continuación de un boom de revolución técnica: la automación que, en la década del 50 al 60, ha tenido fuertes repercusiones, las cuales se materializan en el siguiente hecho:

«la producción se ha extendido más rápidamente que el empleo en Inglaterra, EE. UU. y Alemania Occidental. La producción por obrero empleado creció en Inglaterra en 12%, en EE. UU. en 16% y en Alemania Occidental en 35%». (11)

J. VALDES

(11) La cuestión es más ampliamente tratada por Trachtenberg en «Leyes y particularidades de las crisis económicas», «Etudes Economiques», nº 91, 1955. Estudia muy bien los factores que enmascaran una crisis.

«CAMINANDO POR LAS HURDES»

Hay un gran interés, una honda preocupación, en la joven promoción de escritores españoles por conocer las tierras y los problemas de España y nada mejor para esto que echarse a andar por los caminos.

Hay una larga tradición viajera en nuestra literatura. Para situar a los últimos autores de libros de viajes en España tendremos que referirnos inevitablemente a los hombres del 98 que se movieron constantemente sobre la geografía española, a quienes se imputa el descubrimiento de nuestro paisaje y de los cuales arranca en parte una forma de ver y de contar todavía vigente entre escritores de nuestros días (así podemos incluir entre los viajeros del 98 a Víctor de la Serna y José Cela, en cuanto se hallan vinculados a aquéllos por un mismo criterio predominantemente esteticista).

Ahora bien, es preciso fijar las diferencias, deslindar las posturas entre los hombres del 98 y los últimos autores de libros de viajes, puesto que representan dos formas distintas de interpretar la realidad española.

La llamada «generación» del 98 está integrada por una serie de escritores que coinciden en el tiempo pero que presentan entre sí una tremenda incoherencia ideológica, de ahí que resulte falso y absurdo hablar de una ideología de grupo, de una ideología compartida al referirse a los hombres del 98. No obstante hay algo en común entre ellos; todos pertenecen a una misma clase, la burguesía, como clase arrastran un gran fracaso desde principios del siglo XIX. La burguesía de casi todos los países de Europa había sido revolucionaria en la hora en que le correspondió serlo; la burguesía española, no. Balzac, por ejemplo, participa con su obra en la cimentación de los principios de la burguesía revolucionaria francesa. La crítica, pero cree en ella; es, en suma, un escritor constructivo.

Los hombres del 98 se sienten defraudados, creen que España no se puede cambiar y se llenan de nostalgia y les duele y lloran sobre su suelo, con ternura si se quiere, como ante un hijo muerto.

En general, y de distintas formas, estos hombres, en su andar por los caminos del país, se detienen en la belleza del paisaje o en el reverso de la belleza — que a la postre constituye otra forma de esteticismo — para exhumar vocablos en desuso e incorporarlos al acervo del español escrito (Azorín) o para llegar, en medio de una soledad desgarradora, a un misticismo panteísta (Baroja: «Camino de Perfección»). Quizá el único hombre del 98 que descubre, andando por España, viajando en los trenes, los verdaderos problemas que vive el pueblo español, los males que arrastra desde muchos años atrás, no «por su mala cabeza» sino por un sucesivo sometimiento a presiones políticas y sociales que le han ido conformando con unos perfiles determinados, es don Antonio Machado.

Los jóvenes escritores, por imperativo de nuestro tiempo, del clima político-social que vivimos, están en trance revolucionario. Tienen una clase pujante en la que integrarse: el proletariado. Muchos de estos escritores son de extracción obrera, otros se unen a la nueva

clase ascendente en demanda de unas justas reivindicaciones. Resumiendo: la lucha por defender o cambiar algo — esa inmersión inevitable en la lucha de clases — que ha sostenido siempre el escritor, se plantea ahora de una forma muy viva, muy urgente. España les duele a los jóvenes escritores, pero les duele de una forma muy concreta y ellos saben que España puede dejar de dolerles; se puede cambiar.

Juan Goytisolo en « Campos de Nijar », Armando L. Salinas y A. Ferres en « Caminando por las Hurdes » nos presentan, dentro de la calidad artística de la obra literaria, unos problemas, planteados hace tiempo en España y que cada día va urgiendo más su resolución. Practican los escritores citados anteriormente un criticismo sumamente constructivo.

Del libro de Goytisolo ya nos ocupamos en otro número de nuestra revista. Ahora vamos a « Caminando por las Hurdes »(1).

« Caminando por las Hurdes » es un libro magníficamente escrito, el mejor de la corta obra de estos jóvenes autores. Tratándose de un libro en colaboración presenta una unidad de estilo sorprendente. Es difícil decir cuándo escribe Ferres y cuándo López Salinas.

Ambos se internan por las Hurdes, la región más desolada y mísera de España, y nos van dando su paisaje físico y humano, huyendo de todo pintoresquismo, con una profunda seriedad. Desde la Alberca hasta Casar de Palomero, van anotando, en páginas de una gran madurez literaria, problemas de repoblación forestal, problemas de enseñanza, de salubridad. Los hurdanos no son una raza maldita providencialmente en un país donde todos los males, desde el más pequeño hasta el más grande, se quiere que tengan un origen providencial. Ya en el prólogo — y luego repetidamente a través del libro — tocan el gran fondo de la cuestión. « En nuestro entender, el problema de esa pequeña comarca está tan pegado a su miserable tierra que ni el Patronato de las Hurdes, ni todas las instituciones creadas con tan noble propósito pueden resolver rápidamente, tal como fuera de desear, el dolor de sus escondidas alquerías ». Los viajeros no dan soluciones, plantean en carne viva los problemas; los viajeros « no ignoran que Hurdes de hambre y de miseria se desparraman por toda la geografía de la patria ».

Los viajeros parecen comprender que esta España nuestra no se arregla con Patronatos; es necesario que se verifiquen en ella cambios profundos.

La lectura del libro es impresionante. Es un libro dirigido a la sensibilidad y nos conmueven su ternura, el ver sufrir a unas gentes en lucha enconada con un palmo de tierra; pero luego, también queda en nuestra razón, como un poso, esa terrible realidad española contada sencillamente.

Libros como « Caminando por las Hurdes » nos enseñan a conocer nuestra patria sin velos esteticistas, más o menos pintorescos, que nos oculten la postración en que ha sido sumida por una política oligárquica.

ALBERTO LAVEGA

(1) — Armando López Salinas y Antonio Ferres. Relatos — 192 págs. Ed. Seix Barral.

«LAS RESISTENCIAS DEL DIAMANTE»

de Gabriel Celaya

Con algún retraso, llega a nuestras manos, en edición bilingüe, — traducción francesa de Marie Chevallier y Françoise Martorell — el poema de Gabriel Celaya «Las Resistencias del diamante». (L'Irréductible Diamant) (1). Se trata de un magnífico y extenso poema — editado en Méjico, en 1957 — que, del comienzo al fin, mantiene viva la emoción del lector. En este libro, Celaya relata un hecho, lucha y resistencia de unos hombres y una mujer, «héroes vulgares», sucedido en un lugar determinado y en un tiempo preciso.

«Fué un catorce de septiembre
y ocurrió en Fuenterrabía».

Cuatro hombres, Yarza, Arin, Vidaur, Mendía, esperan el momento propicio para salvarse. Se hallan ocultos en una bodega, sin espacio para moverse. Allí, amontonados, recuerdan, reviven los hechos. Se debaten entre la duda y la decisión. Unidos como un solo hombre, esperan. Pero el tiempo transcurre lento...

«Fué un catorce de Septiembre
cuando los frutos destilan
la luz negra del azúcar
con sensual melancolía.
Fué, doliente; no maduro
y sangró Fuenterrabía.
¡Oh, copa azul del paisaje!
Dioses jóvenes bebían
vino negro y pena espesa.
Y los héroes existían».

El tiempo transcurre lento, el peligro aumenta. Una mujer, Mirari, cuenta cada instante que pasa, cada minuto que falta, mira el reloj. Su angustia le presta valor. Su secreto la defiende. Se vale de la estratagema de un guiñol:

«En el Nautilus, Mirari
sigue animando el guiñol
con sus ojos que combinan
la penumbra y el ardor».

Mirari, la heroína del poema, toma parte activa en el hecho, y logra salvar a los cuatro hombres. Celaya canta la belleza, que es valor y serenidad, de esta mujer. Su gesto heroico nos recuerda el de tantas otras mujeres españolas que participan en silencio en esta lucha del pueblo español.

«Bajo la noche imantada,
Mirari camina sola.
La luna reina, centrando
el silencio a la redonda;
una mitad, luz de miedo,
la otra, plomo azul de sombra.
Crece el cielo, crece, crece
pero nada desemboca
y los pasos de Mirari
en lo secreto, desdoblan
una intención decidida
y una inminencia aún sin forma»

Como un artesano que ama y conoce su oficio, Celaya construye y vive su poema sin necesidad de búsquedas es-

(1) — *Collection «Alluvions», Action Poétique — Marsella, 1959.*

téticas inútiles. Es una poesía que no se complace a sí misma: transcurre. Existe ahora como un testimonio de su época y existe en el futuro por su contenido social. Es, pues, esencialmente « temporal ».

« Salgo del laberinto de mi yo.
Canto el hecho
de unos hombres vulgares. Y en
ellos me edifico.
Construyo el heroísmo. Remuerdo
el sufrimiento ».

Traducir la poesía de Gabriel Celaya, expresarla en otro idioma, no es empresa fácil. Y lo han logrado plenamente Marie Chevallier y Françoise Martorell en una traducción exenta de transposiciones artificiosas, con un amplio sentido poético. Conocedoras de los dos idiomas — francés y español — han penetrado, han seguido fielmente el tema y la métrica del poema de Gabriel Celaya « Las Resistencias del diamante». Con ese sentido francés de la medida y ese sentido realista español que, tratándose de la poesía de Gabriel Celaya, es, también, veracidad.

MARIO GUEVARA

Un ‹Rinoceronte› en el María Guerrero

Con « Rinoceronte », Ionesco incide en una temática muy querida, y ya tradicional, en los escritores contemporáneos; la angustia, la soledad, y la imposibilidad de una ruptura que la desborde tienen un nuevo planteamiento en esta farsa en la que los hombres se convierten en rinocerontes, y en la que los « verdaderos hombres » permanecen aislados, en inquebrantable oposición a esa sombría fauna, considerada antes, equivocadamente, como perteneciente a una misma especie.

Ciertamente, en un principio, nadie puede negar la realidad histórica de esa problemática. El realismo artístico que defendemos y que necesariamente nos conduce a un compromiso moral e inmediato con los aspectos más urgentes de nuestra sociedad, podrá llevarnos — en ocasiones, y según las circunstancias — a discutir las posturas personales de quienes seleccionan y escogen dentro de estas parcelas de realidad menos acuciante, más subjetiva, pero nunca a negar la verdad intrínseca de la obra de arte que la analice. No es de aquí, sino de su concreto planteamiento expresivo, de donde surgirá la básica invalidez artística e ideológica del « Rinoceronte » que, a su vez, imposibilitará un enfrentamiento crítico que respete las pretendidas igualdades iniciales existentes entre la obra y el crítico.

El hombre, a través de la conciencia existencial, ha redescubierto la muerte como hecho fundamental de la vida, y la angustia como estado sentimental más auténtico. Está claro que esta conciencia subjetiva tiene una realidad objetiva que la condiciona, y que tanto una como otra se producen solamente en determinada época histórica, y dentro de los esquemas ideológicos de la clase burguesa. Coincidiremos y participaremos plenamente con toda obra que llegue, por uno u otro camino dramático, a estas conclusiones. Cabe otro planteamiento, menos realista, ideológicamente opuesto en el que estos sentimientos y estos problemas no solamente se generalizan, sino que se hacen universales e intemporales. A partir de determinada mentalidad es válido, sin embargo, este enfoque artístico. La discusión habría de plantearse en el terreno, más dificultoso, de lo estrictamente ideológico.

Sin duda, Ionesco pertenece, por sus ideas, al segundo grupo; pero ha ocurrido que, rechazada desde un principio la primera de las posiciones, tampoco ha sabido dar validez dramática a la expresión de la segunda, y ha caído en una primera y profunda contradicción formal de la que en ningún momento ha sabido salir.

Becker, en todas sus obras, al enfrentarse a una problemática considerada esencial y fundamentalmente

inmutable, ha tratado de intemporalizar totalmente la acción y el diálogo. De esta forma, los personajes, convertidos en símbolos — y a pesar de que automática e involuntariamente un elemento dramático fundamental, el lenguaje, adquiría una innegable realidad, desligada por completo de la de los actores, y proyectada por el espectador a situacienes concretas —, tenían una realización dramática donde la equivalencia simbólica era total y en la que únicos elementos localizadores — el vestuario, algunos pocos detalles — tenían una validez puramente anecdótica ... Ionesco ha utilizado todos esos símbolos, pero al mismo tiempo los ha situado dentro de una acción historizada. Parece obvio señalar que todo este proceso de masificación, de « rinoceritis », no adquiere sentido más que juzgado desde perspectivas contemporáneas. Pero la realidad histórica tiene una vida propia, independiente de los esquemas y opiniones de Ionesco. Y entonces, en « Rinoceronte », se establece un profundo contrasentido que viene dado por el choque entre una idea que exige un desarrollo realista, y estos personajes — símbolos que lo impiden. Convertidos apriorísticamente en portavoces de las ideas del autor y no de la existencia de una realidad, pero al mismo tiempo aplicados a la realidad de una contemporaneídad, y siempre dentro de conceptos históricamente contemporáneos, al espectador — a quien se le escamotean arbitrariamente los elementos de juicio — no le queda otro camino que el de ser engañado o el de rechazar la obra; nunca el de ser verdaderamente convencido. Berenguer, los rinocerontes...tienen desde un principio una presencia simbólicamente universal aplicada a la interpretación de los hechos concretos, cuando sólo a través del análisis de estos hechos concretos y particulares podía haber intentado llegar a significaciones de carácter total. Este será el defecto fundamental que, en su inevitable condicionamiento, anunciará toda la pobreza ideológica de la obra, pobreza que, en su raquitismo, es sintomática y extensible a la triste e indefensa soledad de estos últimos baluartes del pensamiento burgués.

Es necesario, a la hora de juzgar « Rinoceronte », distinguir dos partes, claramente diferenciadas, incluso en los aspectos formales de su construcción. Y de estas dos partes es la primera la que, en cierto modo, podemos admitir, e incluso defender. Sin salirse en ningún momento de lo que, inevitablemente, había de ser un tono menor, Ionesco sabe construir una farsa escénica, llena de ingenio y habilidad. Juan, el tendero, el Lógico, el Viejo y la Vieja, se agitan casi frenéticamente por el escenario, hablan, discuten, razonan, ven un rinoceronte, deciden que es necesario hacer algo, y vuelven a discutir, a razonar, a tratar de comprender... Esto es lo verdaderamente importante; superado aquí el concepto del lenguaje como simple vehículo expresivo de una acción que nos es presentada directa o indirectamente, se llega al planteamiento del drama mismo del lenguaje. Los rinocerontes — el hecho insólito y amenazador — han llegado a la ciudad; es necesario — todos están de acuerdo — actuar, detenerlos, porque se sospecha el peligro. Pero todos — también sin excepción — permanecen en el sitio, hablando, tratando de encontrar un puesto al hecho insólito dentro de sus esquemas mentales. Mientras, los rinocerontes han entrado en la ciudad, se extienden... El lenguaje, pues, nos es presentado aquí como excusa y defensa de la acción. Se piensa para no actuar; más aún, el lenguaje encierra dentro de sí las causas insalvables de la inactividad. Crisis del lenguaje, es decir, superando el término, crisis de la idea y del pensamiento, que ya no nos sirve, porque ante la realidad de los

hechos exteriores no nos ofrece soluciones ni posturas prácticas; drama tremendo de una sociedad que asiste impotente al derrumbe de sus convicciones, de todo lo que le hacía sentirse fuerte...

Si la obra hubiera terminado ahí, nada tendríamos que objetar — una vez admitido su carácter menor —; pero Ionesco añade un segundo acto, el más importante, sin duda, desde su punto de vista, porque ahora se define y moraliza, abandona casi por completo la sonrisa — por muy amarga que ésta fuera — y se vuelve serio... Unas frases del mismo Ionesco, publicadas en un artículo aparecido en la revista «Primer Acto», nos pueden dar la clave de lo que es este segundo acto, de lo que es, en suma, «Rinoceronte»: «Creo que dos peligros amenazan la vida espiritual y la del teatro en particular: la esclerosis mental burguesa, por una parte, y la tiranía de cierta política, por otra; es decir, la burguesía por todas partes... Sabemos muy bien que cuando se nos habla de salvación es porque se piensa en que todo el que se rebele contra esa salvación debe ser condenado... Entiendo por espíritu burgués el conformismo de arriba, de abajo, de derecha o de izquierda, el irrealismo burgués como el irrealismo socialista... Con frecuencia, por desgracia, los peores burgueses son los que se llaman antiburgueses». Y, ya para terminar: «Lo popular no es el pueblo»... Frases muy dichas, muy machacadas, demasiado oídas para que nos lleven a engaño. Berenguer, a lo largo de sus largos monólogos, recubiertos de un humanismo por el que se trata de llegar al espectador de una forma directamente emocional, expondrá sistemáticamente toda la típica mentalidad individualista burguesa. En suma, nos encontramos con el drama tremendo del hombre, del «último hombre» libre, que lucha con el proceso de masificación que lo invade contra todo el mundo, como dice Berenguer. Creo que a la exposición que Ionesco hace de esta ideología, un tanto simplista y ya vieja, bastará, con señalar cuatro o cinco puntos desde los que se puede comprobar la falsedad que preside su planteamiento y sus conclusiones:

1) Este ataque al aburguesamiento y a la masificación se plantea desde la típica mentalidad individualista burguesa, cerrada en la egoísta defensa de los valores subjetivos, mentalidad en la que, precisamente, una clase ha sabido erigirse en dominante y llegar, en nuestros días, a la más inhumana masificación en todos los terrenos del trabajo y de la vida privada. Es curioso y contradictorio que ahora, y utilizando los mismos métodos, las mismas ideas, la burguesía se enfrente a su propia obra desde posiciones condenatorias. Aunque sean puramente verbales...

2) Este proceso de masificación se nos presenta de una forma totalmente indeterminada. No son los de una ideología u otra, los de una clase u otra... Son todos, sin excepción, y sin diferencias... Los elementos externos no condicionan ni determinan absolutamente nada... Nos encontramos, parece, ante un movimiento, general, colectivo, de la humanidad, a la que se considera, en lo íntimo, esencialmente uniforme... Pero frente a esta concepción esencialista ¿qué significa Berenguer?... O bien no todos los hombres son tan iguales como nos los presenta Ionesco, y las condiciones reales de su existencia y su mentalidad significan algo y determinan, aunque sólo sea en parte, su conducta, o Berenguer es un monstru, un error de la naturaleza. Y no creemos que Ionesco haya llegado a esas conclusiones sobre sí mismo.

3) La consideración anterior nos lleva a una nueva. Aquí se habla de abur-

todo, y al que se doblegan quienes parecían mejor preparados, y que tendrá en su base un aburguesamiento general, de « derechas o de izquierdas ». La única forma de no ser burgués es la de quedarse solo, « defendiéndose » guesamiento — burguesía de las ideas y los sentimientos —, no de la burguesía como clase. Pero lo que no se puede hacer es deslindar el aburguesamiento — fenómeno real — de la burguesía como hecho y clase histórica que ha impuesto las bases para que aquél fuera factible.

4) Creo que conviene señalar, para terminar, una postura, ya habitual, y de la que participa Ionesco. Es ésta lo que pudiéramos llamar sublimación o idealización de la angustia. Si la angustia es, actualmente, un hecho real, y necesario, porque las condiciones que la producen permanecen dominantes, Ionesco falsea esas condiciones, de forma que, de históricas y temporales, pasan a ser eternas e imperecederas. El juego teatral de Ionesco le permite erigir la angustia como estado necesario del hombre, al que no se puede abandonar más que traicionándose a sí mismo. Un paso más, y esta soledad metafísica tendrá para el espectador, y para satisfacción de Ionesco, una presencia física e impalpable: Berenguer, hombre, entre rinocerontes que le rodean por todas partes. Se realiza definitivamente ese paso, dado por Camus, por la mayor parte de los pensadores existenciales de nuestro tiempo, que consiste, a partir de la soledad, en edificar un nuevo valor moral: la angustia.

Con razón se puede hablar, como ya alguien lo ha hecho, de « aburguesamiento de la vanguardia ». Aunque el término vanguardia, en este caso, nos resulta un tanto falso. Porque si ideológicamente está claro lo falso que resulta hablar de ello, en el terreno de la expresión tampoco resulta fácil hacerlo. De lo contrario se daría — y esto sería lo sorprendente — el primer caso de una obra de contenido fundamental e históricamente reaccionario y de forma vanguardista, revolucionaria incluso. Hemos señalado ya los que pueden considerarse valores decisivos del primer acto, desde el punto de vista del lenguaje, consistente en participar de esa corriente teatral en la que se descubre la expresión hablada como el elemento casi único al que el autor puede enfrentarse con pretensiones de lograr una dimensión artística verdaderamente realista. Conviene indicar, de todas formas, que la pureza de Ionesco es muy inferior a la de, por ejemplo y ya que lo he citado anteriormente, un Becker. Apoyado todavía en gran forma en la acción dramatica, concebida a partir de los habituales convencionalismos, « Rinoceronte » participa de un dualismo que le hace, incluso en su primer acto, quedarse a *medio camino*. Y en cuanto al segundo acto, en ningún momento se abandona el más tradicional de los desarrollos dramáticos. A menos que se considere vanguardista la utilización, bastante ingenua, de rinocerontes de cartón, con lo que la deshumanización que anuncia Ionesco adquiere una presencia real en el escenario. Pero la utilización de estos símbolos formales, de estas a modo de máscaras, es casi tan vieja como el teatro.

De cara al teatro y al público madrileño, el estreno de « Rinoceronte » ofrece dos aspectos un tanto contradictorios. Por un lado, el hecho indudablemente positivo de que esta obra puede servir de anuncio y justificante al estreno de un teatro extranjero del que sólo conocemos las muestras a través de los teatros de cámara. Esta debilitación de la censura indica bien claramente la ya absoluta imposibilidad material de mantener los rígidos esquemas impuestos por la dictadura durante veintiún años, la necesidad imperiosa de ceder posiciones, por pocas e insigni-

ficantes que sean. Por otro lado, — y aquí el hecho es mucho menos simple — tenemos, primeramente, el que la burguesía ha aceptado, entusiasmada, una obra que venía a vigorizar unas posturas viejas, caducas, cuya única posibilidad de permanencia se establecía a partir de posiciones defensivas. Con esta « savia nueva » ha creído poder pasar a posturas más vigorosas, de ataque; desde esta suposición se comprende la cerrada ovación con que el público de la noche de estreno recibió la ultima caída del telón.

Así, el estreno de « Rinoceronte » nos demuestra dos cosas: una, la debilidad de unos hombres, de una clase, que ha venido manteniéndose en el poder, por la fuerza, durante tantos años; otra, la posibilidad de que la apertura de la burguesía a determinadas corrientes de pensamiento vigorice nuevamente su posición dominante dentro de la sociedad española. Problema este último imposible e inadecuado para el estudio dentro de este artículo.

JULIO CABRERA

«LA PAZ EMPIEZA NUNCA»

en López

Si el cine de una intencionada dimensión social en España tiene algunas posibilidades — Bardem — aunque escasas y muy arriesgadas desde el punto de vista económico — « Los golfos » —, un cine directamente político no puede ser manejado más que por las manos de quienes tratan de dominar toda la vida pública del país. Por esta razón sabíamos lo que podía esperarse de la última película de Klimovsky; pero, sin embargo, un examen de las particulares características determinantes de la pobreza, de la podredumbre interna de este film, pueden ser reveladoras, significativas por lo menos.

No vamos a hacer, a intentar siquiera, un análisis estético de « La paz empieza nunca », porque no lo resiste y, lo que es peor, no lo sugiere. Para que así sea, para llegar a esta nulidad estética, conviene señalar los dos factores tal vez más importantes, aparte del fundamental, o sea de su condicionamiento a una ideología a la que no respalda ningún sector importante de la realidad española de hoy y a la que, igualmente, le faltan formas de expresión que puedan tener una mínima vigencia, una mínima validez artística. Uno de estos factores es el realizador argentino Klimovsky que con esta película prosigue su tan nefasto — en todos los sentidos — avecindamiento en España, hombre que desconoce los problemas de nuestro país y los más concretos de nuestra guerra civil y que, por otro lado, falsea su obra y a sí mismo al contarnos lo que él, personalmente, nunca ha pensado, nunca ha creído. El segundo factor es Emilio Romero, de cuya vida, tanto pública como privada, quien más quien menos, conoce aspectos decisivos y no envidiables, que si nunca ha escrito una novela, puesto a redactar un guión cinematográfico, unos diálogos, y a pesar de la ayuda que lógicamente habría de tener, nos hace casi añorar sus panfletos estrictamente literarios. De esta forma la película quedaba condenada a un fracaso total que, afortunadamente, se ha visto refrendado en el plano de la taquilla, en la opinión popular, fracaso del que participan — casi sin excepción — los intérpretes, en especial Adolfo Marsillach, en cine siempre desacertado, lamentable en esta ocasión. Cabe destacar los nombres de Jesús Saiz y Leonardo Martín, como nefastos colaboradores en el guión.

La primera reflexión importante a la vista de esta película se refiere al hecho concreto, incuestionable, de la actual pobreza — mejor, raquitismo — del pensamiento de la derecha española.

Es significativo, sin duda, el reconocimiento, ya inicial, de la impopularidad de las posturas políticas defendidas por ese grupo de falangistas en el que se integra López, el protagonista. En efecto, en las escenas iniciales de la

película, el grupo reparte entre los habitantes — obreros, campesinos — de un pueblo folletos de propaganda. Dos aspectos característicos y significativos quedan involuntariamente expuestos: la violencia de los métodos — la pistola, la amenaza, junto a la propaganda — y la reacción popular, sin excepción, contraria a esos métodos y a esos hombres. Ciertamente que estas dos características van directamente unidas entre sí. Si el pueblo desconfía y no está dispuesto a obedecer, el pistolerismo se les impone como hecho necesario. En la trayectoria de este pingajo humano que es el tal López, el primer paso es el reconocimiento de que no lucha con el pueblo, por el pueblo, sino contra él. La justificación, necesaria, es la habitual: el pueblo no sabe lo que le conviene, luego tiene que ser dirigido, no dirigir; la justicia ha de venir de arriba, no de abajo. Aunque la prueba de la profunda mentira que se oculta tras estas palabras nos queda nuevamente mostrada en la misma película, al superar la realidad todos los intentos de falsificación de los autores. Al acabar la guerra, vemos a López, por quien nos enteramos que «le han ofrecido un puesto muy importante en el Ayuntamiento». También vemos a un personaje episódico, un representante de ese pueblo «para» quien se decía luchar, a quien López debía la vida y que ahora vive de la venta de muñecos en el Rastro. Sobran comentarios.

Es curioso que este personaje, López, símbolo del fascismo español, símbolo también de gran parte de uno de los sectores en lucha en los años 36, cometa todos los actos más elementalmente condenables, y llegue a contradecir con sus hechos, totalmente, los principios básicos de una moral pretendidamente defendida. De seducir a una mujer, para salvar la vida, engañarla y abandonarla hasta el engaño y la mentira descarada con la que se ganará la confianza de unos hombres que terminarán asesinados por la espalda, pasando por aquella primera emboscada preparada a sus momentáneos compañeros de viaje que terminaría también en absurdo y brutal asesinato. En este hecho, en el sentido antipopular de su conducta y en la absoluta falta práctica de ejercicio de una moral, quedan demostrados dos hechos: que ni el pueblo ni la moral — siquiera la suya, la que él pretende representar — le interesan como realidades y valores a defender; no, la película, nuevamente, no puede ocultar que estos hombres, de verdad, sólo luchaban por sí mismos, por la clase que representaban, por defender posiciones adquiridas o deseadas.

Si queremos comprender desde su raíz — y esto es importante — las determinantes de esta ya señalada pobreza de razones, de justificaciones, habremos de trasladarnos al terreno más general que entraña el radical antihistoricismo que ha presidido toda la vida intelectual española en las últimas décadas. En Europa, de forma general, el pensamiento burgués ha evolucionado normalmente, cediendo — obligadamente — posiciones, derivando cada vez más claramente hacia posiciones realistas; un proceso en el que el descubrimiento — a través del existencialismo — de una subjetividad absolutamente cerrada e incomunicable supone, posiblemente, su última trinchera a defender. Pero han sabido en cada momento llevar hasta el límite las posibilidades potenciales ofrecidas por unas concretas realidades sociales. En España, por el contrario, la burguesía se ha aferrado a posturas que han permanecido totalmente estáticas desde el año 39. Y esta ideología ha entrado lógicamente en rotunda contradicción con una realidad económica, con una realidad de conciencia, que reclaman imperiosamente se las atienda y se las represente. Incapaz de ganarse ya adeptos entre los sectores populares y mayoritarios, inatendido por completo entre los representantes de aquellas minorías que tienen o pudieran tener alguna significación, el más reaccionario de los pensamientos de derecha se ve condenado a estar a la defensiva y, lo que es peor y definitivamente sintomático, a justificarse. López — Emilio Romero — efectivamente se justifica a lo largo de toda la novela, de toda la película. El gimoteo es el tono que preside todo el desarrollo de «La paz

empieza nunca » — en profunda contradicción con la violencia de los momentos parciales, de las acciones aisladas — y que nos pone de continuo en contacto con el terreno de lo sucio, de lo viscoso.

Este continuo justificarse nos lleva enseguida a la primera de sus razones: lo antipopular de lo que se defiende; esto necesitaba una justificación. Pero, junto a ésta, tenemos otra causa más profunda, más íntima, quizás más importante, que hará comprensible — por otro lado — el tono llorón, de insuperable debilidad, que inunda la pantalla a lo largo de las dos horas de proyección: la conciencia de su propio fracaso. López, representante de toda una juventud de universitarios débiles e incapaces, comprueba paulatinamente a lo largo de todos los años que siguen a la guerra que a la pequeña burguesía a la que ha defendido, se le ha robado el triunfo; aunque no se quiera reconocer, aunque no sea ésa la intención, ésa es la única interpretación realista aplicable a ese plano final (resumen de la película) en que López se pierde entre la multitud. Ciertamente la justificación ha de ser doble cuando se comprueba que no se ha sabido luchar con eficacia ni por sí mismo ni por la causa propia.

Toda esta interpretación de la película se apoya en el personaje central de López. Creo que esto viene justificado tanto por la contextura general del guión y de la realización, como por el esquematismo e ingenuidad en la caracterización de los otros personajes (esa absurda muchacha interpretada por Conchita Velasco, esos maquis — cuyas conductas aun en la película resultan más dignas que las de López y sus compañeros —, ese comunista a quien se trata de presentar como el perfecto imbécil — pero a quien López deberá la vida, porque no es capaz de matarle por la espalda — etc., etc.). Junto a lo deformado de los personajes — y pese a haberse señalado lo inútil de pasar al análisis de lo concreto dentro de la película — conviene señalar lo injustificado de reacciones y situaciones, que tendrán su colofón en ese increíble final con el asesinato de la prostituta. Como único detalle positivo: la presencia de trozos documentales — la crítica madrileña ha dicho que rompían la « unidad » de la obra — que desde su realidad, incluso desde su realidad seleccionada, nos hablan de una verdad muy distinta en la que Emilio Romero y Klimovsky tratan de hacernos creer.

Y, para terminar, una conclusión que me parece inevitable: la realidad se ha impuesto a los realizadores, a sus intenciones, y desde su misma obra se les grita su mentira, su cobarde mentira.

V. GIL RAMOS

«LA GUERRA DE LOS NIÑOS»

La redacción de la Revista FILM IDEAL (« un cine mejor para un mundo mejor ») ha seleccionado las mejores obras del año en una perspectiva de « una exigencia de calidad, de renovación, de cine joven que es deber nuestro alentar y apoyar ». « El puente », de Bernard Wicki, ha sido seleccionado como el mejor film extranjero. Opinión idéntica parece mantener la crítica española. Pero no es esto sólo. Lo grave es que « El puente » haya sido calificado unánimemente como un film antibelicista, como un duro alegato condenatorio del patriotismo entendido a la manera romántica. El horror de las secuencias finales, rebosantes de efectismo, ha contribuído notablemente a excitar los elogios. Cómo es posible semejante apreciación no me lo explico desde ninguna perspectiva, a no ser que la película haya sido malentendida.

Sería pueril negar que la obra haya causado un impacto de repugnancia y de horror ante aquel bárbaro sacrificio de niños soldados movilizados unas horas antes, consecuencia y prueba de lo bien aprendida que tenían la lección sobre el honor, la patria, el deber y el heroísmo. El valor de que dan prueba lo muestra. Pero esta reacción ante « El puente » concierne sólo a un sector del público, y no a su totalidad, como sería de esperar; y además, descansa en el espectador, y no en la obra, como debería ser. El film, dejando aparte la mayor o menor calidad del argumento, nunca deja traslucir a las claras su carácter de requisitoria o de condena. Salvo veladas alusiones y en momentos aislados, no existe un fondo antibélico. Al contrario, la película exalta el heroísmo de los jóvenes escolares y su ansia de combatir, su coraje y su valor. Una obra antibélica de verdad, sin necesidad de tener que acudir al ridículo, debiera haber puesto en perspectiva este hecho concreto, iluminando claramente su verdadero significado. Al no hacerlo queda en evidencia. Aunque lo hubiera pretendido, cosa que no tengo derecho a poner en duda, el propósito aparece tan tácito que es preciso tenerle por ausente.

¿Cómo explicar la reacción de ese sector del público que ha sentido sinceramente indignación y piedad? No creo que lo haya sentido porque lo haya visto en imágenes, sino al revés: ha creído ver porque sentía, y lo ha visto a pesar de, y no gracias a, « El puente ». Ha habido una transferencia de sentimientos y de ideas del espectador al film. Lo grave, y lo inevitable, es que, dada la equivocidad de « El puente », esta transferencia no podía ser total ni general. Imaginar cuál es la reacción de un público juvenil que comprenda la obra tal y como es de verdad, es decir, un patriotismo a ultranza sin un enfoque que la defina, un culto al heroísmo patriótico y al valor, sin más; imaginar a adolescentes, con ojos y mente en curso de educación, sin capacidad para insertar en el film su filtro de corrección, transfiriéndole todo lo que le falta, imaginar esto, insisto, es simplemente pavoroso.

En la Universidad laboral de Gijón se ha celebrado en el mes de enero una Semana de Formación Cinematográfica, « con las lecciones de los maestros de cine Pérez Lozano, Martialay y Dictino Alvarez y con las proyecciones de cuatro obras maestras de este arte maravilloso del siglo XX que es el cine: « El puente », «Los chicos», «Mitío», «La quimera del oro». (LA TORRE, nº 25, — revista de los alumnos de la Universidad —). Dos de los maestros de cine son del consejo editorial de FILM IDEAL y uno de ellos, además, director de la revista. « La Semana Juvenil de Cine resultó un éxito de interés y de público. Participaron más de 1.500 jóvenes estudiantes ». (LA TORRE, nº 26). En este mismo número

de LA TORRE se recogen las opiniones de veinte alumnos de la Quinta División — cuyo Cineclub, terminada la Semana, se reunió para enjuiciar y criticar las películas vistas. Como dice LA TORRE, « son muy interesantes los resultados ». Y no lo sabe cuánto. Lástima que « los maestros de cine » no los conocieran antes de su desdichado referéndum.

He aquí las opiniones que, por su interés, transcribo íntegramente:

« Lo que más me gustó fue el mensaje de dar nuestra vida, si ello fuera preciso, por defender a la Patria. Ver a aquellos chicos, chavales aún, que, aun sabiendo que todo estaba perdido, no vacilaron en sacrificarse por la defensa de su Patria. »

« Los primeros planos y el horror a la guerra de los rostros de aquellos chicos ».

« En la película me convencí que el ideal es capaz de impulsarle a uno a todo, hasta a aceptar los horrores de la guerra ».

« Lo que más me impresionó fue la idea que ellos tenían que defender el puente y luchar contra los tanques yanquis. ¡ David contra Goliat ! ».

« Lo que más me gustó fue cómo los muchachos tienen más ansias de luchar que los adultos. La película nos trae un mensaje de amor a la Patria. »

« El nerviosismo y pánico de los chicos cuando esperan los tanques. Aquel ruido taladraba a uno ».

Finalmente, un alumno de la Primera División expone su impresión, mucho más elaborada y consciente: « El argumento real, duro, espeluznante: una generación sacrificada apenas sin haber nacido, en virtud de unas palabras grandilocuentes y necias en aquellas circunstancias cuando la guerra estaba perdida... Para nosotros es una gran lección. Debemos acudir presurosos a la bella llamada del ideal, pero antes hemos de cerciorarnos que es eso, el « ideal », y no palabras hábilmente adulteradas en labios de audaces locos o equivocados ».

Ya que los textos son lo suficientemente elocuentes, creo que su glosa sería superflua. Salvo el último comentario, menos espontáneo y más estudiado, en el que su autor juzga moralmente los hechos e introduce una perspectiva, los demás denuncian la exaltación lisa y llana de mitos caducos. Desgraciadamente los jóvenes opinantes no se dan cuenta de lo terrible que resulta oír lo que dicen, proferido con tanta inocencia.

Pero la redacción de la revista FILM IDEAL no está integrada por adolescentes. Tienen una responsabilidad muy grave si de veras trabajan por « un cine mejor para un mundo mejor ». Es una lástima que este noble lema se quede en un simple slogan. Su criterio selectivo y su perspectiva parecen darlo a entender.

ALFONSO URDANGAREN

Pintura

EXPOSICION DE GRABADOS DE JOSE ORTEGA EN PARIS

En la « Librería Española », de París, ha sido presentada, entre el 10 y el 28 de febrero, una exposición de grabados del pintor español José Ortega. Estos grabados corresponden al último período de dicho artista.

Todos ellos notables, los que más han atraído la atención del público español y francés — numeroso — que ha visitado la exposición, han sido:

« Rebelión de campesinos », « Campesino preso » y « Paz, tierra y libertad » (maderas).

« Amnistía » y los paisajes « Olivos » y « Encinares » (linoleums).

« Siega » y «Cabrero » (cobres).

Y los « poemas objetos »: « Palabras de Miguel Hernández » y « Palabras de Blas de Otero ».

Si esta nota informativa quisiera sintetizar la impresión más frecuente en los visitantes de la exposición, tendríamos que referirnos a cierta sensación de disonancia entre los grabados expuestos y el clima pictórico que predomina en la orilla izquierda del Sena: abstraccionismo en diferentes formas.

Esa disonancia no sólo nace de la concepción realista y de la particularidad de las formas que encontramos en los grabados de Ortega, sino de su temática, que los títulos citados se bastarían para descubrirnos. Son obreros, campesinos. Y no obreros y campesinos de un país cualquiera, sino españoles. O lo que es lo mismo: seres humanos aplastados por una realidad anacrónica, que los somete a las más crueles alienaciones, y enfrentados a ella. Son rostros sin resignación, brazos crispados; en suma, uno de los primeros catálogos de un arte que refleja la lucha española de nuestro tiempo. Siluetas de este momento de España, tan contradictorio. Y esa mujer enlutada, menuda, que una y otra vez aparece en los grabados y en los lienzos de Ortega, como sombra de los trabajadores, como sombra de los presos, tras ellos, ¿quién es? ¿qué es?

A buena parte de ese público se le han aparecido esos grabados como colgaduras de un camino nacional que es al mismo tiempo calvario y cuesta por la que se sube al porvenir.

El arte más auténtico está pegado al tiempo y al lugar donde nace, es decir, a las condiciones de existencia que rodean al artista y a los personajes, pictóricos o literarios, que crea. Costará tal vez un esfuerzo de imaginación apresar la verdad del contenido de estos grabados a quien no conozca — por visión o por otros vehículos de conocimiento — la realidad de los campos españoles y de los presidios de Franco. No es éste grabado de historia, pero es grabado que ase instantes y figuras de la historia diaria de un pueblo y que puede ser, por lo tanto, ingrediente de la historia.

La exposición de Ortega ha producido evidente impresión. Para no pocos artistas jóvenes, engranados en otras corrientes estéticas, que la han recorrido, ha sido objeto de sostenida atención y lo es, también, de preocupación y de interrogaciones.

Los críticos de arte opinarán circunstanciadamente acerca de estos grabados. Por nuestra parte, nos limitaremos a exponer una preocupación propia. La vigencia de la temática de los grabados de Ortega no tiene duda; su fuerza de expresión es visible. A nosotros, junto a estas calidades, nos hubiera complacido encontrar una mayor sobriedad de formas, lo cual, creemos, hubiera acrecentado la fuerza de lo representado en lugar de disminuirla. Es cierta difusión o cierta exuberancia de elementos formales lo que, acaso, reste impacto a algunos de los grabados. Este proceso de síntesis de formas es, en realidad, el proceso individual de todos los artistas que progresan, que ascienden. Cada día tienen más cosas que decir y las dicen de forma más simple. Entendámonos: en arte, forma más simple quiere decir forma más elaborada, más expresiva.

L. M.

«NUESTRAS IDEAS» está a la venta en las librerías:

bélgica

Librairie «Du Monde Entier», Place St-Jean, Bruxelles

italia

«Libreria Rinascita», 2-3, Via Botteghe Oscure, Roma

suiza

«Librairie Rousseau», 36, rue Rousseau, Genève

méxico

«Librería Madero», Avda. Madero, 12, México D. F.

«El Gusano de Luz», Hamburgo, 22, México D. F.

«Librería Juárez», Avda. Juárez, 102. México D. F.

«Editorial Popular Fondo de Cultura», Avda. Hidalgo, 75. Deps, 107, México D. F.

«Librería Zaplana», Avda. San Juan de Letrán, 41-I, México D. F.

Talleres gráficos «Märkische Volksstimme» Potsdam (Alemania)

Suscripciones a «NUESTRAS IDEAS»

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses (N. F.)	8,70
América Latina : Dólares	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :

«Compte Chéques Postaux», n. 5744.90 François Claessens. *Compte spécial* — Bruxelles — O sencillamente por Giro Postal Internacional a : F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer. Anderlecht. Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :
En Ginebra : «Librairie Rousseau»
36, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas financieras tomadas en ese país.

Edit. resp. : M. F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer, Bruxelles

precio del ejemplar:

pesetas : 25
francos belgas : 25
fr. franceses (N. F.) : 2,40
francos suizos : 2,50
dólares : 0,70